Wilhelm Reich

Psicología de masas del fascismo

Traducción de Juan González Yuste

AYUSO

ea

Wilhelm Reich

Psicología de masas del fascismo

editorial ayuso

Traducción: Juan González Yuste
Cubierta: Juan Manuel Domínguez
© Edición Castellana: EDITORIAL AYUSO
San Bernardo, 34
Madrid - 8
Depósito legal: M. 694 - 1972
Imprime EDICIONES CASTILLA, S. A.-Maestro Alonso, 23 - Madrid

Prólogo a la primera edición

La clase obrera alemana acaba de sufrir una gran derrota, y con ella, todas las fuerzas progresistas, revolucionarias, generadoras de cultura, que persiguen los ya antiguos objetivos de liberación de la Humanidad trabajadora. El fascismo ha triunfado y a cada instante consolida sus posiciones por todos los medios a su alcance, principalmente a través de la mutación guerrera que impone a la juventud.

Pero contra la resurrección de la Edad Media, contra la política de rapiña imperialista, contra la brutalidad, la mística y la servidumbre de los espíritus, por los derechos naturales de los trabajadores y de los creadores, duramente afectados por la explotación económica de que les hace objeto un puñado de magnates financieros, por la abolición de este orden social criminal, el combate continuará sin tregua. Pero la cuestión no está únicamente en su continuación; reside principalmente en saber cómo y en cuánto tiempo nos llevará a la victoria.

Las formas en las que se ha efectuado la toma del poder por el nacionalsocialismo han dado una lección que no se puede, en modo alguno, olvidar: que para alcanzar los objetivos de la reacción política, no son precisas frases, sino un saber efectivo, sin proclamas, pero con el despertar de un auténtico entusiasmo revolucionario, sin aparatos de partidos burocratizados, sino con organizaciones de trabajadores que practiquen la

democracia interna y que dejen el campo libre a toda iniciativa de las tropas de combatientes concienciados. Nos han enseñado que la falsificación de los hechos y los enardecimientos por sugestión superficial conducen con certeza al descorazonamiento de las masas, desde que la férrea lógica del proceso histórico revela la realidad.

El trabajo sexológico y político que he desarrollado durante años en el seno de las organizaciones de trabajadores, particularmente entre los jóvenes, me ha llevado a la convicción inquebrantable de que la clase a la que los dirigentes «enviados por Dios» del Tercer Reich tildan de «subhumana» y hacen doblegarse bajo su yugo, lleva dentro de sí el futuro de la Humanidad porque encierra más cultura, honor, moralidad natural y ciencia de la verdadera vida que la que exigen todos los mamotretos de la filosofía moral burguesa y las grandes frases de la reacción política; se trata, desde luego, de otra cultura, de otro honor, de otra moralidad, dado que no tienen un sórdido reverso en la práctica.

Si hoy día millones de trabajadores abatidos, decepcionados, se abandonan a la resignación e incluso se incorporan al fascismo, con más o menos convicción, no hay motivo sin embargo para desesperarse. La convicción subjetiva con la que los millones de partidarios de Hitler creen en la misión socialista del nazismo por más que haya vertido sobre Alemania tantos horrores y miserias, no deja de ser un aspecto fuertemente positivo. Nos oponemos al despliegue de esta fuerza histórica si nos desembarazamos pura y simplemente del nacional-socialismo como de una obra de timadores y mistificadores, aun si es cierto que se encuentran en él muchos timadores y mistificadores. Hitler no es un mistificador más que objetivamente por el hecho de que agrava la dominación del gran capital; subjetivamente es un fanático, convencido sinceramente, del imperialismo alemán a quien un éxito colosal, objetivamente fundado, ha salvado del desencadenamiento de la enfermedad

mental que lleva dentro de sí. No sólo nos encerramos en un punto muerto sino que vamos en sentido opuesto del resultado pretendido si tratamos de ridiculizar a los dirigentes nacional-socialistas mediante viejos métodos pasados de moda. *Con una energía inaudita y una gran habilidad han entusiasmado efectivamente a las masas y conquistado al poder.* El nacional-socialismo es nuestro mortal enemigo, pero no podremos combatirlo si no apreciamos sus *puntos fuertes* en su justo valor y si no tenemos el coraje de proclamarlo. Podemos olvidarnos de métodos mezquinos; la demagogia grosera es siempre un signo de debilidad teórica y práctica y, al no conducir a nada, es objetivamente contrarrevolucionaria. Lo que tenemos que decir y demostrar a los millones de desanimados así como a los millones de nazis aún entusiastas que tienen sentimientos socialistas es que la fuerza de los nacional-socialistas reside en su convicción de una misión divina, pero que ésta no existe y que la única cosa en juego es el imperialismo bélico; que sus organizaciones militares son magníficas, pero que significan la aproximación del fin de la Humanidad y que deben perseguir otros objetivos, aquellos a los que aspira arduamente el simple S. A.: el derrocamiento del capital; que Hitler cree liberar al pueblo, pero que tiene frente a él un destino *inexorable:* el desmoronamiento del capitalismo que nosotros deseamos y que él jamás podrá conjurar.

La aprehensión científica de los acontecimientos, incluso los más candentes, trata de eliminar en la medida de lo posible las fuentes de errores infinitamente múltiples que pueden deslizarse en la visión de las cosas; por ello opera con lentitud y sólo puede seguir los acontecimientos a demasiada distancia. A veces, los sojuzgados exigen a los trabajadores científicos que concentren sus investigaciones en las cuestiones actuales. La ciencia es la enemiga mortal de la reacción política. Pero el sabio que cree salvar su existencia siendo prudente y «apolítico» y que aun viendo a los más prudentes perseguidos y en-

carcelados, no sabe sacar su lección, no puede exigir el que se le tome en serio y el participar más tarde en la reconstrucción efectiva de la sociedad. Sus lamentaciones y su inquietud por la cultura no son sino desahogos sin convicción, si no sabe reconocer a través de los acontecimientos que son precisamente *su* ciencia, *su* energía científica, que faltan a aquellos en los que cifra sus esperanzas en el momento de la catástrofe. Su apoliticismo es un elemento de la fuerza de la reacción política y, al mismo tiempo, de su propia ruina.

Que aquel que encuentre evidentes las argumentaciones de este escrito considere cuidadosamente que las fuerzas progresivas de la historia han caído en gran parte en terreno baldío, porque hay penuria de fuerzas debidamente formadas y que los sabios se encierran en su aislamiento universitario y no se dejan meter en vereda. Deseo vivamente una crítica científica de esta obra, hecha no por aquellos que fabrican teorías sobre la existencia humana en una mesa de despacho, sino por aquellos otros que extraen sus descubrimientos de la vida real de los hombres mediante un contacto íntimo con ellos, como yo siempre me he esforzado por hacer.

Este escrito ha sido elaborado en el curso del ascenso de la ola reaccionaria que ha asolado Alemania en los años 1930-1933. En él se intenta dotar de *un mínimo* de base teórica al joven movimiento sexual-político aún poco desarrollado y separar del caos de la reforma sexual algunos de los puntos más esenciales con los que se pueda abordar prácticamente el problema. Se vincula a las tentativas anteriores de desvelar el proceso de la economía sexual en nuestra sociedad; pero dado que este proceso es tan sólo una parte de la dinámica global de la sociedad, nuestra investigación se ha enfrentado igualmente con los problemas del movimiento político general. A causa de los acontecimientos políticos de Alemania no ha sido posible alcanzar la exhaustividad pretendida, que se desea en todo trabajo científico general.

Esperar que la pedantería científica haya quedado satisfecha no me ha parecido posible en los tiempos en que vivimos, tanto más cuanto que yo tenía pocas esperanzas de renovar en los plazos previsibles los materiales que había reunido a duras penas y que se perdieron en la catástrofe.

Me he esforzado en presentar este difícil tema de la manera lo más sencilla posible, a fin de que la obra sea accesible incluso al funcionario o trabajador medios. Soy consciente de que no lo he logrado totalmente. En el caso de que la reacción política buscara vengarse del contenido de este trabajo sobre el psicoanálisis o sus representantes, golpearía erróneamente. Freud y la mayoría de sus alumnos rechazan las consecuencias sociológicas del psicoanálisis y se emplean activamente en no sobrepasar el marco de la sociedad burguesa. No son, pues, ni culpables ni responsables de que los políticos se sirvan de los resultados científicos de la investigación psicoanalítica.

Recordemos por lo demás que, según una frase célebre, el arma de la crítica no podrá reemplazar a la crítica de las armas. Si este trabajo está capacitado para recorrer el difícil camino que conduce a la crítica de las armas, habrá alcanzado su objetivo.

Wilhelm REICH

Septiembre, 1933

Capítulo I

La ideología como poder material

1. El conflicto

En el transcurso de los meses que han seguido a la toma del poder por el nacional-socialismo en Alemania, hemos podido con frecuencia hacer una comprobación que vamos a utilizar como punto de partida. Hemos visto aparecer dudas respecto a lo acertado de la concepción fundamental que tiene el marxismo de la historia social, dudas que se han producido incluso entre aquellos que durante años habían demostrado con la acción su firmeza revolucionaria. Estas dudas se relacionan con un hecho incomprensible al primer contacto, pero que es imposible negar: el fascismo, siendo por sus objetivos y por su esencia el representante más extremado de la reacción política y económica, toma, después de varios años, las dimensiones de un fenómeno internacional y desborda en muchos países de forma visible e innegable al movimiento revolucionario del proletariado. El hecho de que este fenómeno se produzca de forma mucho más acusada en los países altamente industrializados no hace sino agravar el problema. Ante el refuerzo internacional del nacionalismo se impone el hecho de la debilidad del movimiento obrero en una fase de la historia moderna

que se ha convertido en económicamente madura debido a la dislocación del modo de producción capitalista.

A todo esto se añade el recuerdo imborrable de la debilidad de la Internacional obrera en el estallido de la guerra mundial y del fracaso del levantamiento revolucionario de 1918-1923, fuera de Rusia. Las dudas en cuestión se relacionan, pues, con hechos de un indudable peso; si son justificadas, si la concepción fundamental de Marx no es correcta, es necesario que el movimiento obrero tome resueltamente una nueva orientación si quiere alcanzar su objetivo; pero si las dudas no están justificadas, si la concepción fundamental de Marx es correcta, hace falta entonces analizar, de la manera más profunda y diversa que sea posible, las causas de la debilidad del movimiento obrero registradas hasta el presente, y —esto es primordial— elucidar hasta el último grado este movimiento de masas de un nuevo tipo que es históricamente el fascismo; de ahí podría obtenerse una práctica nueva.

No podemos en ningún caso confiar en un cambio de la situación actual si no podemos comprobar ni una ni otra hipótesis. Está claro que no se llegará al objetivo llamando a la conciencia revolucionaria de la clase obrera ni aplicando el método a lo Coué * practicado hoy día con tanta predilección que oculta los defectos y camufla como ilusiones hechos importantes. Sería asimismo ilusorio alegrarse del hecho de que también el movimiento obrero «vaya hacia delante», de que aquí y allá haya combates y huelgas. Ya que lo decisivo no es *el hecho* de que se vaya hacia delante, sino a qué ritmo se marcha en relación al reforzamiento y a la progresión en el plano internacional de la reacción política.

* Farmacéutico y psicólogo francés (1857-1926). Ideó un método de psicoterapia basado en la autosugestión, que le dio celebridad en los años de la primera Guerra Mundial y siguientes. Fundó el Instituto Coué de educación psíquica.

Si el joven movimiento sexual-político está interesado en una elucidación radical de estos problemas, no es únicamente porque forma parte integrante de la lucha de liberación social en general, sino también y principalmente porque la realización de sus objetivos está indisolublemente ligada a la realización de los objetivos económico-políticos del movimiento obrero. Por ello queremos tratar de mostrar, a partir del aspecto sexual-político del movimiento obrero, en qué punto los problemas específicamente sexual-políticos se mezclan con los problemas políticos generales.

En muchas asambleas alemanas oíamos con frecuencia a anticapitalistas avisados y llenos de buenas intenciones, aun si pensaban en términos nacionalistas y metafísicos como Otto Strasser, hacer la siguiente objección a los marxistas: «Vosotros los marxistas os declaráis habitualmente seguidores de la doctrina de Karl Marx. Pero por lo que nosotros sabemos, Marx enseñó que la teoría sólo se confirma por la práctica. Ahora bien, todo lo que sabéis hacer es dar explicaciones a los fracasos de la Internacional obrera. Vuestro marxismo se ha debilitado: lo que ha servido de explicación al fracaso de 1914 es la retirada de la socialdemocracia; en cuanto a 1918, ha sido la traición de su política y de sus ilusiones. Y he aquí que tenéis todavía nuevos argumentos en la mano para explicar cómo, en el momento de la crisis mundial, las masas se han inclinado a la derecha y no a la izquierda. Pero todas vuestras explicaciones no podrán suprimir el hecho del fracaso. Después de ochenta años nos gustaría mucho ver la confirmación de la doctrina de la revolución social en la práctica. Vuestro principal error reside en que negáis el alma y el espíritu, en que os burláis y no comprendéis aquello que todo lo mueve». Tales eran poco más o menos sus argumentos y los portavoces marxistas no encontraban unas respuestas adecuadas para tales preguntas. Se veía cada vez más claro

que limitando el debate a los procesos *objetivos* de crisis socio-económica (modo de producción capitalista, anarquía económica, etc.) la propaganda política de masas no llegaba a nadie fuera de la minoría de aquellos que se encontraban ya incorporados al frente de izquierdas, que no bastaba con poner en primer plano la miseria material, el hambre de las masas, ya que esto es lo que hacía cada partido político, e incluso la Iglesia; y finalmente este fue el triunfo, en lo más profundo de la crisis y de la indigencia, de la mística del nacional-socialismo sobre el socialismo científico. Era imprescindible por tanto, reconocer que había manifiestamente en la propaganda y en la concepción de conjunto, una gigantesca laguna a partir de la que se podía comprobar igualmente que se trataba de insuficiencias en la aprehensión marxista de la realidad política, insuficiencias a las que se podían encontrar múltiples medios de remediarlas en el método del materialismo dialéctico. Pero no habíamos sacado partido de estas posibilidades; digamos, para anticiparlo de forma breve, que la política marxista no había o había integrado mal a sus cálculos y a su práctica política la psicología de las masas y los efectos sociales del misticismo.

Cualquiera que haya seguido y vivido la teoría y la práctica del marxismo de estos últimos años en la izquierda revolucionaria se habrá dado cuenta necesariamente de que ambas estaban limitadas al único dominio de los procesos *objetivos* de la economía y a la política de Estado en sentido estricto, que no seguían atentamente ni captaban eso que se ha dado en llamar el «factor subjetivo» de la historia, la ideología de las masas en su evolución y en sus contradicciones; omitían principalmente el aplicar de modo siempre nuevo y el guardar siempre vivo el método del materialismo dialéctico, de aprehender por este método, de manera siempre nueva, cada fenómeno social *nuevo*. La aplicación del materia-

lismo dialéctico a fenómenos históricos nuevos —y el fascismo es un fenómeno de este género, que no conocieron ni Marx ni Engels y que Lenin sólo examinó en sus inicios— no puede conducir a una práctica falsa, y esto por una razón muy sencilla, pero gravemente olvidada hasta hoy día: la aprehensión burguesa de la realidad se sale del tema de sus contradicciones y de sus datos reales; la práctica política burguesa se sirve automáticamente de las fuerzas de la historia que obstaculizan su evolución; no puede triunfar sino desde el momento en que la ciencia revolucionaria haya desvelado *completamente* las fuerzas que, opuestas a las primeras, deben necesariamente acabar con ellas. Como expondremos más adelante, la base de masas del fascismo, la pequeña burguesía soliviantada, no había puesto en acción solamente a las fuerzas regresivas de la historia, sino también a las fuerzas que empujaban potentemente hacia delante; esta contradicción no se ha advertido; es más, todo el problema del papel de la pequeña burguesía no ha ocupado nunca el primer plano de los debates hasta poco antes de la toma del poder por Hitler, e incluso cuando se ha dado este caso, aquí o allá, ha sido siempre de manera unilateral, mecanicista. En todos los ámbitos de la existencia humana, la práctica revolucionaria cae por su propio peso, con tal de que se adviertan las contradicciones en cada nuevo proceso; entonces consiste sencillamente en ponerse al lado de las fuerzas que actúan en el sentido de la evolución enfocada hacia *delante*, y en asegurar el dominio práctico para favorecer la toma de conciencia. Ser radical, decía Marx, significa «tomar las cosas por la raíz»; si se toman las cosas por la raíz, si se comprende su proceso contradictorio, la práctica revolucionaria está asegurada. Si no se las interpreta así, caemos, queramos o no, nos llamemos materialistas dialécticos o no, en el mecanicismo, el economicismo o incluso en la metafísica, y desarrollaremos necesaria-

mente una práctica falsa. Por consiguiente, una crítica de esta práctica falsa no tiene sentido ni valor práctico alguno más que si está en condiciones de demostrar en qué punto no se han advertido las contradicciones de la realidad. Marx ha efectuado un acto revolucionario no lanzando proclamas o indicando objetivos revolucionarios, sino principalmente reconociendo en el proletariado a la fuerza progresiva de la historia y haciendo una presentación acorde con la realidad de las contradicciones de la economía capitalista, de modo que todo el mundo puede saber hoy día cuáles son las fuerzas económicas que empujan hacia delante y cuáles las que las obtaculizan. Si el movimiento obrero ha embarrancado, ha sido forzosamente porque las fuerzas que impiden la marcha hacia delante no habían sido aún completamente actualizadas, y sin duda respecto a muchos puntos esenciales.

De este modo el marxismo vulgar, cuya característica principal reside en negar el método del materialismo dialéctico prácticamente, no aplicándolo, ha llegado a concebir que una crisis económica de la magnitud de la de 1929-1933 debía producir inexorablemente la evolución ideológica hacia la izquierda de las masas afectadas. Mientras que, aun después del fracaso de enero de 1933, se hablaba en Alemania de un «auge revolucionario», la realidad mostraba que la crisis económica, que debería haber entrañado según lo esperado, una evolución hacia la izquierda de la ideología de las masas, había llevado en realidad a una evolución hacia la extrema derecha de la ideología de las capas proletarizadas y de aquellas otras que se habían sumido en una miseria más profunda que nunca. De ello resultó un conflicto entre la evolución de la base económica que empujaba hacia la izquierda y la evolución de la ideología de grandes capas de la población que lo hacía a la derecha. Este conflicto no ha sido advertido. Y por el hecho de no haberlo sido, no se ha podido por menos de plantear la cuestión de

cómo el grueso de la masa puede hacerse nacionalista en un proceso de depauperación. Términos como «chauvinismo», «psicosis», «consecuencias de Versalles», no bastan para dar cuenta prácticamente de la tendencia del pequeño-burgués, por ejemplo, a adherirse a la extrema derecha en caso de depauperación, porque no aprehenden realmente el proceso. Por lo demás, no han sido únicamente los pequeños burgueses, sino amplias capas del proletariado, y no siempre las peores, las que se han inclinado a la derecha. Tampoco se ha advertido que la burguesía, puesta en guardia por el triunfo de la revolución rusa, ha recurrido a nuevas experiencias preventivas, aún no comprendidas, que el movimiento obrero no ha analizado (por ejemplo, el plan Roosevelt); no se ha advertido que el fascismo, en su punto de partida y al comienzo de su desarrollo como movimiento de masas, se vuelve en primer lugar contra la gran burguesía, y que no se le puede esquivar diciendo que es «*únicamente* el guardián del capitalismo financiero», aunque tan sólo sea porque es un movimiento de masas.

¿Dónde se sitúa el problema?

La concepción fundamental de Marx captaba en primer lugar la explotación de la mercancía fuerza de trabajo, y la concentración del capital, según un proceso necesario, en un pequeño número de manos, lo que va acompañado de la depauperación progresiva de la mayoría de la humanidad trabajadora y en primer lugar del proletariado. De este proceso Marx deduce la necesidad objetiva de la «expropiación de los expropiadores». Las fuerzas productivas de la sociedad capitalista hacen saltar el marco del modo de producción; la contradicción entre producción *social* y apropiación *privada* de los productos por el capital sólo puede resolverse por el adecuamiento del modo de producción al estado de las fuerzas productivas. A la producción social debe acompañarle la apropiación social de los productos. El primer acto de esta adecuación es la revolución social; este es el principio

económico fundamental del socialismo científico. Y esta adecuación sólo puede realizarse si la mayoría depauperada establece la «dictadura del proletariado», como dictadura de la mayoría de los trabajadores sobre la minoría de los propietarios, expropiados ya de los medios de producción. Los preámbulos *económicos* a la revolución social se han verificado conforme a la teoría de Marx: el capital está concentrado en un pequeño número de manos, el desarrollo de la economía nacional en economía mundial se encuentra en una contradicción muy aguda con el sistema aduanero de los estados nacionales, la economía capitalista no llega apenas a la mitad de su capacidad de producción, dando con ello la mejor prueba de su anarquía, la mayoría de la población de los países altamente industrializados está depauperada, cerca de cincuenta millones de personas se hallan en paro forzoso, cientos de millones de trabajadores no consiguen asegurarse más que una existencia famélica. Pero la expropiación de los expropiadores no se lleva a cabo y, contrariamente a lo esperado, la historia parece tomar, en la encrucijada de los caminos del socialismo y de la barbarie, primeramente la dirección de la barbarie, lo que significa por otra parte el refuerzo internacional del fascismo y el estancamiento del movimiento obrero. Y que aquel que confíe todavía con *certeza* en una salida revolucionaria de la guerra mundial que se está preparando, que cuenta, por decirlo así, con que las masas volverán las armas que se les pongan en las manos contra el enemigo de dentro, que se preocupe de seguir por lo menos la evolución de la reciente técnica bélica y que no rechace *a priori* el argumento expresado en los últimos tiempos según el cual es muy improbable el armamento de las grandes masas para la próxima guerra. Según esta concepción, las acciones bélicas estarían dirigidas contra las masas desarmadas de los grandes centros industriales, y serían ejecutadas por un pequeño

número de técnicos seleccionados y de absoluta confianza.

Por esta razón, el cambiar nuestro modo de pensamiento y de reflexión es la condición indispensable para una práctica socialista nueva.

2. Estructura económica e ideológica de la sociedad

Si nuestra concepción de un conflicto, a primera vista desconcertante, entre la situación económica y la ideología de las masas proletarias y proletarizadas es correcta, habiendo ayudado precisamente este conflicto a la toma del poder por el fascismo en Alemania, debemos poder aprehenderla por medio de nuestro método materialista dialéctico. Lo que verdaderamente está en juego es la cuestión del papel de la ideología y de la actitud efectiva de las masas como factor histórico, del *efecto de retorno de la ideología sobre la base económica.* Si la depauperación material de las grandes masas no ha conducido a una revolución en el sentido de la revolución proletaria, si la crisis ha dado lugar objetivamente a ideologías contrarias a la revolución, la evolución de la ideología de las masas en estos últimos años ha frenado el despliegue de las fuerzas productivas, la solución revolucionaria de la contradicción entre las fuerzas productivas del capitalismo monopolista y su modo de producción.

Según Kunik *(Versuch einer Feststellung der sozialen Gliederung der deutschen Bevölkerung*, «Die Internationale», 1928, recogido por Lenz: *Proletarische Politik*, Internationaler Arbeiterverlag, 1931) la estructura de clases de la sociedad alemana se presenta del modo siguiente:

	Población activa (*en millares*)	Con las familias (*en millones*)
Proletarios	21.789	40,7
Clase media urbana	6.157	10,7
Pequeños y medios campesinos	6.598	9,0
Burguesía (Incluidos los propietarios de bienes raíces y los grandes campesinos)	718	2,0
Población (sin mujeres y niños)	35.262	Total 62,4

Estratificación del proletariado	En millares
Trabajadores de la industria, de los transportes, del comercio, etc.	11.826
Trabajadores agrícolas	2.607
Trabajadores a domicilio	138
Empleados del hogar	1.326
Pensionistas	1.717
Empleados subalternos (hasta 250 marcos mensuales)	2.775
Funcionarios subalternos (más jubilados)	1.400
	21.789

Estratificación de la clase media de las ciudades	
Capas inferiores de los pequeños explotadores (trabajo a domicilio, en contrata, empresas individuales o que no emplean a más de dos personas)	1.916
Pequeños explotadores con tres y más empleados	1.403
Empleados y funcionarios medios	1.763
Profesionales liberales y estudiantes	431
Pequeños rentistas y pequeños propietarios	644
	6.157

Capas medias en el campo	
Pequeños campesinos y granjeros (hasta 5 Ha)	2.366
Campesinos medios (de 5 a 50 Ha)	4.232
	6.598

Estas cifras corresponden al censo de 1925. Pero no reflejan —y esto es lo que debemos tener en cuenta— más que la estratificación ligada a la situación económica, y no a la estratificación ideológica, que es diferente. Desde el punto de vista *socio-económico*, la Alemania de 1925 comprendía:

	POBLACION ACTIVA	
	Población activa *(en millones)*	Con las familias *(en millones)*
Proletariado.....	21,789	40,7
Clases medias.....	12,755	19,7

Según una estimación grosera, la estructura *ideológica* tiene el siguiente aspecto:

	Millones
Proletaria (producción colectiva; trabajadores de la industria, del comercio, de los transportes, etc., y trabajadores agrícolas).....	14,433
Pequeño-burguesa.....	20,111

	Millares
Trabajadores a domicilio (producción individual)	138
Empleados del hogar (experiencias debidas a la propaganda doméstica)	1.326
Pensionistas.....	1.717
Empleados subalternos (experiencias en las grandes empresas, por ejemplo Nordstern, en Berlín).....	2.775
Funcionarios subalternos (por ejemplo, controladores de distribución, funcionarios de correos).....	1.400
	7.356 (proletarios económicos)
Clases medias de las ciudades.....	6.157
Clases medias del campo	6.598
	20.111

Cualquiera que sea el número de miembros de las clases medias que hayan votado por los partidos de izquierda, o, a la inversa, de proletarios que hayan votado por los partidos de derecha, asombra el hecho de que *las cifras de la estratificación ideológica* sacadas por nosotros *coinciden aproximadamente con las cifras de las elecciones de* 1932: comunistas y social-demócratas totalizan en una última estimación de 12 a 13 millones de votos, el N.S.D.A.P. [1] y los nacional-alemanes alrededor de 19 a 20 millones. Esto prueba que, desde el punto de vista de la política práctica, no es la estratificación económica, sino la estratificación ideológica la que ha sido determinante. De este modo, las clases medias toman una importancia mayor que aquella que se les había atribuido.

Es en la época del rápido declive de la economía alemana, de 1929 a 1932, donde se sitúa el gran salto del N.S.D.A.P., que pasa de 800.000 votos en 1928 a 6,4 millones en el otoño de 1930, 13 millones en el verano de 1931 y 17 millones en enero de 1933. Según los cálculos de Jäger («Hitler», «Roter Aufbau», octubre de 1930), cuya exactitud no he podido verificar, los 6,4 millones de votos nacional-socialistas comprendían ya alrededor de tres millones de proletarios en el plano económico, a razón de un 60 a 70 por 100 de empleados y de un 30 a un 40 por 100 de obreros.

Quien más lúcidamente ha comprendido, que yo sepa, el aspecto problemático del proceso sociológico reciente es Karl Radek, que escribía en 1930, después del primer auge del N.S.D.A.P.:

> «No hay en la historia de la lucha política ningún precedente conocido, sobre todo en un país con una diversificación política antigua, donde cada nuevo partido tiene innumerables dificultades para

[1] N.S.D.A.P., Partido nacional socialista alemán.

> hacerse un lugar en la mesa ocupada por los viejos partidos. Nada tan característico como el hecho de que nada se haya dicho en la literatura política, tanto socialista como burguesa, de este partido que ha ocupado el segundo lugar en la vida política de Alemania. Es un partido sin historia, que irrumpe de repente en la política alemana, como a veces emerge en medio del mar, por el efecto de las fuerzas volcánicas, una isla.»

(*Deutsche Wahlen*, Rofter Aufbau, octubre 1930). Nosotros no dudamos en absoluto de que esta isla tiene también su historia y dispone de una lógica interna.

En la alternativa: «hundimiento en la barbarie» o «ascensión hacia el socialismo», el elemento decisivo radica en esto, según todas las reflexiones que se han podido hacer hasta aquí: o bien la estructura ideológica de las masas oprimidas se alinea junto a su situación económica, o bien se disocia; bien de manera tal que la explotación se sufre pasivamente, como en las grandes sociedades antiguas, bien de tal otra que la ideología de la mayor parte de los oprimidos es contraria a la situación económica, como hoy día en Alemania.

El problema fundamental reside por tanto en saber lo que condiciona a la disociación así descrita o, si se quiere, lo que impide la armonía entre la situación económica y la ideología.

Se trata, pues, de aprehender la esencia de la estructura ideológica y su relación con la base económica de donde ha surgido.

Para comprender esto, es preciso que comencemos por desembarazarnos de algunas concepciones del marxismo vulgar que cortan el camino hacia una comprensión del fascismo. Señalaremos las más esenciales.

El marxismo vulgar separa de forma esquemática el ser social, y más a menudo el ser económico, del ser en general, y afirma que la ideología y la «conciencia»

de los hombres están determinadas *única e inmediatamente* por el ser económico. Esto conduce a una oposición mecánica entre economía e ideología, base y superestructura; hace depender la ideología, esquemática y unilateralmente, de la economía y no advierte la dependencia entre la evolución de la economía y la de la ideología. Por esta razón, no concibe el problema de lo que se llama el «*efecto* de retorno de la ideología». Aunque se hable ahora del «retraso del factor subjetivo», tal y como lo comprendía Lenin, no se puede llegar prácticamente al objeto de ese retraso, porque ha comenzado por hacer salir unilateralmente el factor subjetivo de la situación económica, sin buscar primero las contradicciones de la economía en la ideología, y después, sin aprehender la ideología como fuerza histórica.

De hecho, rechaza comprender la estructura y la dinámica de la ideología, relegándola a la «psicología», que no tiene nada de marxista, y abandona el dominio del factor subjetivo, de lo que se llama la «vida del alma» en la historia, al idealismo metafísico de la reacción, a los Gentile y a los Rosenberg, que hacen la historia por el «espíritu» y el «alma» *únicamente*, y que, cosa extraña, acaban incluso por triunfar. La negligencia de *este* aspecto del materialismo histórico es un proceder al que Marx, en su época, había opuesto ya una crítica de principio tomando por objeto el materialismo del siglo XVIII. Para el marxista vulgar, la psicología es *a priori*, en sí misma, un sistema matafísico y no piensa en distinguir el carácter metafísico de la psicología burguesa de sus elementos fundamentales materialistas que la investigación psicológica burguesa actualiza y que nosotros deberemos desarrollar más adelante. Condena simplemente, en vez de ejercer una crítica productiva y se considera buen materialista cuando condena, bajo la etiqueta de «idealistas», hechos tales como «pulsión», «necesidad» o «proceso psíquico». Cae por ello en inmensas dificultades y no recoge más que fracasos, puesto que está obli-

gado, en su práctica política, a hacer sin cesar psicología práctica, a hablar de las necesidades de las masas, de la conciencia revolucionaria, de la voluntad de huelga, etc. Ahora bien, cuanto más niegue la psicología, más hará él mismo psicologismo metafísico e incluso peor: una especie de triste *coueismo*, por ejemplo cuando explica una situación histórica partiendo de la «psicosis hitleriana» o cuando consuela a las masas diciéndoles que confíen en él, que a pesar de todo las cosas van para delante, que no se puede vencer a la revolución, etc. Se va hundiendo poco a poco y acaba por llenar a la gente de un valor ilusorio, sin decir en realidad, sea lo que sea, lo concreto de la situación, sin comprender lo que ha ocurrido efectivamente. Que para la burguesía no exista situación a la que no encuentre salida, que una crisis económica grave pueda conducir tanto a la barbarie como al socialismo, son problemas que no pueden ser para él más que letra muerta. En lugar de derivar su pensamiento y su acción de la realidad, transforma la realidad en imaginación, de tal suerte que corresponda a sus deseos.

La psicología materialista dialéctica no puede ser nada más que la búsqueda de este factor subjetivo de la historia, de la estructura ideológica de los hombres de una época y de la estructura ideológica de la sociedad que ellos constituyen. No se opone, como la psicología burguesa y la economía psicologista, a la sociología de Marx, erigiendo ante ella una «concepción psicológica» de lo social, sino que se subordina y se integra, en un punto muy preciso a esta teoría que deriva la conciencia del ser.

La tesis de Marx según la cual lo material (el ser) se transforma en la mente del hombre en ideal (en conciencia), y no inversamente en el origen, deja planteadas dos cuestiones: primeramente, cómo sucede esto, lo que pasa entonces en la mente del hombre, en segundo lugar, cómo la conciencia así producida (hablaremos en lo

sucesivo de *estructura psicológica)* repercute contrariamente sobre el proceso económico. La psicología analítica salva esta laguna desvelando el proceso interior de la vida psíquica del hombre que está determinado por las condiciones de existencia, y aprehendiendo de este modo efectivamente el factor subjetivo. Tiene por tanto una tarea rigurosamente circunscrita. No puede, por ejemplo, explicar la génesis de la sociedad de clases o del modo de producción capitalista (sin embargo, trata de hacerlo, obteniendo generalmente necedades reaccionarias como por ejemplo que el capitalismo es una manifestación de la avidez de los hombres), pero es sin duda alguna la única capacitada —y no la economía social— para investigar cómo las contradicciones de su existencia repercuten en él, cómo intenta acomodarse a esta existencia, etc. Ciertamente, no estudia más que al individuo, pero cuando se especializa en la exploración de los procesos psicológicos típicos *comunes* a una capa social, a una clase, a un grupo profesional, etc., y deja a un lado las diferencias, se convierte en psicología de masas.

Al hacer esto, se relaciona con el propio Marx:

> «Los preliminares de los que partimos no son arbitrarios, no son dogmas, son postulados reales que sólo pueden abstraerse con la imaginación. Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida, tanto las preexistentes como las que han sido engendradas por la acción.»
>
> *(La Ideología Alemana,* I)

> «El propio hombre es la base de su producción material así como de cualquier otra producción que realiza. Todas las circunstancias que afectan al hombre, al sujeto de la producción, modifican, por tanto, en mayor o menor grado todas sus funciones y actividades como creador de la riqueza material, de las mercancías. Desde este punto de

> vista puede efectivamente demostrarse que todas las condiciones y funciones humanas, de cualquier modo y en cualquier momento que se presenten, influyen sobre la producción material y tienen sobre ella repercusiones más o menos determinantes.»
>
> (*Teorías sobre la plusvalía*, 1905, I)

No decimos, por tanto, ninguna novedad ni tampoco revisamos a Marx como con frecuencia oímos que se nos reprocha: «*Todas* las condiciones humanas» —hace falta incluir tanto las condiciones del proceso de trabajo como las sublimaciones más personales, las más íntimas y las más elevadas de la vida pulsional y del pensamiento humanos, también, eventualmente, la vida sexual de las mujeres, los jóvenes y los niños, lo mismo que el estado de la investigación marxista sobre estas condiciones y su aplicación a nuevos problemas sociales—. Gracias a una categoría particular de estas condiciones humanas, Hitler ha conseguido hacer una historia que no puede abolirse con sonrisas socarronas. Si bien Marx no ha desarrollado y no podía desarrollar una sociología sexual dado que no existía entonces una ciencia de la sexualidad, se trata de integrar ahora en el edificio del materialismo histórico no sólo las condiciones económicas, sino también *estas otras* condiciones, de acabar con la hegemonía de los místicos y de los metafísicos en este ámbito.

Cuando una ideología repercute a su vez sobre el proceso económico, es necesario que se haya convertido en una fuerza material. Si una ideología se convierte en una fuerza material desde que prende en las masas, debemos proseguir planteando la cuestión: ¿de qué manera se produce esto? ¿Cómo se hace posible la repercusión material de un estado de hecho ideológico, es decir, por ejemplo de una teoría que entraña conmociones históricas? Responder a este interrogante es tam-

bién, necesariamente, responder a la cuestión de la práctica de la psicología de masas.

La ideología de cada formación social no tiene como única función el reflejar el proceso económico de esta sociedad, sino más bien la de anclarla en las estructuras psíquicas de los hombres de esa sociedad. Los hombres están sometidos a sus condiciones de existencia de dos maneras: de manera directa, por la repercusión inmediata de su situación económica y social, y de manera indirecta, por la estructura ideológica de la sociedad; deben, pues, desarrollar siempre en su estructura psíquica una contradicción que corresponde a la contradicción existente entre las repercusiones de su situación material y las repercusiones de la estructura ideológica de la sociedad. El trabajador, por ejemplo, está sometido tanto a su situación de clase como a la ideología general de la sociedad burguesa. Pero los miembros de las diferentes capas sociales no son únicamente objetos de esas influencias, sino que igualmente, reproduciéndolas, en tanto que sujetos actuantes, inevitablemente, su pensamiento y su acción debe estar tan cargado de contradicciones como la sociedad de donde ha surgido. Mas en la medida en que una ideología transforma la estructura psíquica de los hombres no sólo se reproduce, sino, lo que es mucho más importante, se convierte en fuerza activa, en potencia material sobre las especies de hombres que han sido de este modo transformados concretamente y que por tanto actúan de manera transformada y contradictoria. Es de esta manera, y *únicamente* de ésta, como se hace posible el efecto de retorno de la ideología de una sociedad sobre la base económica de la que ha surgido. El «efecto de retorno» pierde su carácter aparentemente metafísico o psicológico, si puede ser tomado en su materialidad como estructura psíquica del hombre que actúa. En tanto que tal, este es el objeto de una psicología científica, es decir, marxista. De este modo se otorga una precisión cierta a la comprobación según la cual la ideología

se transforma más lentamente que la base económica. Por lo mismo que las estructuras psíquicas, que corresponden a una situación histórica determinada, están formadas en sus rasgos más generales en la primera infancia y tienen un carácter mucho más conservador que las fuerzas productivas técnicas, se deduce que con el tiempo las estructuras psíquicas quedan retrasadas en relación al desarrollo de las relaciones materiales de las que han surgido y que evolucionan rápidamente, entrando en conflicto con las formas de vida posteriores. Ahí radica el rasgo principal que define la naturaleza de lo que se llama la tradición; pero tratando de esto no hemos captado todavía el contenido de aquélla.

3. La problemática de la psicología de masas

Hemos visto hasta aquí que la situación económica y la situación ideológica de las masas no se interlazan necesariamente y que incluso pueden disociarse en gran medida. Hay que constatar, por otra parte, que la situación económica no se trasfiere de una manera inmediata y directa a la conciencia política. Si así fuera haría ya mucho tiempo que la revolución social se habría realizado.

En función de esta disyunción entre la situación económica y la ideología o la conciencia política, el análisis de la realidad debe ser doble: independientemente del hecho de que se pueda abordar groseramente la ideología, deduciéndola de la existencia social, la situación económica debe abordarse con ayuda de otra problemática distinta de la estructura ideológica: bien un punto de vista socioeconómico, bien un punto de vista psicológico. Ilustraré con un ejemplo sencillo lo que pretendo decir: cuando los trabajadores que pasan

hambre, dados sus bajos salarios, hacen una huelga, su acción se deriva directamente de su situación económica. Lo mismo ocurre en el caso del hambriento que roba. Para explicar el robo por el hambre o la huelga por la explotación, no se necesita una explicación psicológica suplementaria. En ambos casos la ideología y la acción corresponden a la presión económica; situación económica e ideología se corresponden. La psicología burguesa tiene por costumbre en estos casos el querer explicar mediante la psicología por qué motivos, llamados irracionales, se ha ido a la huelga o se ha robado, lo que conduce siempre a explicaciones reaccionarias. Para la psicología materialista dialéctica la cuestión es exactamente lo contrario: lo que es necesario explicar no es que el hambriento robe o que el explotado se declare en huelga, sino por qué la mayoría de los hambrientos no roban y por qué la mayoría de los explotados no van a la huelga. La socioeconomía, por tanto, explica íntegramente un hecho social cuando la acción y el pensamiento son racionales y adecuados, es decir, están al servicio de la satisfacción de la necesidad y reproducen y continúan de una manera inmediata la situación económica. No lo consigue cuando el pensamiento y la acción de los hombres *están en contradicción* con la situación económica y, por tanto, son *irracionales*. El marxismo vulgar y el economicismo que no reconocen la psicología, están desvalidos frente a una contradicción tal. El marxista vulgar es mecanicista, economicista, mas niega la psicología del hombre y en la práctica de la propaganda de masas cae en un psicologismo de lo más superficial: en lugar de descubrir y eliminar en el individuo de la masa la contradicción psíquica, practica un *coueismo* sombrío, o explica el movimiento nacionalista por una «psicosis de las masas». La problemática de la psicología de masas marxista tiene, pues, su punto de partida allí donde fracasa la explicación socioeconómica *sin mediaciones*. La psicología, ¿se sitúa por tanto en oposición

a la socioeconomía? No. Digamos por anticipado que el pensamiento y la acción de las masas que entran en contradicción con la situación socioeconómica inmediata, son en sí mismos la consecuencia de una situación socioeconómica anterior, *más antigua*. Acostumbra a explicarse la oposición al desarrollo de la conciencia revolucionaria mediante lo que se ha dado en llamar la tradición; pero hasta el presente no se ha examinado qué es eso de la «tradición», qué elementos materiales, psíquicos, pone en juego. La economía ha ignorado hasta el momento que la cuestión esencial no reside en saber que la conciencia de clase existe, y de qué modo, entre los trabajadores (esto es una cosa evidente), sino en averiguar *qué es lo que impide el desarrollo de la conciencia de clase*.

El desprecio de la observación y la práctica psicológicas en el seno de la política proletaria ha engendrado hasta la actualidad en las discusiones una problemática política improductiva. Así, por ejemplo, los comunistas han explicado la toma del poder por el fascismo mediante la política ilusoria, engañosa de la socialdemocracia. Esta explicación conduce finalmente a un punto muerto, pues esta es precisamente la función de la socialdemocracia, en tanto que sostén objetivo del capitalismo, el propalar ilusiones. Mientras que exista no hará otra cosa. Esta explicación no engendra una nueva práctica. Igual de improductiva es la explicación según la cual la reacción política habría, bajo la forma del fascismo, «obnubilado», «corrompido» e hipnotizado a las masas. Esta es y tal permanecerá la función del fascismo durante todo el tiempo que exista. No es productivo, porque no muestra ninguna vía de salida, el fundar la política únicamente sobre la función objetiva de un partido capitalista, a sabiendas de que constituye un apoyo de la dominación capitalista. Es preciso, naturalmente, desvelar la función objetiva de la socialdemocracia y del fascismo. Pero la experiencia nos enseña que el descubrimiento bajo mil formas distintas de este papel objetivo no ha persuadido

a las masas, y por tanto que la problemática socioeconómica por sí sola no basta. Nos sentimos llevados a preguntarnos *qué ocurre en las masas* para que no hayan querido ni podido reconocer este papel. La respuesta típica «los trabajadores *únicamente pueden reconocer...*» o «no hemos comprendido...» carece de toda utilidad.

¿Por qué los trabajadores no lo reconocen y por qué nosotros no hemos comprendido? Podemos asimismo considerar como estéril la problemática que originaría, por ejemplo, la discusión entre la oposición de derechas y el Komintern. Los derechistas afirmarían que los trabajadores no son combativos, la «línea» por el contrario afirmaría que eso es erróneo, que los trabajadores son revolucionarios y que las afirmaciones de los derechistas significan una traición del pensamiento revolucionario. Las dos problemáticas, por lo que tienen de alternativa, serían mecanicistas, no dialécticas. Para adecuarse a la realidad hubiese sido necesario establecer que el trabajador medio lleva en sí una *contradicción*, la oposición *simultánea* de una postura revolucionaria y de una traba *(Hemmung)* burguesa (Cf. por ejemplo el vínculo con los dirigentes entre los obreros socialdemócratas), que él no es, por tanto, ni revolucionario ni burgués enteramente, sino que se encuentra en medio del conflicto: su estructura psíquica deriva, de un lado, de su situación de clase que abre el camino a las posturas revolucionarias; de otro, de la atmósfera general de la sociedad burguesa, estando ambas cosas en contradicción.

Es decisivo, además de ver una contradicción, el conocer cómo se presenta en los trabajadores aquello que es burgués y aquello que es acorde con su clase. La misma problemática sirve naturalmente también para el miembro de las clases medias. Este, por el contrario, si bien ya proletarizado en el plano económico, teme sumirse en el proletariado y se convierte en un reaccionario extremo; esto no puede comprenderse de una forma inmediata desde un punto de vista socio-

económico. También él lleva dentro de sí una contradicción entre los sentimientos de revuelta y los objetivos y contenidos reaccionarios.

Por ejemplo, no damos una explicación completa de la guerra por la sociología cuando ponemos al día las leyes económicas y políticas particulares que la condicionan *de una manera inmediata*, como por ejemplo las tendencias anexionistas alemanas que se produjeron antes de 1914 hacia las cuencas mineras de Briey y Longwy, hacia el territorio industrial de Bélgica, hacia la ampliación de los dominios coloniales en el Asia menor, etc. Las contradicciones económicas del imperialismo alemán constituían, ciertamente, el factor determinante, pero debemos integrar igualmente la base *psicológica de masas* de la guerra mundial, debemos plantear la cuestión: ¿por qué el terreno psicológico de masas es capaz de absorber la ideología imperialista, de transformar en actos las consignas imperialistas? ¿Damos una respuesta insatisfactoria a esta pregunta si atribuimos exclusivamente la responsabilidad a la defección de los dirigentes de la II Internacional? ¿Por qué millones de trabajadores socialistas y antiimperialistas se han dejado traicionar? El miedo a las consecuencias de una negativa a prestar servicios en el Ejército sólo ha influido en una minoría. Aquel que ha vivido la movilización de 1914 sabe que en las masas proletarias se han abierto paso los más diversos estados de espíritu, desde el rechazo consciente de una minoría, pasando por una sumisión asombrosa al destino o una apatía en muy amplias capas hasta el puro entusiasmo guerrero no sólo en las clases medias, sino también en el mismo corazón de los círculos proletarios. La apatía de los unos como el entusiasmo de los otros han sido incontestablemente los fundamentos de la guerra al nivel de la estructura de masas *(massenstrukturelle Fundierungen)*. Este fundamento psicológico de masas de la guerra mundial debe desvelarse adoptando el punto de vista siguiente: la

ideología imperialista de las altas finanzas no ha podido convertirse en una fuerza material sino porque ha transformado concretamente en el sentido del imperialismo las estructuras de las masas trabajadoras, sino porque existían principios *generales* de la sociedad de clases que han hecho posible la guerra, principios de los que no podemos deshacernos diciendo que se trataba de una «psicosis de guerra» o de una «ceguera de las masas». Existiría una contradicción con la teoría marxista de la conciencia de clase si se juzgase que las masas pueden ser cegadas fácilmente. Se trata manifiestamente del gran problema siguiente: toda organización social produce en las masas de sus miembros las estructuras que le son necesarias para lograr sus objetivos fundamentales [1]. Sin estas estructuras que la psicología de masas debe explorar, no habría sido posible la guerra. Debe existir una importante correlación entre la estructura económica de una sociedad y la estructura psicológica de masas de sus miembros; no únicamente en el sentido de que las ideologías dominantes son las ideologías de la clase dominante, sino, lo que es más importante para solucionar las cuestiones políticas prácticas, que las *contradicciones* de la estructura económica de una sociedad deben estar necesariamente también representadas en las estructuras psicológicas de masas de los oprimidos. Si no,

[1] «Los pensamientos de la clase dominante son también los pensamientos dominantes de cada época; dicho de otro modo, la clase que es la potencia *material* dominante de la sociedad es asimismo la potencia dominante *espiritualmente*. La clase que dispone de los medios de producción material dispone a la vez de los medios de la producción intelectual, de suerte que los pensamientos de aquellos a quienes se les niegan los medios de producción intelectual están sometidos al mismo tiempo a esta clase dominante. Los pensamientos dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, son estas mismas relaciones materiales dominantes interpretadas bajo la forma de ideas y por tanto la expresión de las relaciones que hacen de una clase la clase dominante; dicho de otro modo son las ideas de su dominación.» (Karl Marx, *La ideología alemana*, vers. cast. Ed. Grijalbo.)

sería impensable que las leyes económicas de una sociedad no pueden alcanzar una eficiencia concreta más que a través de la «acción», es decir, de las estructuras psíquicas de las masas sometidas a estas leyes.

Ciertamente el movimiento proletario no ha ignorado la importancia de eso que se llama el «factor subjetivo de la historia» (en oposición al materialismo mecanicista, Marx concibe al hombre como sujeto de la historia, y Lenin elaboró precisamente este aspecto del marxismo); lo que faltaba era la *concepción de la acción irracional, inadecuada*, en otros términos, de la disociación entre economía e ideología. Debemos tratar de explicar cómo ha sido posible que la mística prime sobre la sociología científica. Pero sólo podremos efectuar esta tarea si nuestra problemática es tal que de la explicación dada se desarrolla automáticamente una práctica nueva. Si el trabajador no es ni burgués ni revolucionario por completo, sino que se encuentra en el medio de una contradicción entre las aspiraciones reaccionarias y revolucionarias, debe forzosamente, si logramos solucionar esta contradicción, incorporarse a una práctica que enfrente a las fuerzas psíquicas conservadoras las fuerzas psíquicas revolucionarias. La mística es reaccionaria; el burgués es místico. Si se lanzan burlas contra la mística, si, sin intentar explicarla, nos deshacemos de ella tachándola de ceguera o de psicosis, no obtenemos ninguna práctica para luchar contra la mística. Por el contrario, si podemos explicarla de forma materialista, debemos obtener forzosamente un contraveneno político contra ella. Pero para realizar esta tarea hace falta aprehender las relaciones existentes entre la situación social y la formación de la ideología, particularmente las relaciones que no son directamente explicables desde un punto de vista socioeconómico, las relaciones que son *irracionales*, en los límites de los medios de conocimiento existentes.

4. La función social de la represión sexual

El propio Lenin se había asombrado ya de un comportamiento curioso, irracional de las masas ante los levantamientos o en el curso de éstos. Relata de la forma siguiente los levantamientos de soldados en Rusia, en 1905:

> «El soldado rebosaba simpatía por la causa de los campesinos; sus ojos se encendían con la sola evocación del campo. Más de una vez el poder de las tropas había pasado a manos de los soldados, pero casi nunca hemos visto una utilización enérgica de ese poder; los soldados vacilaban; pocas horas después de haber matado a un superior al que odiaban, ponían en libertad a los restantes, entablaban negociaciones con las autoridades; luego, se dejaban ejecutar, se colocaban bajo los bastones de mando y permitían de nuevo que se les colocara el yugo...» *.

La mística de todo tipo explicará un comportamiento tal por la naturaleza moral del hombre que se opondría a una rebelión contra la institución divina de la propiedad privada, contra la autoridad del Estado y sus representantes; el marxista vulgar pasa, sin prestarles la más mínima atención junto a tales fenómenos —por lo demás, no les encontraría explicación, ya que no pueden explicarse directamente por la economía—. La concepción freudiana se aproxima mucho más a la realidad del hecho cuando reconoce en un comportamiento tal el efecto de un sentimiento de culpabilidad con respecto a las figuras paternas, sentimiento que tiene su origen en la

* Lenin: «Sobre la religión».

infancia. Sencillamente no nos dice nada sobre el origen y la función sociológica de este comportamiento y por tanto no conduce a ninguna solución práctica. Asimismo ignora la relación existente con el modo de vida sexual de las grandes masas.

Con el fin de aclarar el problema de cómo podemos abordar el análisis de tales fenómenos psicológicos de masas de naturaleza irracional, creemos necesaria una rápida mirada de conjunto a la problemática de la *economía sexual* —problemática que será por otra parte tratada más detalladamente.

La *economía sexual* es una línea de investigaciones que se ha constituido desde hace algunos años a través de una sociología de la vida sexual humana por la aplicación en este ámbito del materialismo dialéctico, que ya dispone de una serie de constataciones de tipo nuevo. Parte de los siguientes presupuestos:

Marx encontró la vida social dominada por las condiciones de la producción económica y por las luchas de clases que, a partir de un momento determinado de la historia, nacen de estas condiciones. El dominio de la clase oprimida por los propietarios de los medios de producción no utiliza más que raramente los medios de la violencia brutal; su arma más importante la constituye su poder ideológico sobre los oprimidos, poder que está sostenido fuertemente por el aparato estatal. Como sabemos, Marx pone como primer presupuesto de la historia y de la política al hombre vivo, al que produce, con sus cualidades físicas y psíquicas. La estructura del hombre activo, eso que se denomina «factor subjetivo de la historia», ha permanecido sin explorar, dado que Marx era sociólogo y no psicólogo, y porque en su época no existía aún una psicología científica. El problema ha quedado sin respuesta, y reside en saber por qué razón los hombres soportan desde hace siglos la explotación, la humillación moral, en pocas palabras, la esclavitud. Unicamente se tenía en cuenta el proceso económico

de la sociedad y el mecanismo de la explotación fundada sobre la economía privada.

Casi medio siglo después, Freud descubrió, con la ayuda de un método específico al que denominó *psicoanálisis*, el proceso que domina la vida psíquica. Sus descubrimientos más importantes son los siguientes (éstos han tenido un efecto devastador sobre toda una serie de concepciones anteriores y en sí mismos aparecen como subversivos, lo que les crea al comienzo un odio general):

La conciencia no es más que una pequeña parte del psiquismo que a su vez está dirigido por procesos psíquicos que se desarrollan de forma inconsciente y que, por tanto, no son accesibles al control de la conciencia; cada fenómeno tan absurdo como el sueño, el acto fallido, los delirios del enfermo mental, etc., tiene una función y un «significado» y podemos comprenderlo plenamente si sabemos insertarlo en la historia del desarrollo de la persona concreta. De este modo la psicología que hasta entonces había vegetado, entra a formar parte del grupo de las ciencias, bien como una especie de física del cerebro («mitología del cerebro»), bien como doctrina de un espíritu objetivo misterioso.

El *segundo* gran descubrimiento fue que el niño ya desarrolla una sexualidad precoz que nada en absoluto tiene que ver con la reproducción, que por consiguiente *sexualidad* y *reproducción*, *sexual* y *genital* no son cosas equivalentes; además, la descomposición analítica de los procesos psíquicos ha demostrado que la energía sexual, la *libido*, que emana de fuentes corporales, constituye el motor central de la vida psíquica desde el instante en que entra en conflicto con las condiciones reales de la existencia. Los presupuestos biológicos y las condiciones sociales de la vida se reencuentran pues en el psiquismo.

El *tercer* gran descubrimiento fue que la sexualidad infantil, de la que forma parte igualmente lo esencial de la relación padres-hijos («Complejo de Edipo»), se

reprime generalmente por miedo a las sanciones derivadas de actos y pensamientos sexuales (lo que constituye en el fondo la «angustia de castración»), lo que quiere decir que la sexualidad ve cerrársele la vía de la acción y que se diluye en el recuerdo. La represión de la sexualidad infantil sustrae, pues, a ésta de la dominación de la conciencia, pero sin retirarle su fuerza; por el contrario, la acrecienta y le permite manifestarse en distintos trastornos patológicos de la vida psíquica. Como no existe prácticamente excepción a esta regla en el hombre civilizado, Freud pudo decir que toda la humanidad en conjunto era su paciente.

El *cuarto* descubrimiento, de gran importancia para nosotros, fue que las instancias morales en el hombre, muy lejos de tener un origen supraterrenal, derivan esencialmente de las medidas educativas de los padres y de sus representantes en la primera infancia. En el centro de estas medidas educativas actúan aquellas que van dirigidas contra la sexualidad del niño. El conflicto que originariamente se crea entre los deseos del niño y las prohibiciones de los padres, se continúa en seguida como conflicto entre pulsión y moral *en el interior* de la persona. Las instancias morales, que son en sí mismas inconscientes, actúan en el adulto contra el conocimiento de las leyes de la sexualidad y de la vida psíquica inconsciente; sostienen la represión sexual («resistencia sexual») y explican la reacción contraria del mundo respecto al descubrimiento de la sexualidad infantil.

Cada uno de estos descubrimientos (y sólo hemos citado los más importantes para nuestra exposición), ya por su sola existencia, significa un grave golpe a la filosofía moral burguesa y particularmente a la religión que defendían unos valores morales eternos, que hacían reinar sobre el mundo un espíritu objetivo y que negaban la sexualidad infantil del mismo modo que restringían la sexualidad a la función de reproducción. Hasta ahora estos descubrimientos no han podido desarrollar sus

efectos, ya que la sociología psicoanalítica que se edificó sobre su base les retiró todo lo que tenían de progresista y subversivo. No es éste el lugar apropiado para demostrarlo. La sociología analítica ha tratado de analizar la sociedad como un individuo, ha planteado una oposición absoluta entre proceso cultural y satisfacción sexual, ha considerado a las pulsiones destructivas como datos biológicos originarios, que dominan para siempre los destinos humanos, ha negado la existencia de una época primitiva matriarcal y ha conducido a un escepticismo paralizador, porque ha retrocedido ante las consecuencias de sus propios descubrimientos. Hoy día se opone a las tentativas que se han hecho de extraer estas consecuencias, y en la lucha contra estas tentativas sus representantes no se muestran en modo alguno inconsecuentes. Lo que no cambia en absoluto el hecho de que estamos decididos a defender con la mayor energía los grandes descubrimientos freudianos contra todo ataque, venga de donde venga.

La problemática de la economía sexual que toma su punto de partida en estos descubrimientos, no constituye una de esas tentativas habituales de reemplazar, de completar a Marx por Freud, o a Freud por Marx, o de mezclar a ambos, etc. (no nos referimos a la crítica materialista-dialéctica de la teoría psicoanalítica). Hemos indicado no hace mucho en el materialismo histórico el puesto en que el psicoanálisis tiene una función científica que cumplir, que no puede ser cubierta por la socioeconomía: la comprensión de la estructura y de la dinámica de la ideología, no de su terreno histórico.

En su núcleo clínico el psicoanálisis constituye el fundamento de una futura psicología materialista-dialéctica. Incorporando los conocimientos del psicoanálisis, la sociología accede a un nivel más alto, está en condiciones de dominar mucho mejor la realidad porque por fin el hombre es aprehendido en su propia naturaleza. El que no pueda dispensar de modo inmediato

consejos prácticos fáciles, sólo puede serle reprochado por el político limitado. El que esté mancillada por todas las distorsiones que tienen por costumbre unirse a la ciencia burguesa, solamente puede ser aprovechado por un político vociferante para rechazarla en bloque. El que haya aprehendido la sexualidad, será reconocido por el marxista auténtico como un hecho científico revolucionario.

De esto se deriva que la ciencia de la economía sexual, que se edifica sobre los fundamentos *sociológicos* de Marx y sobre los *psicológicos* de Freud, constituye esencialmente una psicología de masas y una sociología sexual científica. Toma su punto de partida allí donde, después del rechazo de la sociología y la filosofía de la cultura idealistas de Freud *, la problemática psicológica clínica del psicoanálisis se detiene.

El psicoanálisis nos descubre los efectos y mecanismos de la represión sexual y sus consecuencias patológicas. La economía sexual persigue: ¿por qué razón *sociológica* la sexualidad es reprimida por la sociedad y conducida a ser reprimida también por el individuo? La Iglesia dice: por la salud del alma en el más allá; la filosofía moral mística dice: por la naturaleza ética eterna del hombre; la filosofía de la cultura freudiana pretende que las cosas se desarrollan así por la propia «cultura»; nos sentimos escépticos ante esto y nos preguntamos cómo el onanismo de los niños o el acto sexual entre jóvenes púberes perturbaría la construcción de estaciones de servicio o la fabricación de aviones. Presentimos que está exigido no por la actividad cultural en sí misma, sino por las formas actuales de esta actividad y estamos dispuestos gustosamente a sacrificar las formas si de este modo pudiera eliminarse la inmensa miseria de los niños y de los jóvenes. Desde este momento la cuestión no es cul-

* En la que podemos encontrar, pese a todo su idealismo, más verdades que en todas las sociologías burguesas y en muchas psicologías «marxistas», juntas .

tural, sino relativa al orden social. Examinando la historia de la represión sexual y su origen encontramos que no aparece en los inicios del desarrollo cultural y que por tanto no constituye el presupuesto de la formación de la cultura, es más, no comienza a formarse sino relativamente tarde, cuando aparece la propiedad privada de los medios de producción y el principio de la división en clases. Los intereses sexuales de todos comienzan a estar al servicio de los intereses económicos de una minoría; este hecho se fija en una forma organizativa: el matrimonio monogámico y la familia patriarcal. Con la restricción y la represión de la sexualidad se modifica el modo de sentir del hombre, aparece la religión negadora de la sexualidad y la clase dominante edifica poco a poco una organización propia de política sexual: la Iglesia, con todas sus precursoras que no tiene más objeto que la extirpación del placer sexual y por tanto la falta de felicidad sobre la tierra. Esto encuentra todo su sentido sociológico si se lo relaciona con la explotación, desde entonces floreciente, de la fuerza de trabajo humana.

Para comprender esta relación es necesario captar la institución social central en la que se entremezclan la situación económica y la situación de la economía sexual de la sociedad fundada sobre la economía privada. Si no se tiene en cuenta esta institución es imposible comprender la economía sexual y el proceso ideológico del patriarcado. El psicoanálisis de personas de todas las edades, todos los países y todas las clases sociales da el resultado siguiente: la conexión de la estructura socioeconómica y de la estructura sexual de la sociedad y la reproducción ideológica de la sociedad se producen en los cuatro o cinco primeros años de la vida y en el seno de la familia. La Iglesia, después, no hace sino perpetuar esta función. Es por esto por lo que la sociedad de clases manifiesta un interés inmenso por la familia: se ha convertido en su fábrica de estructura y de ideología.

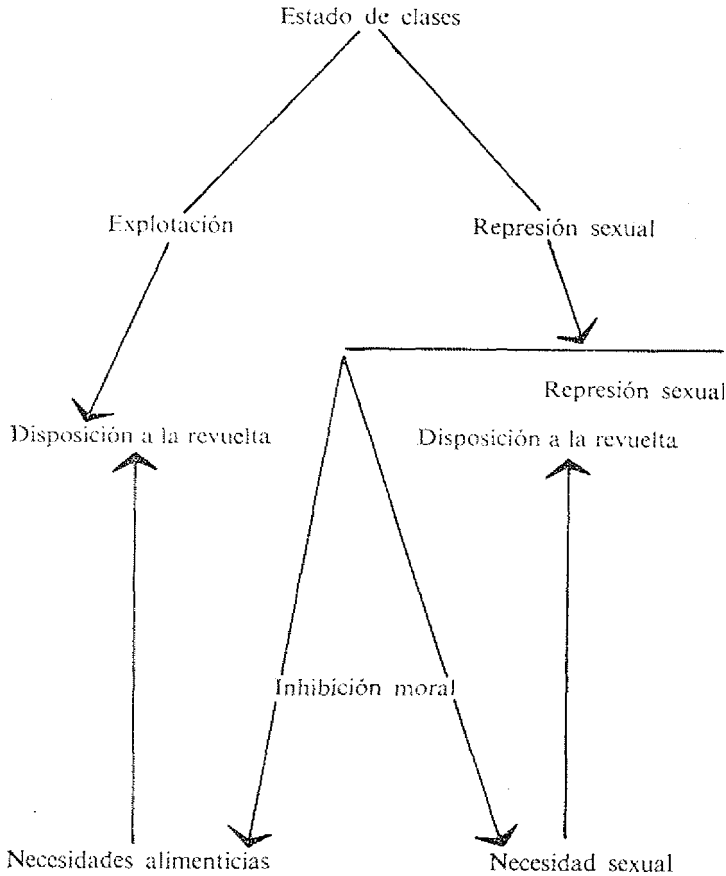
Hemos encontrado así la institución donde se armo-

nizan los intereses sexuales y económicos. Ahora debemos preguntarnos cómo se produce esta armonía y cuáles son los mecanismos. Igualmente en este punto el análisis de la estructura típica del hombre burgués (incluso el proletariado) aporta una respuesta, a condición evidentemente de que nos planteemos este tipo de problemas en el análisis individual. La inhibición moral de la sexualidad natural del niño, cuya última etapa está constituida por los graves perjuicios causados a la sexualidad *genital*, le hace ansioso, tímido, medroso ante la autoridad, obediente, en el sentido burgués: correcto y bien educado; quedando desde entonces en adelante todo movimiento *(Regung)* agresivo cargado de una fuerte angustia, paraliza en el hombre todas las fuerzas rebeldes, mediante la prohibición sexual de pensar establece una inhibición total del pensamiento y una incapacidad de crítica generales. En pocas palabras, su objetivo es fabricar un ciudadano que se adapte al orden fundado sobre la propiedad privada, que lo tolere pese a toda la miseria y humillaciones que comporta. Como etapa preparatoria en esta línea, el niño pasa por el estado autoritario en miniatura que es la familia, estructura en la que debe adaptarse si quiere más tarde poder insertarse en el marco general de la sociedad. La reestructuración *(Umstrukturierung)* del hombre —esto debe quedar fijado con total exactitud— resulta principalmente del anclaje de la inhibición y de la angustia sexuales en el material viviente de las pulsiones sexuales.

En seguida comprenderemos por qué la familia es concebida por la economía sexual como el más importante lugar de reproducción ideológica del sistema social basado en la economía privada, si tomamos el ejemplo de una esposa cristiana de un trabajador medio. Tiene tanta hambre como una mujer comunista, sufre pues la misma situación económica, pero vota al Centro y más tarde a los Nazis. Si por otra parte nos explicamos la realidad de la diferencia en la ideología sexual entre

la mujer media que tiene conciencia de clase y la mujer cristiana media, reconoceremos la decisiva importancia de la estructura sexual: la inhibición moral, antisexual, prohíbe a la mujer cristiana alcanzar la conciencia de su situación social y le encadena a la Iglesia, tan fuertemente como ésta le hace temer el «bolchevismo sexual». Desde un punto de vista teórico las cosas se presentan de la manera siguiente: El marxista vulgar con pensamiento mecanicista supondrá que la conciencia de clase, es decir, la comprensión de la situación social, debería ser particularmente acusada cuando a la miseria económica se añade la miseria sexual. Según esta hipótesis, la masa de los jóvenes y la masa de las mujeres habrían de tener una conciencia de clase mucho más desarrollada que los hombres. La realidad nos enseña precisamente lo contrario y frente a ella el marxista vulgar se encuentra completamente desamparado. Le parecerá incomprensible que la mujer cristiana rehúse siquiera el prestar atención a su programa económico. La explicación es la siguiente: la represión de la satisfacción de las necesidades puramente materiales produce un resultado distinto que la represión de las necesidades sexuales. La primera empuja a la revuelta, pero la segunda, desde el momento en que somete las exigencias sexuales a la represión, que las sustrae de la conciencia y que se fija interiormente en la forma de defensa moral, la segunda impide la realización de la revuelta que tiene su origen en las *dos* formas de represión. Del mismo modo la prohibición de la revuelta es igualmente inconsciente. En la conciencia del hombre medio apolítico no encontramos una disposición ni siquiera rudimentaria a la revuelta. El esquema de la página 47 servirá para explicitar las relaciones.

La represión sexual refuerza la reacción política no sólo con la ayuda del proceso descrito que hace a los individuos de la masa pasivos y apolíticos. Crea además en la estructura del hombre burgués una fuerza secundaria, un interés artificial que sostiene activamente al



orden social dominante. En efecto, si por el proceso de represión sexual la sexualidad queda excluida de las vías naturales de satisfacción, emprende el camino de las diversas satisfacciones sustitutivas. Así por ejemplo, la agresividad natural se acrecienta para convertirse en un sadismo brutal que constituye una parte esencial del fundamento psicológico de masas de la guerra, dirigida por un pequeño número de personas con intereses impe-

rialistas. Tomemos otro ejemplo: el efecto del militarismo reposa en lo esencial, desde el punto de vista de la psicología de masas, sobre un mecanismo libidinoso; el efecto sexual del uniforme, el efecto de excitación erótica de los desfiles, ejecutados siguiendo un ritmo, el carácter exhibicionista del aspecto militar, todo esto se ha revelado hasta el presente mucho más claro en la práctica para una empleada doméstica o para una empleada media que para nuestros hombres políticos más cultivados. Por el contrario, la reacción política utiliza conscientemente estos intereses sexuales. No sólo confecciona para los hombres uniformes con aspecto de pavos reales, sino que, como sucede en América, utiliza mujeres atractivas para el reclutamiento. Recordemos por último los carteles de enrolamiento de las potencias ávidas de guerra, cuyo contenido viene a ser poco más o menos el siguiente: «Si quieres conocer países extranjeros, alístate en la Marina Real»; y los países extranjeros están representados por mujeres exóticas. ¿Por qué surten efecto estos carteles? Porque la restricción sexual ha creado en nuestros jóvenes un hambre sexual.

Tanto la moral sexual, que inhibe la conciencia de clase, como las fuerzas que responden a los intereses capitalistas extraen su energía de la sexualidad reprimida. Estamos ahora en mejor situación para comprender un elemento del efecto retroactivo de la ideología sobre la base económica: la inhibición sexual modifica estructuralmente al hombre oprimido económicamente, de tal modo que actúa, siente y piensa contra su interés material. Lo que equivale a una asimilación a la burguesía.

De este modo, la observación de Lenin se ve confirmada e interpretada por la psicología de masas. Los soldados de 1905 reconocían inconscientemente en los oficiales a sus padres, condensados en la representación de Dios, que prohibían la sexualidad y a los que en esta época ni se podía ni se tenía el derecho a matar, a pesar de que destruyeran la alegría de vivir. Sus remordimientos tras

la toma del poder y sus tergiversaciones eran la expresión en su contrario, penosamente, de un odio transformado que de este modo no podía llegar hasta la acción.

Por tanto, el problema práctico de la psicología de masas reside en activar a la mayoría pasiva de la población que ayuda siempre a la reacción política, y eliminar los frenos que se oponen al desarrollo de la conciencia de clase que se deriva de la situación socioeconómica. Las energías psíquicas de una masa media que sigue con excitación un partido de fútbol o que vibra con una opereta de pacotilla, si estuviesen liberadas de sus cadenas y guiadas hacia los objetivos racionales del movimiento obrero, no podrían ser encadenadas nunca más. Desde este punto de vista se desarrolla el análisis de economía sexual que viene a continuación.

Capítulo II

La ideología de la familia en la psicología de masas del fascismo

1. Führer y estructura de masas

Si la historia del proceso social dejara a los historiadores burgueses el tiempo de entregarse a consideracione sobre el pasado de Alemania desde hace algunos decenios, verían seguramente en el triunfo de Hitler durante el período 1928-33 la prueba de que son los grandes hombres los que hacen la historia, inflamando a las masas con «sus ideas». De hecho, uno de los caracteres fundamentales de la propaganda nacional-socialista es el edificarse sobre la base de esta ideología del führer. Dado que no conocen el mecanismo de su éxito, los propagandistas nazis no pueden comprender el sustrato histórico de su propio movimiento. Cae por tanto dentro de toda lógica que el nazi Wilhelm Stapel haya escrito en su época en *Cristiandad y Nacional-socialismo (Christentum und Nationalsozialismus*, Hanseatische Verlaglagsanstalt): «Al ser el movimiento nacional-socialista un movimiento *elemental*, no se le puede abordar con ayuda de 'argumentos'. Los argumentos sólo podrían ser efectivos si el movimiento se hubiese desarrollado con la ayuda de éstos.» Conforme a esta caracterización, los discursos en los mítines nazis se distinguen a un nivel concreto por las muy hábiles medidas para manipular los sentimientos de los individuos masificados, y evitar en la medida de lo posible el desarrollo de una argu-

mentación concreta. En *Mein Kampf,* Hitler pone el acento repetidas veces en la idea de que la táctica apropiada en el plano de la psicología de masas debe renunciar a cualquier argumentación y limitarse a exponer a las masas, continuamente, «el gran objetivo final». A qué se asemeja el objetivo final *después* de la toma del poder, podemos verlo fácilmente en el fascismo italiano; asimismo las recientes órdenes de Göering contra las organizaciones económicas de la clase media, el rechazo de la «segunda revolución» esperada por sus partidarios, la no ejecución de las medidas socialistas prometidas, etc., revelan ya la función objetiva propia del fascismo. Hasta qué punto es Hitler ignorante del mecanismo de su triunfo, nos lo demuestra el punto de vista siguiente:

> «Tan sólo esta gran línea, que jamás debe abandonarse, permite con una insistencia consecuente que debe permanecer siempre la misma, aproximarse al objetivo final. Entonces podrá comprobarse con asombro a qué inmensos resultados, apenas comprensibles, conduce tal perseverancia.» *(Mein Kampf).*

No puede explicarse en ningún caso el triunfo de Hitler por su papel objetivo en la historia del capitalismo, ya que si ese papel hubiera constituido el contenido inmediato de la propaganda, hubiera tenido como resultado el contrario de aquel en el que se confiaba. La investigación sobre los efectos producidos por Hitler en el plano de la psicología de masas debe partir de la hipótesis de que un dirigente (Führer) o simplemente el representante de una idea no puede obtener un triunfo (si no en un período histórico prolongado, por lo menos en un período limitado) más que si sus posturas personales, su ideología o su programa tienen resonancia en una amplia capa de individuos masificados. Aparece entonces una más amplia cuestión: ¿de qué situación

histórica y sociológica provienen estas estructuras de masas? De este modo la problemática de la psicología de masas se desplaza de la metafísica a la realidad de la vida social. Unicamente cuando la estructura de la personalidad de un «Führer» corresponde a las estructuras de los individuos de masas en grandes estratos de la población aquél puede hacer historia. Y el problema de saber si hace historia de una manera *definitiva* o tan sólo *provisional* depende exclusivamente de que su programa vaya en la dirección del proceso social o en sentido contrario. Por esto no es solamente erróneo, sino que lleva a la confusión política el intentar explicar el éxito de Hitler exclusivamente por la demagogia de los nacional-socialistas, por el «oscurantismo de las masas», su «extravío», o incluso por el vago concepto de «psicosis nazi» que no dice nada —lo que han hecho incluso los comunistas—. Se trata precisamente de comprender por qué las masas han demostrado ser receptivas a lo que era efectivamente (desde un punto de vista objetivo) un oscurecimiento y una situación psicótica. Todo esto quiere decir que sin el análisis preciso de lo que ocurre en las masas, no podemos resolver el problema, igual que no podemos resolverlo indicando el papel objetivo del movimiento hitleriano en el proceso histórico. Pues, como ya se ha dicho, el éxito del N. S. D. A. P. contradice ese papel —contradicción que sólo puede resolverse en el plano de la psicología de masas.

El nacional-socialismo se ha servido en función de los diferentes objetivos de su propaganda de medios diferentes y ha hecho distintas promesas según las clases sociales de las que necesitaba ayuda. Así por ejemplo, en la primavera de 1933, la propaganda acentuó el carácter revolucionario del movimiento nazi, porque quería ganarse a los obreros industriales, y celebró la fiesta del Primero de Mayo, después de haber afeitado a la nobleza en Potsdam. Si dedujéramos que el triunfo de Hitler debe atribuirse a su estafa política, caeríamos

en tanto que marxistas en contradicción con nosotros mismos y negaríamos prácticamente la revolución social.

La cuestión fundamental es la siguiente: ¿por qué las masas se dejan mistificar políticamente? Tenían todas las posibilidades de controlar la propaganda de los diferentes partidos. ¿Por qué no descubrieron que Hitler prometía de un lado a los trabajadores la expropiación de aquellos que detentaban los medios de producción, y de otro a los capitalistas garantías contra la huelga?

La estructura de la personalidad de Hitler y su historia carecen de importancia para comprender al nacional-socialismo. Son en todo caso interesantes desde un punto de vista académico para ver cómo el origen pequeño-burgués de sus ideas coincide en sus líneas generales con el medio compuesto por las estructuras psicológicas de masas que han aceptado con presteza sus ideas.

Hitler se apoya, como todo movimiento fascista, sobre las distintas capas de la pequeña burguesía. El nacional-socialismo manifiesta todas las contradicciones que caracterizan a la psicología de masas de la pequeña burguesía. Lo que importa primeramente es aprehender estas contradicciones en su organización ideológica misma, en segundo lugar, estudiar el origen común de estas contradicciones en las relaciones productivas del capitalismo imperialista. Nos limitaremos a los problemas referentes a la ideología *sexual*.

2. Los orígenes de Hitler

El jefe de la clase media alemana en revolución es hijo de funcionario y él mismo cuenta con precisión el conflicto al que tuvo que hacer frente y que es específico precisamente de la estructura de masas pequeño-burguesa. Su padre quería que él fuera también funcionario, pero se rebeló contra el proyecto paterno, decidido a no ponerlo en práctica «bajo ningún pretexto», convirtién-

dose en pintor y, al tiempo, proletarizándose. Pero junto a esta rebelión contra el padre subsistió la consideración y el reconocimiento de su autoridad. Esta doble postura: *la rebelión contra la autoridad al mismo tiempo que su reconocimiento y la sumisión a ella*, es el factor central de toda estructura pequeño-burguesa en el momento del tránsito de la pubertad a la edad adulta —y está particularmente acentuada cuando las condiciones de vida materiales del individuo son las de un proletario.

Hacia su madre, Hitler mantenía una postura netamente positiva; habla de ella con gran sentimentalismo y afirma que sólo lloró una vez en su vida, el día en que murió su madre. Está claro que su rechazo ideológico de la sexualidad y la idealización de la madre provienen de la teoría racista y de la teoría sobre la sífilis (Cf. Capítulo siguiente).

En tanto que joven nacionalista y austríaco, Hitler decidió combatir contra la dinastía reinante en Austria que entregaba el suelo alemán a la «eslavización». En esta lucha contra los Hasburgo, ocupaba un lugar nada despreciable el hecho de que entre ellos hubiera varios sifilíticos. Podríamos no prestar atención a este punto si no fuera porque precisamente nos reaparece sin cesar de una forma muy particular el tema del «emponzoñamiento del cuerpo del pueblo», y el conjunto de la problemática referente a la sífilis, que ha sido posteriormente, después de la toma del poder, una de las piezas fundamentales de la política interior.

Al principio, Hitler simpatizaba con la socialdemocracia que luchaba por el sufragio universal con voto secreto, lo que conduciría a un debilitamiento del poder de los Hasburgo, a quienes odiaba. Pero rechazaba la acentuación de las clases, la negación de la nación, de la autoridad del Estado, del derecho de propiedad, de la religión y de la moral. El giro decisivo en la formación de su ideología tuvo lugar cuando en la empresa de construcción en que trabajaba se le invitó a adherirse al sindicato. Rechazó

hacerlo explicando que por primera vez había advertido cuál era el papel de la socialdemocracia.

Bismarck se convirtió entonces en su ideal porque había realizado la unificación alemana y porque había combatido contra la casa reinante de Austria. El antisemita Lueger y el nacional-alemán Schoenerer jugaron asimismo un importante papel en la evolución de Hitler. Desde entonces tomó como punto de partida los objetivos nacionalistas e imperialistas que pensaba llevar a efecto con medios más apropiados que los del viejo nacionalismo «burgués». La elección de sus medios vino dada por su conocimiento del poder del marxismo organizado y de la importancia de las masas para todo movimiento político.

> «Cuando a la visión del mundo internacionalista, dirigido políticamente por el marxismo organizado, se oponga una visión del mundo popular *(völkisch)*, organizada y dirigida por una misma unidad, el triunfo, estando equilibrada la energía combativa por ambas partes, se pondrá del lado de la verdad eterna.
>
> »Lo que aseguró el triunfo de esta concepción del mundo internacionalista fue el que estaba representada por un partido político organizado como las secciones de asalto; lo que llevó al fracaso a la concepción del mundo opuesta, fue la falta hasta el momento de una representación organizada en la unidad. Una visión del mundo no podrá combatir y vencer entregándose indefinidamente a la exégesis de una visión general de las cosas, sino dándose la forma y por ello la coherencia interna de una organización política.»
>
> *(Mein Kampf)*

Hitler se dio cuenta en seguida del fracaso de la política socialdemócrata, y al mismo tiempo de la impotencia

de los caducos partidos burgueses, incluido el «nacional-alemán».

> «Todo esto no era más que la consecuencia necesaria de la carencia de una nueva visión del mundo fundamental, que se opusiera al marxismo y estuviese dotada de una imperiosa voluntad de conquista.»
>
> «Cuanto más reflexionaba en aquella época sobre la idea de un necesario cambio de actitud de los gobiernos ante la socialdemocracia en tanto que encarnación momentánea del marxismo, más cuenta me daba de que no existía nada válido para reemplazar a esta doctrina. No existía ningún movimiento del que hubiéramos podido esperar que atrayese a las numerosas tropas de trabajadores que habían perdido en mayor o menor medida a sus jefes. Era insensato y más que estúpido suponer que el fanático del internacionalismo que se había separado de su partido de clase iba a volver inmediatamente a un partido burgués, o sea, a otra organización de clase.»
>
> «Los 'partidos burgueses' cualquiera que sea el nombre que se den a sí mismos, no esperarán nunca en sus filas a las masas 'proletarias', ya que en este punto se enfrentan dos mundos separados —siendo esta ruptura en parte natural y en parte artificial— y sus relaciones mutuas sólo pueden traducirse en una lucha. Pero en este caso el vencedor tendría que ser necesariamente el más joven, y éste es el marxismo» (Ibid.).

La tendencia fundamentalmente antisoviética del nacional-socialismo aparece muy pronto:

> «Si queremos tierra de Europa, sólo podemos obtenerla a expensas de Rusia, hace falta por

> tanto que el nuevo Reich se ponga en marcha tras las huellas de los antiguos caballeros de la Orden, con el fin de dar, por la espada alemana, la gleba al arado alemán y a la nación el pan cotidiano» (Ibid.).

Así, Hitler apela a los sentimientos nacionalistas de las masas y decide organizarse como el marxismo sobre una base de masas y desarrollar cuidadosamente una técnica de propaganda propia.

Quiere por tanto, lo que ha confesado abiertamente, imponer el nacionalismo alemán con métodos copiados del marxismo y de la técnica de la organización de masas. Que esta organización triunfase no dependía de Hitler, sino de las masas. Que su propaganda haya podido echar raíces dependía de las estructuras pequeño-burguesas de las masas. De tal modo que la importancia sociológica de Hitler proviene no de su personalidad, sino de la significación que le otorgan las masas. Y el problema es tanto más grave cuanto que Hitler siente un profundo desprecio hacia las masas gracias a las cuales quiere imponer su imperialismo. Veamos en este aspecto entre otras muchas similares una declaración franca:

> «La voz del pueblo jamás ha sido otra cosa que aquello que se ha vertido desde arriba sobre la opinión pública» (Ibid.).

¿Cuáles son las estructuras que estaban dispuestas en las masas para absorber la propaganda de Hitler?

3. Psicología de masas de la pequeña burguesía

Hemos dicho que el triunfo de Hitler no puede explicarse ni por su «personalidad», ni por el papel objetivo que ha desempeñado su ideología en el capitalismo

violentamente sacudido; tampoco por un simple «ofuscamiento» de las masas que le han seguido. Hemos dado esencial importancia al problema de saber *lo que ha ocurrido en las masas para que hayan seguido a un partido cuya dirección no representa, tanto objetiva como subjetivamente, más que los intereses del gran capital.*

Para responder a esta cuestión, es preciso establecer en primer lugar que el movimiento nacional-socialista en sus primeros éxitos se apoyó sobre grandes capas de eso que se llama la clase media, es decir, los millones de empleados de los sectores público y privado, los comerciantes medios y el campesinado medio y pequeño. *Considerado desde el punto de vista de su base social, el nacional-socialismo es un movimiento pequeño-burgués, y esto desde cualquier lado que se le mire.* Esta pequeña burguesía que se mantenía antes en el campo de los diferentes partidos demócratas burgueses ha debido sufrir, para que haya cambiado de línea política, una transformación interior. Tanto las semejanzas fundamentales como las diferencias entre las ideologías liberal-burguesa y nacional-socialista se explican por la situación social y la estructura psíquica correspondiente de la pequeña burguesía.

La pequeña burguesía nacional-socialista es semejante al liberalismo democrático pequeño-burgués en otra época histórica del capitalismo. El nacional-socialismo ha ganado las elecciones de 1930 a 1932 a expensas casi exclusivamente del partido nacional-alemán, del Wirtschaftspartei y de los grupúsculos del Reich. Unicamente el *Zentrum* católico ha conservado su posición, incluso en las elecciones de Prusia en 1932. Fue en esas elecciones de Prusia donde el nazismo penetró igualmente en las masas trabajadoras. Pero tanto antes como después, la clase media ha sido la tropa principal de la cruz gamada. En mitad del resquebrajamiento económico más grave que haya conocido el capitalismo en el curso de su existencia, la clase media ha irrumpido en la escena política

bajo la forma de nacional-socialismo y ha detenido el declive revolucionario de la dominación capitalista. La reacción política sabe apreciar muy exactamente la importancia de la pequeña burguesía. «La clase media es de vital importancia para la existencia de un Estado», se leía en un pasquín de los Deutschnationalen, del 8 de abril de 1932.

La cuestión de la importancia política de la clase media ha desempeñado un importante papel en el seno de la izquierda en las discusiones que siguieron al 30 de enero. Hasta esa fecha se ha tenido muy poco en cuenta a la clase media, porque todos los intereses estaban centrados en el estudio del desarrollo de la reacción política, de la dirección burguesa del Estado, y porque la problemática de la psicología de masas faltaba en los hombres políticos. Después de esta fecha se vio la «rebelión de la clase media» aparecer en escena. Si se sigue la discusión de este problema puede comprobarse que dos opiniones principales se abren camino: la una representa la idea de que el fascismo no es «nada más» que el guardián del gran capital; la otra, no despreciando este hecho, pone por delante la «rebelión de la clase media», lo que vale a sus representantes el reproche de que anulan el papel reaccionario del fascismo, haciendo esto, se invocaba la llamada de Thyssen al dictador de la economía, la disolución de las organizaciones económicas de la clase media, el desvanecimiento de la «segunda revolución», en pocas palabras el carácter *puramente* reaccionario del fascismo que aparece cada vez más abiertamente a partir de finales de junio de 1933 aproximadamente.

En la discusión, que fue muy movida, pudieron comprobarse algunos puntos oscuros: el hecho de que el nazismo se haya revelado cada vez más desde la toma del poder como un nacionalismo imperialista de la gran burguesía que se ha entregado a eliminar del movimiento todo aquello que pudiera ser «socialista» y que prepara la guerra por todos los medios a su alcance, no está en

contradicción con este otro hecho: que considerado desde el punto de vista de su base de masas, el fascismo es en realidad un movimiento de la clase media. Sin su promesa de llevar la lucha contra el gran capital, Hitler nunca se hubiera atraído a las capas de la clase media. Estas le han ayudado a vencer porque estaban *contra* el gran capital. Bajo su presión, los dirigentes debieron comenzar a tomar medidas anticapitalistas, que tuvieron que detener luego, bajo la presión de la gran burguesía. Si no se distinguen los intereses, al nivel de la base de masas, de un movimiento político de su función objetiva —ambas cosas están en contradicción, y al principio se encontraban unidas en el movimiento nazi— no puede entenderse; el uno piensa en el papel objetivo del fascismo, el otro en los intereses subjetivos de las masas fascistas, cuando se habla de «fascismo». En la naturaleza contrapuesta de estos dos aspectos del fascismo están fundadas todas sus contradicciones, así como su reunión en la forma «nacional-socialismo», que caracteriza al movimiento de Hitler. En la medida en que el nazismo estaba constreñido a poner por delante su carácter de movimiento de clases medias *(antes* de la toma del poder y justamente después), es de hecho *anticapitalista;* en la medida en que, para consolidar y mantener su poder una vez tomado —y no expropiando el capital— abandona cada vez más su carácter anticapitalista y evidencia poco a poco claramente su sola función capitalista, se convierte en el mejor defensor y el mejor sostén del orden económico fundado sobre el gran capital. Entonces es totalmente indiferente si sus dirigentes y cuantos de ellos son, honestamente o no, socialistas convencidos, o saber si existen, y cuántas, gentes que engañan al pueblo y arribistas. No pueden establecerse sobre eso los principios de una política antifascista. La historia del fascismo italiano hubiera podido proporcionar todos los elementos para comprender al fascismo alemán y su dualidad, ya que el fascismo italiano reunía igualmente en un todo los

dos aspectos o funciones ya citados, aspectos o funciones que se contradicen claramente *.

Aquellos que niegan o no estiman en su justo valor las funciones que cumple la base de masas del fascismo, permanecen con la mirada puesta sobre la perspectiva histórica a largo plazo, sabiendo que las clases medias, que no disponen de los principales medios de producción ni trabajan sobre ellos, no pueden hacer la historia a largo plazo y por tanto se ven obligadas a balancearse entre la burguesía y el proletariado. Tras la perspectiva a largo plazo no ven la perspectiva histórica *corta:* las clases medias pueden «hacer la historia», y de hecho la hacen, si no a *largo plazo*, sí al menos por un *período histórico limitado en el tiempo* —el fascismo italiano y el alemán nos lo han enseñado—. Pensamos aquí no sólo en la destrucción de las organizaciones obreras, en las innumerables víctimas, en la entrada en escena de la barbarie, sino sobre todo en los obstáculos colocados al desarrollo de la crisis económica para que evolucione en el sentido de un trastorno político de la sociedad, de una revolución social. La cosa está clara: los estratos de las clases medias tienen volumen y peso en una nación, poseen una importancia decisiva en tanto que constituyen una fuerza social que tiene un impacto, limitado en el tiempo pero decisivo. En el momento actual asistimos a esta paradoja histórica,

* En las discusiones que desarrollaron los comunistas en el interior de su partido, reinó una gran controversia sobre el problema de saber si el fascismo es un signo de reforzamiento o de debilidad del capitalismo: problemática mecanicista que, entre otras cosas, escindió y debilitó a la izquierda revolucionaria. Si se hubiera centrado la atención sobre la realidad en vez de sobre las tesis de congreso, se hubiera podido establecer fácilmente lo siguiente: cuando el capitalismo conoce dificultades económicas, crea movimientos nacionalistas —signo de debilidad, por tanto, en su objetivo de consolidar el poder—; si triunfa en conseguir engrandecer el fascismo y finalmente en llevarlo a la victoria, entonces de un signo de debilidad que era, el movimiento reaccionario de masas se habrá transformado en un signo de fuerza.

de que el fascismo nacional-socialista está en vías de desbordar en los países occidentales al propio comunismo internacional, como movimiento *internacional*. No advertir esto, hacerse ilusiones sobre la progresión del movimiento revolucionario respecto a la reacción, es, sencillamente, preparar el propio suicidio político, aun cuando se tengan las mejores intenciones. Este problema merece la mayor atención, y es significativo además que el proceso que se desarrolla actualmente en las clases medias de todos los países tiene más importancia que el hecho conocido, banal, de que el fascismo significa la extrema reacción económica y política. Este último elemento por sí solo no permite poner en marcha una política, como lo ha demostrado ampliamente por otra parte la historia de 1928 a 1933.

Si las clases medias se han puesto efectivamente en movimiento y, bajo la forma de fascismo, han hecho su entrada en tanto que fuerza social en el escenario de la historia, lo que importa, si quiere vencérselas o neutralizarlas, son menos los intereses reaccionarios de los Hitler y Göering que los intereses de estas capas medias.

El que exista un movimiento fascista es sin duda alguna la expresión social del miedo que siente la gran burguesía hacia el bolchevismo, en la fase de su hundimiento inminente. Pero que este movimiento pueda convertirse en un movimiento de masas e incluso llegar al poder —lo que le permite realizar su función objetiva: mantener al gran capital y aniquilar al movimiento obrero—, no es ya una cuestión de intereses de la gran burguesía, sino del movimiento de masas de las clases medias que hacen posible este proceso. Unicamente considerando estas oposiciones y contradicciones, cada una en su momento, es como pueden aprehenderse los fenómenos contradictorios y, los que no es de deshechar, como pueden evitarse los debates estériles y la formación de fracciones.

La posición de las clases medias está determinada:

— *por su posición en el modo de producción capitalista,*
— *por su lugar en el aparato del Estado capitalista,*
— *por su situación familiar particular,* que está determinada directamente por el lugar que ocupa en el proceso de producción, pero que proporciona la clave para comprender su ideología. Podemos comprobarlo en el hecho de que la postura de los pequeños campesinos, de los empleados y de los comerciantes medios muestra diferencias económicas, pero se caracteriza por una situación familar que es, a grandes rasgos, *idéntica.*

El rápido desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas, la progresión constante y rápida de la mecanización de las tareas productivas, la concentración de las distintas ramas de la industria en sindicatos y *trusts* monopolistas constituyen el fundamento de la proletarización creciente de los comerciantes y de los artesanos pequeño-burgueses. Al no poder hacer frente a la competencia de la gran industria que trabaja de manera más racional y a mejores precios, las pequeñas empresas se hunden ineluctablemente.

> «Las clases medias sólo pueden esperar de este sistema su aniquilamiento sin piedad. El problema es pues: o bien todo el mundo cae en una masa enorme, gris y siniestra, un proletariado en que todos poseerán lo mismo, es decir, nada; o bien la fuerza y la tenacidad volverán a dar a los individuos la posibilidad de adquirir bienes propios, con su trabajo y su esfuerzo. ¡Clase media o proletariado! Esa es la cuestión.»

Advertían los nacional-alemanes antes de las elecciones para Presidente del Reich, en 1932. Los nazis no proce-

dieron con esta torpeza de abrir una amplia brecha entre las clases medias y el proletariado, y consiguieron más triunfos.

En la propaganda del partido nazi, la lucha contra las grandes casas comerciales desempeñó igualmente un gran papel. Pero la contradicción entre el papel que el nacional-socialismo jugaba para la gran industria y los intereses de las clases medias sobre las que se apoyaba, quedó expresado en la conversación de Hitler con Knickerbocker:

> «No vamos a hacer depender las relaciones germano-americanas de una tienda (de lo que se trataba era del futuro de los almacenes Woolworth en Berlín)... la existencia de semejantes empresas constituye una ayuda para el bolchevismo... destruirán muchas pequeñas tiendas. Por ello no las autorizaremos, pero de lo que puede usted estar seguro es de que sus empresas de este tipo no serán tratadas de modo diferente a las empresas alemanas similares» *.

Las deudas privadas en el extranjero gravaban muy pesadamente a las clases medias. Pero mientras que Hitler era partidario del pago de estas deudas, porque en el plano de la política exterior dependía de la ejecución de las exigencias del extranjero, sus partidarios reclamaban la suspensión de las deudas. La pequeña burguesía se rebelaba por tanto «contra el sistema» —por el que entendía entre otras cosas la «dominación marxista» de la socialdemocracia—, pero era inaccesible a los argumentos de los marxistas.

* Después de la toma del poder, durante los meses de marzo y abril, se desencadenó una ofensiva de las masas contra los grandes almacenes, que fue frenada en seguida por la dirección del N. S. D. A. P. (prohibición de los ataques dirigidos arbitrariamente contra la economía, disolución de organizaciones de clases medias, etcétera).

No comprendía que a causa del desarrollo de la gran industria estaba avocada a la ruina como capa social; se reveló impermeable a la demostración según la cual desaparecería ciertamente en el comunismo, en tanto que capa o clase, pero que, a nivel de los individuos que la componían, estaría mucho mejor asegurada su existencia material, si bien bajo una forma distinta. Ahora bien, precisamente era esta forma distinta la que le aterrorizaba. No tenía idea alguna, no comprendía que las cosas deben cambiar, y la propaganda comunista —excepto la subestimación de la pequeña burguesía— no ha sabido hallar la forma apropiada para presentarle con la suficiente claridad e intensidad su destino histórico.

Cualquiera que haya sido el deseo de estas capas de la pequeña burguesía, en el curso de la crisis, de unirse y organizarse, la competencia económica entre las pequeñas empresas ha actuado contra el establecimiento de un sentimiento solidario que respondiera al existente en el proletariado. Por su propia situación social, el pequeño-burgués no puede solidarizarse ni con su capa social, ni mucho menos con el proletariado; no se solidariza con su capa social porque reina la competencia; tampoco con el proletariado industrial porque lo que precisamente él teme más es la proletarización. Sin embargo, el movimiento fascista significó un agrupamiento de la pequeña burguesía. ¿Sobre qué base, desde el punto de vista de la psicología de masas?

Encontramos la respuesta a este interrogante en la postura de los funcionarios y de los empleados pequeños y medios. El empleado medio se encuentra en una situación económica menos ventajosa que la del obrero cualificado medio; esta situación de desventaja está compensada en parte por la perspectiva mínima de una carrera, pero sobre todo en el caso del funcionario por el hecho de que su futuro está asegurado para el resto de su vida. Dada esta situación de dependencia respecto a las autoridades establecidas, se forma en esta capa so-

cial igualmente una actitud psicológica de competencia frente a los colegas, que se opone al desarrollo de la solidaridad de clase. La conciencia social del funcionario no se caracteriza por la conciencia de la comunidad de destino con sus compañeros de trabajao, sino por su posición respecto de la autoridad pública y de la «nación». Esta posición consiste en una completa *identificación con el poder de estado* *, por parte del empleado y al mismo tiempo otra con la empresa a la que sirve. Es tan explotado como el obrero. ¿Por qué no desarrolla como este último un sentimiento de solidaridad? Esto se debe a su postura intermedia entre la autoridad y el proletariado. Subalterno respecto a los de arriba, es respecto a los de abajo el representante de esta autoridad y en tanto que tal disfruta de una cierta protección moral (no material). Podemos encontrar entre los suboficiales de los distintos ejércitos la formación perfecta de este tipo psicológico de masas.

También podemos reconocer la fuerza de esta identificación con el patrono, de forma cruda, entre los sirvientes de las casas nobles, entre los ayuda de cámara, etc.: se transforman completamente y recogen actitudes, modos de pensar, formas de ser de la clase dominante, y llegan incluso, para ocultar su origen proletario, a exagerar estas formas de conducta.

Esta identificación con la autoridad, con la empresa, con el Estado, con la nación, etc., que se contiene en la fórmula: «Yo soy el Estado, la autoridad, la empresa, la nación», representa una realidad psíquica y constituye uno de los mejores ejemplos de una ideología convertida en fuerza material. El empleado, el funcionario comienza

* El psicoanálisis entiende por «identificación» el hecho de que una persona *sienta formar una unidad* con otra, que tome de ésta cualidades y actitudes que anteriormente no tenía, y que pueda ponerse con la imaginación en el lugar del otro; este proceso tiene por fundamento una transformación efectiva de la persona que se identifica, «recogiendo para sí misma» las cualidades del modelo.

por alimentar la idea de ser idéntico a su superior, hasta que poco a poco, a causa de su dependencia material crónica, su ser se transforma en el sentido de la clase dominante. Con los *ojos* constantemente *vueltos hacia lo alto*, el pequeño-burgués crea un *conflicto entre su situación económica y su ideología*. Vive en condiciones mediocres, pero se presenta en el exterior como poseedor de un poder de representación muy exagerado y con frecuencia ridículo. Come mal y poco, pero atribuye un gran valor a un vestuario correcto. Las maneras elegantes y el vestido son los símbolos materiales de esta estructura. Y pocas cosas son más apropiadas para juzgar a primera vista la psicología de masas de una población que el observar su vestuario. Son «los ojos vueltos hacia lo alto» los que marcan la diferencia específica de la estructura pequeño-burguesa con la estructura de clase del obrero industrial.

¿A qué profundidad se sitúa esta identificación con la autoridad? Que tal identificación existe es conocido, aun si la formulación es diferente; pero la cuestión reside en saber si fuera de los factores económicos que actúan directamente, los hechos afectivos, determinados indirectamente por la economía están y de qué modo, en la base de la actitud pequeño-burguesa y la determinan de tal forma que la ideología pequeño-burguesa no se quebrante incluso en épocas de crisis, y aun cuando el paro forzoso destruya la base económica inmediata.

Hemos dicho anteriormente que la situación económica de las distintas capas de la pequeña burguesía es distinta, pero que su situación familiar es, a grandes rasgos, idéntica. Y es en esta situación familiar donde encontraremos la clave del fundamento afectivo de la estructura descrita más arriba.

4. Nexo familiar y sentimiento nacional

En primer lugar, la situación familiar de los distintos estratos de la pequeña burguesía no puede separarse de su posición económica inmediata. Allí donde la crisis capitalista no ha intervenido todavía, la familia —excepción hecha de los funcionarios— constituye simultáneamente la pequeña explotación económica. La familia participa en el trabajo en la empresa del pequeño comerciante, ahorrándose así fuerzas de trabajo extrañas y más caras. En la pequeña y media explotación campesina esta coincidencia de la familia y del modo de producción está todavía más acentuada. El modo de organización económica del gran patriarcado (por ejemplo, Zadruga) reposa fundamentalmente sobre esta coincidencia. Este enmarañamiento íntimo de la familia y la economía es el que nos proporciona la respuesta al problema de saber por qué el campesino está «ligado a la tierra», «vinculado a la tradición», y por tanto es tan fácilmente accesible a la reacción política. Y esto no en el sentido de que el modo de organización económica sólo condicionaría la vinculación a la tierra y a la tradición, sino en el sentido de que el modo de producción del campesino exige un estrecho lazo familiar de todos los miembros de la familia entre sí, y este lazo implica una represión sexual. A partir de esta doble base se erige en seguida el pensamiento campesino típico en el que el respeto a la propiedad privada y a la moral sexual patriarcal forman el núcleo. Volveremos posteriormente sobre las dificultades surgidas al gobierno soviético en la colectivización del campo y descubriremos que la causa de tan grandes dificultades no era únicamente la «vinculación a la gleba» sino esencialmente el nexo familiar engendrado por la gleba.

> «La posibilidad de conservar una clase campesina sana como fundamento de la nación entera es verdaderamente inestimable. Muchos de nuestros sufrimientos de hoy día provienen de las relaciones malsanas entre el campo y la ciudad. Un robusto tronco de pequeños y medios campesinos ha sido en todos los tiempos la mejor protección contra las enfermedades sociales tal y como las conocemos en la actualidad. Pero es además la única solución que permite a una nación obtener, en el ciclo interno de su economía, su pan cotidiano. La industria y el comercio pierden su malsana posición dominante y se integran en los marcos generales de una economía nacional fundada sobre las necesidades y el equilibrio.»
>
> *(Mein Kampf)*

Esta es la posición adoptada por Hitler. Tan absurda como pueda ser desde un punto de vista económico, tanto más débiles serán los logros de la reacción política si no deja desarrollarse a la gran industria y, en el campo, a la gran explotación mecanizada y si con ella detiene la decadencia de la pequeña burguesía y del pequeño campesino; pero hay que tener en cuenta que esta propaganda es mucho más importante desde el punto de vista de la psicología de masas, mucho más eficaz sobre las estructuras, fijadas en las familias, de los estratos pequeño-burgueses.

El entrelazamiento íntimo del nexo familiar y de la economía campesina debía encontrar su expresión después de la toma del poder por el N. S. D. A. P. Puesto que el movimiento de Hitler, según su base de masas y su estructura ideológica subjetiva es un movimiento de la pequeña burguesía no obstante su función objetiva de consolidar el gran capital, uno de los primeros pasos hacia el refuerzo de las clases medias fue la ordenanza

sobre «La nueva organización de las relaciones de propiedad en el campo», de 12 de mayo de 1933, que vuelve a las formas seculares y que procede de la «indisoluble alianza de la sangre y el suelo».

He aquí el contenido de algunos pasajes significativos:

> «La indisociable alianza de la sangre y el suelo es la condición indispensable para la vida sana de un pueblo. El régimen agrario de siglos pasados garantizaba jurídicamente esta unión que procede del sentido natural de la vida que tiene el pueblo. La granja era la heredad *inalienable* de la descendencia de la familia campesina. Un derecho extraño a la raza se estableció por la fuerza y destruyó el fundamento legal de este régimen agrario. Sin embargo, en numerosos cantones del país, el campesino alemán, que tenía una sana idea del fundamento de la vida de su pueblo en el respeto de las costumbres, conservó intacta, generación tras generación, la granja.
>
> »Una tarea apremiante del gobierno del pueblo que por fin ha despertado, es el consolidar el levantamiento nacional mediante el establecimiento legal de la alianza indisoluble de la sangre y el suelo, que se ha mantenido en las costumbres alemanas por el derecho a la herencia de un dominio.
>
> »Lo que en el tribunal competente está registrado como propiedad agraria y forestal (dominio hereditario) se transmite según los derechos de herencia. El propietario de esta heredad se denomina campesino. Un campesino no es propietario de varias heredades. Sólo uno de los hijos del campesino podrá tomar posesión de la finca. Es el *heredero principal*. La granja cubrirá las necesidades de los coherederos hasta que éstos

alcancen su autonomía social. Si, sin haberlo merecido, caen en la miseria, podrán, aun en los años posteriores, buscar asilo en la granja (asilo domiciliario). Si el dominio, que debe normalmente estar registrado, no lo estuviera, el derecho persiste para los herederos en virtud del derecho de sucesión.

»Sólo un campesino, ciudadano alemán y de *sangre alemana* puede poseer una finca. Cualquiera que tenga entre sus ascendencia masculina o entre sus antepasados hasta la cuarta generación, una persona de origen judío o de color, no es de sangre alemana. Todo matrimonio contraído, en lo sucesivo, con una persona que no sea de sangre alemana incapacita a la descendencia para poseer una propiedad agraria.

»La ley tiene por objeto proteger a las granjas de un endeudamiento y de una parcelación peligrosa, para mantenerlas perdurablemente como heredad en la familia de campesinos libres. Al mismo tiempo, la ley quiere permitir un reparto correcto de las grandes propiedades agrícolas. Gran número de pequeñas y medianas granjas rentables, repartidas del modo más igualitario posible por todo el país, son necesarias para preservar la salud del pueblo y del Estado.»

El examen detenido de la ley implica que nos planteemos la cuestión de saber cuáles son las tendencias que se expresan en ella. La ley está en cierto modo en contradicción con los intereses de los grandes propietarios agrícolas cuyo objetivo es la absorción de todas las empresas agrarias medianas y pequeñas, una separación siempre creciente entre los propietarios de la tierra y el proletariado rural desprovisto de bienes. Esta contradicción, o esta oposición está compensada ampliamente por un segundo y potente interés de clase de la gran

burguesía: matener a la clase media campesina para que forme la base de masas de su dominación. El pequeño propietario no se identifica únicamente con el gran propietario en tanto que es un *propietario privado;* esto carecería de peso si no fuera porque en la pequeña y media propiedad se ha conservado una atmósfera ideológica, la de la familia que administra una pequeña explotación, de la que han surgido generalmente los mejores combatientes nacionalistas, y que transforma a las mujeres en sus propias estructuras, según la ideología nacionalista y religiosa. He aquí el fondo de eso que se ha llamado con frecuencia «la influencia moral conservadora del sano campesinado». Pero éste es un problema de economía sexual.

El entrelazamiento ya descrito, del modo de producción capitalista y de la familia capitalista es una de las fuentes de la ideología fascista de las «familias numerosas». Estudiaremos este problema en otro contexto.

El aislamiento de las familias y la competencia a que se entregan, que son típicos de la pequeña burguesía, corresponden a la delimitación económica de las pequeñas empresas. Desde ahora puede comprenderse que el pensamiento individualista, tan opuesto a las ideas colectivistas del comunismo, tiene aquí su fuente. Pero este estado de cosas reclama una explicación mucho más detallada *.

Esta situación económica y familiar sería insostenible, dada la organización natural de los hombres, si no estuviera garantizada por otras situaciones de hecho.

* Pese a la ideología «el interés general prevalece sobre el interés personal» y a pesar del «pensamiento corporativo» del fascismo. Los elementos fundamentales de la ideología fascista permanecen individualistas, como el «principio del jefe», la política familiar, etc. Lo que hay de colectivista en el fascismo proviene de las tendencias socialistas de su base de masas, como todo lo que es individualista proviene de los intereses del gran capital y de las jerarquías fascistas.

Entre ellas una cierta relación entre el hombre y la mujer, que identificamos como la relación patriarcal, y un determinado modo de vida sexual.

En su celo por diferenciarse del proletariado, la pequeña burguesía urbana, cuya situación económica no es mucho mejor que la del proletariado industrial, sólo puede apoyarse sobre formas de vida familiares y sexuales, que organiza entonces de una manera determinada. Lo que le falta en el plano económico debe ser compensado en el plano moral. Este móvil es el elemento más eficaz de la identificación de los funcionarios con el poder del Estado. Ya que no nos encontramos en la situación de la gran burguesía, pero ya que al mismo tiempo nos identificamos con ella, es preciso que las ideologías culturales nos proporcionen lo que la situación económica nos niega. Las formas de la vida sexual así como las distintas formas de vida culturales que de ella dependen, sirven esencialmente para distinguirnos respecto de lo que está *debajo* de nosotros.

La suma de estas actitudes morales que se agrupan alrededor de la postura respecto a la sexualidad y que generalmente son caracterizadas como «espíritu filisteo», culmina en las representaciones —decimos representaciones y no actos— del *honor* y del *deber*. Debe apreciarse correctamente el efecto de estas dos palabras sobre la pequeña burguesía por lo que vale la pena que nos ocupemos de ello más adelante. Hay que señalar que reaparecen siempre en la ideología fascista y en la teoría de la raza. En efecto, el modo de existencia pequeño-burgués y el comercio pequeño-burgués de mercancías imponen práctica y realmente en múltiples casos el comportamiento contrario a estos valores. En la economía mercantil privada, es preciso un mínimo de deshonestidad para poder existir. Un campesino compra un caballo; de todos modos le pondrá objeciones. Un año más tarde, al revender el mismo caballo, éste será más joven, mejor y más valioso que cuando lo compró. El deber

reposa sobre intereses comerciales y no sobre particularidades del carácter nacional. Nuestra mercancía será siempre la mejor; la mercancía extranjera será siempre muy mala. Las maneras y el comportamiento de los pequeños tenderos demuestran, hasta en su obsequiosidad y en su sumisión a sus clientes, la cruel obligación del modo de existencia económico que a la larga no puede más que plegar a su ley al mejor carácter. Y sin embargo, el concepto del honor y del deber desempeña en la pequeña burguesía un papel decisivo. Esto no podría explicarse tan sólo por una voluntad de disimular su origen groseramente material. Pues incluso cuando se llega a la pura hipocresía, el éxtasis psíquico es auténtico. El problema se reduce a saber cuáles son sus fuentes.

Proviene de las fuentes de la vida afectiva inconsciente a las que en principio no se presta atención, por lo que típicamente no se reconocía de manera fácil la relación principalmente con esta ideología. El análisis del pequeño-burgués no deja ninguna duda sobre la significación de la relación entre su vida sexual y su ideología del deber y del honor.

En primer lugar, la posición del padre en el Estado y en la economía se refleja en su comportamiento patriarcal respecto al resto de la familia. El Estado autoritario está representado en la familia por el padre; por ello, la familia se convierte en el instrumento más preciado de su poderío.

Esta posición del padre refleja su papel político y aclara la relación de la familia con el Estado autoritario. El padre adopta en el interior de la familia la posición que toma respecto a él su superior jerárquico en el proceso de producción. Y reproduce en sus hijos, particularmente en los varones, su estado de sujección a la autoridad. De estas relaciones deriva la actitud pasiva, servil, del hombre pequeño burgués ante las figuras de los dirigentes. Y Hitler, sin sospecharlo en el fondo, explota estas

actitudes de las masas pequeño-burguesas cuando escribe:

> «El pueblo, en su aplastante mayoría, es de constitución y de mentalidad hasta tal punto femenina que la percepción afectiva determina su pensamiento y su conducta mucho más que la reflexión lúcida.
>
> »Y esta percepción no es complicada, sino por el contrario muy sencilla y constituye un todo. No se encuentran diferenciaciones numerosas, sino una positiva y una negativa, el amor o el odio, la justicia o la injusticia, la verdad o el embuste, pero nunca la mitad de uno y la mitad de otro, o una parte, etc.»

(Mein Kampf)

No se trata de una «constitución» sino de un ejemplo típico de la reproducción de un sistema social en las estructuras de sus miembros.

Esta posición del padre reclama particularmente una severa represión sexual a las mujeres y los niños. Si las mujeres sometidas a influencias pequeño-burguesas desarrollan una actitud resignada que reposa sobre una rebelión sexual reprimida, los hijos, también en una postura sumisa respecto a la autoridad, desarrollan una fuerte identificación con el padre que más tarde se convertirá en una identificación con toda autoridad, llena de una gran carga afectiva. Durante mucho tiempo permanecerá insoluble un enigma: ¿Cómo es posible que la fabricación y la formación de las estructuras psíquicas de la capa que soporta a una sociedad convengan, con la misma exactitud que las piezas de una máquina de precisión, a la organización económica y a los objetivos de la clase dominante? Lo que nosotros hemos descrito como la reproducción psicológica de masas del sistema

económico de una sociedad parece ser en todo caso el mecanismo fundamental del proceso ideológico.

El puesto en la competencia económica y social no contribuye más que muy tardíamente al desarrollo de la estructura individualista de la pequeña burguesía, y lo que se forma aquí en lo tocante a ideología reaccionaria, se edifica en un segundo tiempo sobre la base de los procesos psíquicos que se desarrollan ya en el psiquismo del niño educado en el medio familiar. Encontramos en seguida la competencia entre los niños y los adultos, después la competencia más amplia entre los niños de una única familia en sus relaciones con sus padres. Esta competencia que más tarde, en la edad adulta y en la vida extrafamiliar, es esencialmente económica, se aplica en la infancia principalmente a las relaciones que tienen una resonancia afectiva muy fuerte, de amor y de odio entre los miembros de la familia. No es conveniente que estudiemos aquí en sus detalles estas relaciones. Este problema será objeto de investigaciones especiales. Nos basta por el momento con dejar establecido que las inhibiciones y los debilitamientos de la sexualidad que constituyen las condiciones primordiales de mantenimiento de la familia burguesa y que son las bases esenciales de la formación de la estructura del hombre pequeño-burgués, están impuestas con la ayuda decisiva de la angustia religiosa que se nutre del sentimiento de culpabilidad sexual y de este modo se ancla profundamente en la vida afectiva. A partir de este punto es cuando se plantea el problema de las relaciones de la religión y de la negación del deseo sexual. El debilitamiento sexual tiene como consecuencia una depreciación de la conciencia de sí que, en un caso, está compensada por una actitud de brutalidad respecto a la sexualidad, y en otro por los rasgos peculiares del carácter. La obligación al dominio de sí mismo en materia sexual, es decir, a la continuidad de la represión, conduce a la formación de representaciones convulsivas de resonancia afectiva particularmente

acentuada, concernientes al honor, al deber, al valor, al dominio de sí mismo *. El carácter convulsivo y la carga afectiva de estas actitudes psíquicas están en una extraña contradicción con la realidad de los modos de comportamiento personales. El primitivo que está satisfecho en el plano genital es hombre de honor, consciente de su deber, valeroso y dueño de sí, sin darle ninguna importancia. Estas actitudes están inscritas orgánicamente en su personalidad. Aquel que está debilitado genitalmente debe continuar exhortándose a dominar su sexualidad, a defender su honor sexual, a ser valeroso frente a la tentación, etc. Cada adolescente y cada niño sin excepción atraviesa por el combate contra la tentación del onanismo. En este combate se desarrollan todos los elementos, sin excluir ninguno, de la estructura del hombre burgués que constituyen su núcleo afectivo. En la pequeña burguesía es donde esta estructura está más fuertemente elaborada y más profundamente arraigada. De estas fuentes, engendradas por la represión, impuesta, de la vida sexual, es de donde saca la mística de todo tipo sus energías más fuertes, y también parte de sus contenidos. En la medida en que las capas proletarias son alcanzadas por las mismas influencias de la sociedad burguesa, aquellos que pertenecen a estas capas elaboran las actitudes correspondientes; sin embargo, en el proletariado, en razón de su modo específico de existencia, diferente de aquel de la pequeña burguesía, las fuerzas contrarias, que afirman la sexualidad en el individuo, son mucho más acusadas y también mucho más conscientes. El anclaje afectivo de estas estructuras a favor de la angustia inconsciente, su camuflaje por formaciones psíquicas y por rasgos de carácter que parecen por completo asexuales son la causa de que no se logre aproximarse con los solos argumentos de la razón, a esos

* Para el conocimiento de estas relaciones es particularmente instructivo el libro del nazi Ernst Mann, *La moral de la fuerza (Die Moral der Kraft)*.

estratos profundos de la personalidad. El alcance de esta constatación para la política sexual práctica será examinado en el último capítulo.

El combate consciente y aquel otro, mucho más importante, que es *inconsciente* contra nuestras propias necesidades sexuales no puede ser abordado aquí detalladamente, en cuanto a su importancia para la transposición del modo de existencia material de los hombres en los distintos modos de pensamiento metafísico y místico. Mencionaremos tan sólo uno de estos modos de pensamiento que es típico de la ideología nacional-socialista. Encontramos siempre la enumeración de una serie: *honor personal, honor familiar, honor de la raza, honor del pueblo*. Serie que está erigida lógicamente según el orden de sucesión de las etapas de la formación individual de la ideología, ignora solamente al terreno económico-sociológico: *el capitalismo o, llegado el caso, el patriarcado - la institución del matrimonio - la represión sexual - el combate personal contra nuestra propia sexualidad - el sentimiento compensador del honor personal, etcétera*. El último punto de la serie es la ideología del «honor del pueblo». Esta coincide con el núcleo afectivo del sentimiento nacional. Pero su comprensión pide una deducción más pausada.

El combate contra la sexualidad de los niños y adolescentes mantenido por la sociedad patriarcal y el combate, que depende del otro, en el yo personal, se desarrollan en el marco de la familia, que se ha revelado hasta el presente como la mejor institución para conducir este combate a buen fin. Las exigencias sexuales empujan naturalmente a todo tipo de relaciones con el mundo, a un contacto íntimo con él, siendo muy variados los contenidos y las formas. Si son reprimidas, no queda otra posibilidad que la de manifestarse en el estrecho ámbito de la familia. La inhibición sexual es la base del agrupamiento familiar de los individuos, como es la base de la conciencia individualista de la personalidad. Debemos considerar estric-

tamente que los comportamientos metafísicos, individualistas, sentimentales, con respecto a la familia, son únicamente las diversas facetas del único y mismo proceso fundamental de negación de la sexualidad, mientras que el pensamiento materialista, vuelto hacia la realidad, no místico, adopta una actitud más libre respecto a la familia y manifiesta al menos indiferencia hacia la ideología sexual burguesa. Es de gran importancia que la inhibición sexual sea el medio de ligar a la familia, que la obstrucción del camino que conduce a la realidad sexual del mundo transforma el nexo biológico original del niño con la madre y también de la madre con sus hijos en fijación sexual o inextricable y en una incapacidad de contraer nuevos nexos *. Lo que actúa en el centro del nexo familiar es el nexo con la madre. Las *representaciones de la patria y de la nación* son, en su *núcleo subjetivo-afectivo, representación de la madre y de la familia.* Para la burguesía, la madre es la patria del niño, y la familia su «nación en miniatura». Se comprende así por qué razón el nazi Goebbels ha elegido, para ponerlas como epígrafe a sus diez mandamientos en el calendario popular nacional-socialista de 1932, seguramente sin conocer relaciones más profundas, las siguientes palabras: «La patria es la madre de tu vida, no lo olvides». Para la «Fiesta de las madres», en 1933, podía leerse en *Angriff:*

> «*Fiesta de las madres.* La revolución nacional ha barrido todo lo que era mezquino. Las ideas gobiernan de nuevo y gobiernan a todos a la vez —familia, sociedad, pueblo—. La idea de la fiesta de las madres tiene como objeto honrar a lo que simboliza la idea alemana: ¡La Madre alemana!

* El «complejo de Edipo», que descubrió Freud, no es por tanto, causa sino más bien consecuencia, de los límites sociales fijados a la sexualidad del niño. Y los padres, siempre de manera inconsciente, le hacen adoptar los puntos de vista de la Iglesia y de la clase dominante.

> En ninguna otra parte más que en la nueva Alemania se otorga esta importancia a la mujer y a la madre. Ella es el guardián de la vida familiar donde germinan las fuerzas que deben conducir a nuestro pueblo nuevamente hacia lo más alto. Ella —La Madre alemana— es la única depositaria de la idea del pueblo alemán. '*Ser alemán*' *está eternamente ligado al concepto de la 'madre'*. ¿Existe cosa alguna que pueda unirnos más estrechamente que la idea de una común veneración de la madre?»

Lo mismo que estas frases son falsas desde el punto de vista económico y social, logran alcanzar su objetivo desde el punto de vista ideológico. El sentimiento nacional es, por consiguiente, la prolongación directa del nexo familiar y hunde sus raíces como éste a fin de cuentas en la fijación * a la madre. Esto no puede interpretarse biológicamente, ya que este nexo con la madre es al desarrollarse como nexo familiar y nacional, un producto *social*. En la pubertad dejaría lugar a otros nexos —especialmente a las relaciones sexuales adultas— si los límites sexuales fijados a la vida amorosa no lo perpetúan. Unicamente en esta perpetuidad socialmente establecida es donde se convierten en la base del sentimiento nacional del hombre adulto, es únicamente entonces cuando se transforma en una fuerza social reaccionaria. Si el proletariado desarrolla opiniones nacionales considerablemente menos acentuadas, comparadas con las de la pequeña burguesía, esto debe atribuirse a su modo de existencia social diferente y por consiguiente a su modo de existencia familiar mucho más libre.

Que no se nos haga ahora tímidamente el reproche de biologizar la sociología, ya que no hemos olvidado en ningún momento que este modo distinto de existencia

* Es decir, un nexo nunca disuelto, anclado en el inconsciente.

familiar del proletariado está él mismo condicionado por la posición de éste en el proceso de producción del capital. Debemos, sin embargo, plantearnos la cuestión de saber por qué el proletariado es específicamente accesible al internacionalismo, y por qué la pequeña burguesía, por el contrario, se inclina tan fuertemente hacia el nacionalismo. A nivel de la situación económica objetiva no puede establecerse el factor que les diferencia más cuando se hacen intervenir las relaciones, descritas anteriormente, entre su economía y su existencia familiar. No de otro modo. No es exagerado decir que la repugnancia notable de muchos teóricos marxistas a considerar la existencia familiar como un factor *equivalente*, en lo que concierne a la fijación del sistema de la sociedad, incluso *decisivo* de la formación de la ideología, debe atribuirse a sus propios nexos familiares. Nunca se resaltará lo bastante el hecho de que el nexo familiar en la sociedad de clases tiene la mayor intensidad y la más fuerte carga afectiva *.

La unidad esencial de la ideología familiar y nacional puede proseguirse más adelante. Las familias están también delimitadas las unas respecto a las otras como las

* Aquel que no ha superado su nexo con la familia y con la madre o que, al menos por lucidez, los aparta de sus juicios, deshecha el aplicar el método materialista-dialéctico al ámbito de la formación de la ideología. Aquel que quisiera rechazar estas cosas como pertenecientes al «freudismo» no demostrará nada más que su cretinismo científico. Hay que argumentar y no parlotear sin conocimiento de causa. Freud ha descubierto el complejo de Edipo; sin este descubrimiento sería imposible una política familiar revolucionaria. Pero Freud está tan lejos de una valoración e interpretación sociológica del nexo familiar como el economista mecanicista lo está de la comprensión de la sexualidad como factor histórico. Que se nos demuestre una eventual aplicación errónea del materialismo dialéctico, pero que no se nos nieguen hechos que cada trabajador consciente conoce exactamente, mucho antes de que Freud descubriera el complejo de Edipo. Y que eche abajo al frente cultural nacional-socialista no con consignas, sino con saber. Podemos equivocarnos y podemos corregir nuestros errores, pero ser limitados en materia científica es contrarrevolucionario.

naciones de régimen capitalista. En ambos casos, las bases son en última instancia los móviles sociales. La familia del pequeño-burgués (funcionario, pequeño empleado) está sometida a la presión constante de las necesidades alimenticias y otras preocupaciones materiales. La tendencia a la expansión económica de las familias numerosas pequeño-burguesas reproduce así la ideología imperialista: «La nación necesita espacio y alimentos». Esta es la razón por la cual el pequeño-burgués debe ser particular y fácilmente accesible a la ideología imperialista. Puede identificarse completamente con la nación que piensa en términos de persona. De este modo el imperialismo objetivo del Estado se reproduce ideológicamente en el imperialismo subjetivo de la familia.

Algunas frases de Goebbels, extraídas del folleto «Los portadores malditos de la cruz gamada» (Eher-Verlag, Münich; págs. 18 y 16) son interesantes; las escribió para responder a la pregunta de saber si el judío es o no un ser humano:

> «Si alguien da un latigazo a tu madre en pleno rostro, acaso vas a decirle: Muchas gracias. ¡¿Es él un ser humano también?! ¡Eso no es un ser humano; es un monstruo! ¡Cuántas cosas peores aún no ha hecho el judío contra *nuestra madre Alemania* (subrayado por W. R.) y no hace hoy día! El (el judío) ha corrompido nuestra raza, podrido nuestra fuerza, minado nuestras costumbres... El judío es la encarnación del demonio de la degeneración... Comienza a ofrecer a los pueblos en holocausto.»

Debemos conocer el significado de la castración como castigo de las faltas sexuales y del deseo sexual, debemos interpretar el segundo plano psico-sexual de los fantasmas del asesinato ritual así como del antisemitismo en general, y además evaluar correctamente el sentimiento de culpa-

bilidad sexual y la angustia sexual del hombre pequeño-burgués, para poder juzgar cómo tales frases, redactadas de forma inconsciente por el autor, actúan sobre la vida afectiva inconsciente del lector que pertenece a la masa. Ahí se encuentra la raíz del antiseminismo de los nacional-socialistas. ¿Serían, pues, tan sólo acciones de mistificación? Desde luego, también existe mistificación. Pero al mismo tiempo se ha olvidado fácilmente que el fascismo, ideológicamente, es el coletazo de una sociedad agonizante tanto desde el punto de vista sexual como económico, que se revuelve contra las tendencias dolorosas pero decididas del bolchevismo a la libertad tanto sexual como económica, una libertad tal que simplemente con imaginársela el hombre *burgués* se ve invadido por una angustia mortal. Esto significa: que con el establecimiento de la libertad económica por el comunismo se instaura una abolición de las viejas instituciones ideológicas y culturales, y particularmente sexuales, de las que tanto el hombre burgués como el proletario —en tanto que ve las cosas a través de un prisma burgués— se han alimentado. Particularmente, el miedo a la «libertad sexual», que aparece en las representaciones del pensamiento burgués como el caos y la depravación sexuales, se manifiesta reprimiendo la aspiración a quedar libre del yugo de la explotación económica. No ocurrirá así más que en el tiempo que perdure esta representación del caos sexual. Y únicamente perdura porque estas cuestiones tan decisivas no están claras para las masas. En éstas, la política sexual se sitúa completamente en el centro de la política. Y cuanto más avance la fase de desarrollo del capitalismo, más se extenderá y profundizará el aburguesamiento ideológico del proletariado, y por tanto, el trabajo revolucionario en el frente cultural, el trabajo político-sexual que constituye el núcleo central, a nuestro modo de ver, adquiere una importancia decisiva.

En esta combinación de hechos económicos e ideológicos, la familia burguesa aparece como el primer y

principal lugar de reproducción del sistema capitalista, o mejor aún, del sistema de economía privada, como la fábrica de su ideología y de su estructura. Por esto, la «defensa de la familia» es el primer mandamiento de la política cultural reaccionaria. Fundamentalmente, todo esto se oculta ideológicamente detrás de la pomposa consigna de «defensa del Estado, de la cultura y de la civilización».

En un manifiesto electoral del N. S. D. A. P. para la elección presidencial de 1932 *(Adolf Hitler: Mi programa)*, se dice:

> «La mujer es por su naturaleza y destino la compañera de la vida del hombre. Pero los dos son no sólo compañeros de una vida, sino también camaradas de trabajo. Lo mismo que el desarrollo económico de los milenarios transformó las esferas de trabajo del hombre, transformó lógicamente también el ámbito de trabajo de la mujer. Más allá de la obligación al trabajo común, está todavía, por encima del hombre y de la mujer, el deber de perpetuar al propio hombre. En esta misión de conjunto, sus dones particulares, otorgados a ambos por la providencia en su eterna sabiduría de forma inmutable, encuentran así sus fundamentos. La más alta tarea asignada a los dos compañeros de vida y camaradas de trabajo es, por tanto *el hacer posible la formación de la familia. Su destrucción definitiva significaría el fin de toda la humanidad superior.* Por muy amplias que puedan ser las esferas de actividad de la mujer, *el objetivo final de un auténtico desarrollo orgánico y lógico debe encontrarse siempre en la formación de la familia.* Es la más pequeña, *pero la más preciosa unidad en la organización de toda la estructura del Estado.* El trabajo honra a la mujer tanto como al hombre; pero el hijo ennoblece a la madre.»

En el mismo manifiesto se dice, bajo el título *El saludo del campesinado significa el saludo de la nación alemana:*

> «Veo en el mantenimiento y en el fomento de un campesinado sano la mejor protección contra las enfermedades sociales así como contra la decadencia racial de nuestro pueblo.»

No debemos en ningún momento olvidarnos del nexo familiar tradicional del campesinado si no queremos caer en un error. Continuemos:

> «Creo que un pueblo, para edificar su resistencia, no debe sólo vivir según consideraciones racionales, sino que tiene necesidad también de una estabilidad espiritual y religiosa. La intoxicación y la descomposición del cuerpo del pueblo por las manifestaciones de nuestro bolchevismo cultural son casi más devastadoras que la acción del comunismo político y económico.»

Al ser un partido que, como el fascismo italiano, actúa como el defensor de la gran propiedad financiera, el N. S. D. A. P. debe atraerse a las masas del pequeño y medio campesinado, debe constituirse una base social. Por lo demás, no puede evidenciar, naturalmente, en su propaganda los intereses de la gran propiedad financiera, por el contrario, no puede hacer otra cosa que apelar a las estructuras de los pequeños campesinos, tal y como han sido producidas por la coincidencia de los modos de existencia familiar y económica. La frase «el hombre y la mujer son camaradas de trabajo», es válida únicamente desde el punto de vista de esos estratos de la pequeña burguesía. No es válido para el proletariado. Tampoco lo es para los campesinos más que formalmente, ya que la mujer del campesino es en realidad su sirvienta. Sin embargo, es determinante que la ideología fascista

de la organización jerárquica del Estado esté prefigurada y realizada en la organización jerárquica de la familia campesina. Esta es una nación en pequeño y cada uno de sus miembros está identificado con esta pequeña nación. El terreno para la adopción de la ideología tan distinta del gran imperialismo, que se fundamenta particularmente en las leyes del capitalismo, está preparado de este modo en el campesinado y en cualquier otra parte de la pequeña burguesía, donde coincidan familia y pequeña empresa económica. Pero nuestra atención se ha fijado en la idealización de la maternidad. ¿Cuáles son las relaciones de esta idealización con la reacción sexual política?

5. El amor propio nacionalista

En la estructura del pequeño-burgués en tanto que individuo de masas, los nexos nacionales y familiares coinciden. Estos nexos están particularmente intensificados mediante un proceso que no sólo se desarrolla paralelamente a ellos, sino que, de modo más preciso, los conduce. Para la psicología de masas, el jefe (Führer) nacionalista representa la encarnación de la nación. Unicamente en la medida en que este jefe encarne a la nación de conformidad con los sentimientos de la masa, puede instaurarse respecto a él un nexo personal. En la medida en que se dedica a despertar en los individuos los nexos afectivos familiares históricamente preponderantes, llega a ser a la vez una figura paternal, es decir, que concentra en él todas las posturas afectivas primitivamente adoptadas con relación al padre, severo, pero también protector y representativo (al menos representativo en la representación del niño). Con frecuencia se oía a los partidarios del nacional-socialismo, con los que hablábamos del carácter insostenible, dadas sus contra-

dicciones, del programa del N. S. D. A. P., decir que Hitler lo sabía bien y que encontraría todas las soluciones. Vemos expresarse aquí claramente la postura infantil de búsqueda de una protección cerca del padre. Mucho más esencial es sin embargo la *identificación* de los individuos de masas con el padre. Es de una importancia decisiva para la táctica del partido revolucionario que intente desligar de sus jefes a los miembros de otro partido. Cuanto mayor es el desamparo efectivo del individuo de masas a causa de su educación y se acusa más la identificación con el jefe, la necesidad infantil de apoyo se camufla bajo la forma del sentimiento de formar una unidad con el jefe. Esta tendencia a la identificación del hombre pequeño-burgués es el fundamento psicológico de su *narcisismo nacional*, es decir, del amor propio *(Selbst gefühl)* que extrae de la «grandeza de la nación». El pequeño-burgués se encuentra a sí mismo en el jefe, en el Estado autoritario; en virtud de esta identificación, se siente como defensor del «pueblo» *(Volkstum)*, de la «nación», lo que no le impide, siempre en virtud de esta identificación, despreciar al mismo tiempo a la masa y enfrentarse a ella en tanto que individuo. Su situación de miseria material y sexual está psicológicamente sofocada por la idea exaltante de formar parte de la raza de los señores y de ser conducido por un genio, hasta tal punto que en momentos privilegiados no percibe su decadencia completa, su humillación, que hace de él un instrumento privado de significación y de sentido crítico. Frente a esto, está el trabajador que ha llegado a la conciencia de clase, aquel que ha dejado fuera de sí mismo su estructura pequeño-burguesa o que la ha extirpado mediante la formación política y otros medios, aquel que se identifica con la masa *internacional* de los trabajadores en lugar de con la patria nacional. Se ve a sí mismo como jefe, no en virtud de una identificación, sino de su conciencia de formar parte de la clase necesariamente en ascenso. ¿Cuáles

son las fuerzas psicológicas determinantes en la materia? La respuesta no es difícil. Los impulsos afectivos que sirven de fundamento a este otro tipo tan diferente de psicología de masas son los mismos que entre los nacionalistas. Unicamente el contenido de la excitación afectiva *(Gefühlserregung)* es diferente. El impulso a la identificación es el mismo; pero su objeto es el compañero de clase en vez del jefe, la propia clase en vez de la clase dominante, los pueblos oprimidos de la tierra en vez de la familia. Es el colectivismo que se opone al individualismo, lo que no quiere decir que el trabajador deje de mantener por esto una conciencia de su propia personalidad, lo mismo que en tiempo de crisis el pequeño-burgués individualista se pone a soñar con el «servicio rendido a la comunidad», con que «el interés público prevalece sobre el interés personal». Pero el contenido diferente de esta conciencia de la propia personalidad hace posible que los sentimientos colectivistas no se enfrenten con los individualistas en el trabajador, sino que derivan precisamente de esta conciencia colectiva. Por tanto, es erróneo pensar, como afirman muchas teorías comunistas, que los sentimientos colectivistas se encuentran en oposición absoluta frente a los sentimientos individualistas. El mismo Marx no lo entendió nunca de este modo.

Debemos aún preguntarnos cuáles son los hechos que orientan en el trabajador que ha alcanzado una conciencia de clase, la energía de identificación y de relación en una dirección tan radicalmente distinta. A gran escala, desde el punto de vista de clase, está en primer lugar el modo de producción colectivo en la fábrica, que forma un contraste brutal con el modo de trabajo individual del campesino o del pequeño comerciante. Pero como siempre, debemos preguntarnos igualmente sobre este punto por qué medios se traduce de manera diferente este modo de vida diferente. La situación social es únicamente la condición exterior aunque sea decisiva en pri-

mer lugar, la que determina el proceso ideológico en el individuo de masas. Se trata de explorar las fuerzas motrices mediante las cuales tal o cual contenido del mundo político llega a asegurarse la dominación exclusiva de la vida afectiva. Una primera cosa es cierta: no es el hambre; no es en todo caso el factor decisivo sin el que la revolución se hubiera realizado ya hace mucho tiempo. Tan susceptible como sea esta constatación de derribar las representaciones vulgares convertidas en tradicionales, es inatacable.

Cuando los psicoanalistas limitados en materia sociológica explican la revolución a partir de la rebelión contra el padre, se fijan en el revolucionario de los medios intelectuales, en quien este factor es efectivamente decisivo. La represión de los niños por los padres no es menor en la clase obrera, es incluso a veces más brutal que en la pequeña burguesía. Pero ahí no reside la cuestión. Si queremos responderla, debemos buscar el elemento decisivo específico, y encontraremos éste en el modo de producción de estas capas sociales y en la postura respecto a la sexualidad que de ellas se deriva. Para prevenir cualquier malentendido dejemos bien claro que la sexualidad se reprime por los padres igualmente en el proletariado. Mas las contradicciones a las que están expuestos los hijos de los trabajadores no existen en la pequeña burguesía. En ésta, advertimos *sólo* la represión de la vida sexual. Lo que, en esta capa social, se manifiesta como actividad sexual que contradice a la moral, no es sino la expresión pura y simple de la contradicción entre el impulso y la inhibición sexuales. En el caso del proletariado sucede de otro modo. Además, la ideología pequeño-burguesa encierra, de modo más o menos notorio según los casos, sus propias concepciones sexuales que precisamente son opuestas a las primeras. A esto se añade la contradicción debida al habitat y a la existencia colectivista en la empresa. Todo ello se enfrenta a la ideología sexual pequeño-burguesa.

Por consiguiente, el tipo medio de proletario se distingue del tipo medio de pequeño-burgués por su actitud abierta y natural ante la cuestión sexual, por muy confundido y aburguesado que esté por otra parte. Se revela siempre mucho más accesible que el pequeño-burgués típico a las consideraciones de la economía sexual. Y lo que le hace más accesible es precisamente la ausencia de las actitudes que hemos descubierto en el núcleo de la ideología nacional-socialista y religiosa: la identificación con el poderío del Estado, con el «jefe supremo» y con la nación. Esta es la prueba de que los elementos centrales de la ideología nazi son del orden de la economía sexual. Ambas cosas, es decir tanto la ideología nacionalista como la economía sexual específica, están evidentemente determinadas en última instancia por la diferente situación de clase.

En cuanto al hecho de que, a consecuencia de su economía individualista y de la empresa del aislamiento familiar, el pequeño campesinado llega muy difícilmente a la conciencia de su situación de clase, la que en cambio es muy fácilmente accesible a la ideología de la reacción política y que es la causa del conflicto existente entre la situación social y la ideología; es un aspecto sobre el cual ya hemos hablado anteriormente. Caracterizado por un patriarcado de los más estrictos y por la moral que le corresponde no desarrolla sino formas proletarias —aunque totalmente desfiguradas— en su vida sexual. Como en el proletariado —y en oposición a lo que ocurre en la pequeña burguesía—, la juventud campesina tiene una temprana experiencia de las relaciones sexuales; pero a causa de la estricta educación patriarcal, esta experiencia es brutal o está muy perturbada; la vida sexual se practica a escondidas, la frigidez de las jóvenes es la regla general, los crímenes sexuales y los celos más brutales así como la servidumbre de las mujeres son los fenómenos sexuales típicos del medio campesino. La histeria no abunda en ninguna parte tanto como en el campo. El

matrimonio es, de acuerdo con los imperativos económicos, el objetivo último de la educación.

En el mundo de los trabajadores industriales hemos asistido en el curso de los últimos decenios a un proceso ideológico que puede observarse en su estado puro en eso que se llama la aristocracia obrera, pero que no ha alcanzado menos a los trabajadores medios. Se trata de lo que se ha dado en llamar el aburguesamiento del proletariado en la época de la democracia burguesa. Para comprender por qué medios puede penetrar el fascismo en la clase obrera, aunque sea muy tardíamente, en general cuando la pequeña burguesía se ha constituido ya como la base de masas, hace falta seguir paso a paso el proceso ideológico que se efectúa en el seno del proletariado en el paso de la democracia burguesa a las fases preparatorias de los decretos-leyes, de la eliminación del Parlamento hasta la dictadura fascista declarada.

6. Aburguesamiento ideológico del proletariado

El fascismo penetra en los trabajadores por dos caminos: el cauce de eso que se llama el «lumpen-proletariado» (todo va en contra de esta formulación) gracias a una corrupción directamente material, y por el cauce de la «aristocracia obrera» tanto por el medio de la corrupción material como por el de la influencia ideológica. Cuando se habla del proletariado que ha sido engañado, quedan sin respuesta toda una serie de cuestiones. Ciertamente, es exacto decir que el fascismo, con su falta completa de escrúpulos políticos, promete todo a todo el mundo; así, por ejemplo, podía leerse en un artículo de Jarmer, «Capitalismo» (en *Angriff*, del 24 de septiembre de 1931):

> «Comprobamos con placer que Hugenberg, en el congreso de los nacional-alemanes en Stettin

> se ha enfrentado claramente contra el capitalismo internacional. Pero simultáneamente ha insistido en la idea de que un capitalismo nacional sería necesario.
>
> Por lo mismo ha trazado la línea de demarcación entre los nacional-alemanes y los nacional-socialistas: en efecto, éstos están persuadidos de que el sistema económico capitalista, que actualmente se derrumba en todo el mundo, debe ser reemplazado por un sistema distinto por la sencilla razón de que incluso en el marco de un capitalismo nacional no puede existir la justicia.»

Lo anterior tiene casi un aire comunista. Con la intención consciente de engañar, el propagandista fascista llama a la conciencia de clase revolucionaria del obrero industrial. Pero el gran problema reside en saber por qué los obreros nazis no han reconocido en seguida que el fascismo promete todo a todo el mundo. Se supo que Hitler había pactado con los grandes industriales, que recibió dinero de ellos y que les prometió prohibir las huelgas. Por qué no se ha manifestado una contradicción tal, pese al trabajo intensivo de divulgación realizado por los comunistas, en el obrero medio; hace falta reconocer que esto toca a la estructura psicológica de éste. En su entrevista con el periodista americano Knickerbocker, Hitler se expresó en los siguientes términos sobre el problema del reconocimiento de las deudas privadas con el extranjero:

> «Estoy convencido de que los banqueros internacionales se darán cuenta en seguida de que Alemania, bajo un gobierno nacional-socialista, es un lugar de inversión seguro, los créditos obtendrán un tipo de interés del tres por ciento neto.»

En los períodos de democracia burguesa «pacífica», el obrero industrial que tiene un trabajo dispone funda-

mentalmente de dos posibilidades: la identificación con la pequeña burguesía considerada, desde un punto de vista ideológico, como superior a él, o la identificación con su propia clase que ya bajo el capitalismo desarrolla formas de vida propias, en oposición con las formas de vida burguesas. El primer camino significa envidiar al pequeño burgués, imitarle y, si se presenta la posibilidad material, adoptar completamente sus hábitos de vida. El segundo, significa rechazar estas ideologías y estos modos de vida del pequeño-burgués, diferenciarse de él, repudiarle, y avanzar según su propio modo de vida. En razón de lo simultáneo de la acción ejercida por el modo de vida social y por el modo de vida de la propia clase, las dos posibilidades son igual de fuertes; en todo caso, los caminos que conducen a ellas están abiertos. El movimiento revolucionario tampoco ha estimado en su justo valor la importancia de los pequeños hábitos cotidianos, aparentemente secundarios, e incluso muy frecuentemente la utilización que se ha hecho de ellos ha sido errónea. El dormitorio pequeño-burgués que el proletario se compra en cuanto tiene posibilidad, aun cuando por otra parte tenga una conciencia de clase, la represión de la mujer, que se impone aun cuando él sea comunista, la vestimenta «correcta» de los domingos, el baile pequeño-burgués y miles de otros «detalles» tienen por su acción crónica una influencia contrarrevolucionaria que millares de mítines y de pasquines no pueden contrarrestar. La vida pequeño-burguesa ejerce una acción permanente, penetra por todos los resquicios de la vida cotidiana; por el contrario, el trabajo en la fábrica y las octavillas sólo ejercen su acción durante unas pocas horas. Por esto es cometer una grave falta tener en cuenta los instintos pequeño-burgueses de los trabajadores organizando fiestas de carácter pequeño-burgués, «para ponerse al nivel de las masas», sin eliminar por otra parte los elementos pequeño-burgueses y desarrollar por todos los medios posibles los gérmenes

de las formas de vida proletaria. Por todos los medios de la propaganda. En el «traje de noche» que una mujer de trabajador se pone para una de esas «fiestas», podemos saber más sobre la psicología del trabajador bajo el régimen capitalista que en mil artículos. El vestido de noche o el vaso de cerveza que se bebe en familia no son más que la manifestación externa de un proceso que se desarrolla en el trabajador en cuestión, un signo de la disposición existente para acoger, bien la propaganda socialdemócrata, bien la propaganda nacional-socialista. Cuando el fascista promete la supresión del proletariado y obtiene de este modo un triunfo en el noventa por ciento de los casos, no es el programa económico el que ha influido, sino el traje de noche. Debemos hacer caso, mucho más caso, de estas cosas de la vida cotidiana. A partir de ellas es como se forma concretamente la conciencia de clase o su contrario, no a partir de las grandes frases o de las palabras que no despiertan más que un entusiasmo pasajero. He ahí un trabajo importante y fecundo aún por realizar. El trabajo revolucionario de masas en Alemania se ha limitado casi exclusivamente a la propaganda contra el hambre. Si bien este argumento fue el *más importante*, era, como se ha demostrado, una base demasiado estrecha. La vida de los individuos de masa se representa en mil cosas detrás de los bastidores. El joven trabajador, por ejemplo, tiene millares de necesidades de orden sexual y cultural que le invaden desde que satisface, aunque no sea más que un poco, su hambre. La lucha contra el hambre se mantiene en el frente principal, pero no debe ser la única: es necesario que lo que ocurre entre los bastidores de la vida humana sea llevado enérgicamente, sin reticencias ni escrúpulos, a la luz de las candilejas del teatro de animales racionales, donde todos somos a la vez espectadores y actores.

Vemos que, ya bajo el capitalismo, el proletariado hace gala de una creatividad indefinida en sus tentativas

por manifestar sus formas de vida y sus modos de ver las cosas. Si la política penetrara en las más pequeñas hendiduras de la vida cotidiana, llevaría a las masas contaminadas por la pequeña burguesía, las emociones y los sentimientos que confieren a la aridez de los hechos políticos un impulso irresistible. Es indispensable trabajar estos problemas de forma detallada, concreta, concienzuda. Haciéndolo, se asegurará y se acelerará la victoria de la revolución. Que no se abra paso la dañina objeción según la cual tales proposiciones son únicamente medios de hacer creer que el hombre podrá transformarse en el interior del capitalismo. Esta lucha por llevar a buen fin todos los elementos del modo de vida proletario no significa un arreglo en el interior del capitalismo, sino una lucha para diferenciarse de lo que es burgués, una lucha para afirmar el germen de un modo de vida proletario con el objetivo de enfrentarse a la vergüenza de ser proletario. Ya que hace mucho tiempo que los elementos pequeño-burgueses lo llevaron sobre los elementos de clase del trabajador, éste podrá muy difícilmente ser ganado para la causa revolucionaria y tener un comportamiento consecuente. Pero hay otra razón por la cual igualmente no podemos renunciar a este trabajo de psicología de masas y a esta propaganda.

La vergüenza de ser proletario que es exactamente lo opuesto a la conciencia proletaria y un elemento central de la tendencia a imitar al pequeño-burgués, constituye igualmente el fundamento psicológico de masas sobre el que se apoya el fascismo desde que empieza a penetrar entre los obreros. El fascismo promete la supresión de las clases, es decir, la supresión de la condición proletaria y por este medio consigue una resonancia en las posturas pequeño-burguesas del trabajador. En la medida en que los proletarios han emigrado del campo a la ciudad, han traído con ellos la ideología de la familia campesina, que como ya hemos demostrado, representa el mejor terreno abonado para la ideología nacionalista-imperia-

lista. A esto se añade todavía un proceso ideológico que se desarrolla en el movimiento obrero, y al que hasta el presente no se ha prestado demasiada atención cuando se evalúan las posibilidades del movimiento revolucionario en los países con un bajo desarrollo industrial y en aquellos otros de un alto desarrollo.

Cuando Kautsky no había caído aún en la categoría de enemigo feroz de la revolución, constataba que el trabajador de la Inglaterra altamente industrializada tiene un nivel político más bajo que el trabajador de la Rusia subdesarrollada (*Soziale Revolution*, segunda edición, páginas 59-60). Los acontecimientos políticos de los quince y veinte últimos años en los distintos países del mundo no dejan ninguna duda sobre el hecho de que en los países que poseen un bajo desarrollo industrial, como por ejemplo China y la India, se producen levantamientos revolucionarios más fácilmente que en Inglaterra, América y Alemania. Y esto, pese a la existencia en estos últimos países de un movimiento obrero más educado, mucho más dominado por la conciencia de clase, más organizado y que se apoya sobre una vieja tradición. Si dejamos a un lado la burocratización del movimiento obrero, que en sí misma es un síntoma patógeno que no encontrará su explicación más que en la historia, se plantea la cuestión del arraigo extraordinariamente fuerte de la socialdemocracia y del tradeunionismo en los países occidentales. *La base psicológica de masas de la socialdemocracia está constituída por las estructuras pequeño-burguesas de sus afiliados.* Falta por explicar históricamente la transformación que sufre el proletariado en el capitalismo avanzado, transformación tal que a pesar del engaño de la política socialdemócrata, a pesar de los errores repetidos y demostrados durante decenios ha sido imposible quebrantar la ideología socialdemócrata. Igual que para el fascismo el problema no es únicamente el de la política de la dirección del partido, sino también el de la base psicológica de masas entre los trabajadores.

No es posible en modo alguno proporcionar aquí en su totalidad un análisis detallado de estas relaciones. Para esto, faltan todavía todas las premisas. Quisiera sencillamente indicar algunos hechos que me parecen muy importantes y que probablemente hubieran permitido al político, si las hubiera explorado antes, resolver más de un enigma.

En las primeras fases del capitalismo, además de una separación económica tajante entre burguesía y proletariado, existe una separación ideológica, particularmente moral, también tajante. La ausencia de toda política social, las jornadas de trabajo agotadoras de dieciséis, dieciocho y más horas, el bajo nivel de vida de los obreros de las fábricas, tal y como lo describió de forma clásica Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, no permiten una asimilación ideológica del proletariado a la burguesía. Las estructuras burguesas no están tácticamente elaboradas, si no es bajo la forma de sumisión al destino. El estado de ánimo del proletariado y del campesinado se caracteriza por la apatía y la indiferencia. Pero como no existe entre ellos un modo de pensamiento burgués, esta apatía no impide a los sentimientos revolucionarios abrirse paso espontáneamente, en determinadas ocasiones, y adquirir una fuerza y una intensidad inesperadas. Por el contrario, en el capitalismo avanzado las cosas son muy diferentes. Cuando el movimiento obrero organizado ha obtenido conquistas en el plano social tales como la limitación del tiempo de trabajo, el derecho al voto, los seguros sociales, esto tiene un doble efecto: por una parte ciertamente, un reforzamiento de la clase, pero al mismo tiempo se instaura un proceso opuesto: paralelamente a la elevación del nivel de vida, la asimilación a la pequeña burguesía, con el desarrollo del sentimiento de solidaridad proletaria, la «mirada vuelta hacia lo alto». En las épocas de prosperidad, este aburguesamiento se intensifica para en seguida, cuando la crisis estalla, actuar en la dirección

de un obstáculo importante puesto al desarrollo de los sentimientos de clase en la conciencia revolucionaria.

La fuerza política, incomprensible desde un punto de vista exclusivamente político, que tiene la socialdemocracia en los períodos de crisis es la expresión perfecta de esta contaminación burguesa del proletariado. Se trata de interpretarla igualmente a través de sus elementos constitutivos. Dos hechos aparecen en primer plano: el nexo con el dirigente, es decir, la creencia inquebrantable en la infalibilidad del dirigente político * (pese por otra parte a la existencia de críticas pero que no se traducen en una acción), y la asimilación en el plano de la moral sexual con la pequeña burguesía. Por doquier la gran burguesía se dedica enérgicamente a favorecer este aburguesamiento. Si al principio mantenía, en sentido literal, el garrote, ahora —allí donde el fascismo no ha vencido todavía— lo mantiene en reserva y sólo lo utiliza con el trabajador que posee una conciencia de clase; para la masa de trabajadores socialdemócratas dispone de un medio más peligroso: la ideología pequeño-burguesa en todos los ámbitos.

De este modo, cuando el trabajador socialdemócrata se encuentra en una situación de crisis que le degrada a la

* En el verano de 1932 hablaba, en una reunión en Leipzig, de la situación política con algunos trabajadores socialdemócratas presentes en la reunión. Daban la razón a todos los argumentos contra la propaganda hecha por la socialdemocracia por una vía democrática hacia el socialismo y por otra parte no se distinguían apenas de los trabajadores comunistas. Pregunté a uno de ellos por qué no extraían las consecuencias y se separaban de sus dirigentes. La respuesta me anonadó, hasta tal punto estaba en contradicción con las opiniones precedentes: *Nuestros dirigentes saben seguramente lo que hacen.* Aquí, se podría casi tocar con el dedo la contradicción en la que cae el trabajador socialdemócrata: nexo con el jefe, que no permite a la crítica, que al mismo tiempo se hace de su política, el pasar a la acción. Hemos comprendido mejor el grave error que cometíamos cuando intentábamos ganarnos al trabajador socialdemócrata injuriando a su dirigente. Al estar identificado con éste, no podía más que ser rechazado.

categoría de *coolie*, la evolución de su conciencia de clase sufre las consecuencias de su aburguesamiento. O bien, no obstante su crítica y su revuelta, permanece en el campo de la socialdemocracia, o bien, indeciso y vacilante a causa de las graves contradicciones entre sus posturas revolucionarias y pequeño-burguesas, decepcionado por sus dirigentes, acude al partido nazi buscando un mejor sustituto y encaminándose así en el sentido de la mínima resistencia. Es entonces cuando depende del carácter apropiado o erróneo de la táctica del partido revolucionario el que abandone esta tendencia y que lleve a una plena conciencia de su posición real en el proceso de producción capitalista. La afirmación comunista según la cual la política socialdemócrata abre el camino al fascismo es por tanto exacta no sólo en el plano político sino, lo que es esencial, también en el plano de la psicoligía de masas. Una decepción en contra de la socialdemocracia, con la acción simultánea de una contradicción entre depauperación y modo de pensamiento burgués, conduce necesariamente al campo del fascismo, si el partido revolucionario comete graves errores. Así, por ejemplo, en Inglaterra, después del engaño de la política del partido laborista, comenzó en los años 1930-1931 un proceso de incorporación al fascismo de los trabajadores, que en las elecciones de 1931 giraron hacia la derecha en vez de encaminarse hacia el comunismo.

Cuando Rosa Luxemburgo afirmaba que la lucha revolucionaria no puede llevarse a cabo con *coolies*, la cuestión se planteaba en saber qué *coolie:* el de *antes* del aburguesamiento o el de *después*. Antes, encontramos una apatía muy difícil de romper, pero igualmente una gran facultad para emprender acciones revolucionarias; después del aburguesamiento, tenemos frente a nosotros un *coolie decepcionado*. ¿No será muy difícil hacer la revolución? ¿Durante cuánto tiempo podrá el fascismo utilizar para sus propios fines su decepción de la social-

democracia, a la que se añade su «rebelión contra el sistema»? Si bien es cierto que no podemos resolver por el momento estas cuestiones, que arrastran unas consecuencias considerablemente graves, también es cierto que la estrategia revolucionaria debe tenerlas en cuenta, si quiere determinar sus principales puntos de ataque.

Capítulo III

La teoría racial

1. Su contenido

La bisagra alrededor de la que se articula la teoría fascista alemana es su teoría racial. El programa económico de los llamados veinticinco puntos no aparece en la ideología fascista más que como un medio de seleccionar la raza germánica y de protegerla de eventuales cruces, que, en opinión de los nazis, significarían en cualquier caso la decadencia de la «raza superior». Es más, la decadencia de una civilización tendría su causa en el cruce de las razas. Por consiguiente, el más noble deber de una nación es el «guardar la pureza de la raza y de la sangre»; para llevar a cabo esta tarea es preciso estar dispuesto a todos los sacrificios. En la actualidad, en Alemania esta teoría se lleva a la práctica por todos los medios posibles y principalmente bajo la forma de persecución de los judíos y de este modo se refleja sobre la historia.

La teoría racial parte de la hipótesis de que el acoplamiento exclusivo de cada animal con otro de su misma especie constituye una cierta «ley de hierro» en la naturaleza. Sólo circunstancias excepcionales, como por ejemplo la cautividad, pueden permitir la transgresión de esa ley y conducir a un cruce de las razas. Pero la naturaleza se venga y se opone por todos los medios a esto, bien haciendo estériles a los bastardos, bien limitando la

fecundidad de los descendientes. A cada cruce de dos seres vivos de distinto «nivel» la descendencia debe suponer una cosa híbrida. la naturaleza tiende a elevar la vida, por esto los bastardos están en contradicción con la voluntad de la naturaleza. La selección de la especie superior se hace también en la lucha por el pan de cada día, en el curso de la cual los seres más débiles, o sea menos válidos desde un punto de vista racial, perecen. Y todo esto reside lógicamente en la «voluntad de la naturaleza», ya que si los más débiles, que son numéricamente mayoría, eliminaran a las especies de calidad superior que son mucho menos numerosas, toda perpetuación y toda elevación de la raza cesarían. La naturaleza somete por tanto a los más débiles a condiciones de vida más duras que limitan su número; sin embargo, no tolera que el resto se cruce sin discernimiento, sino que efectúa una elección implacable según criterios de fuerza y de salud.

Puede transportarse esta ley a los pueblos primitivos. La experiencia histórica nos enseña que de la «mezcla de la sangre» de un ario con pueblos más «débiles», resulta siempre la decadencia del representante de la civilización. La consecuencia sería el descenso del nivel de la raza superior y la regresión psíquica e intelectual, pero también el comienzo de un «mal» seguramente progresivo.

Según Hitler, el continente americano permanecería fuerte «durante el tiempo que no fuera víctima del 'crimen contra la sangre'» *(Blutschande)*, es decir que no mezclara su sangre con la de pueblos no germánicos.

> «Provocar una evolución tal no significa otra cosa que cometer un pecado contra la voluntad del Creador eterno.»

Para Hitler, la humanidad debe dividirse en razas que crean la civilización, las que la representan y aquellas otras que la destruyan. Entre los fundadores de la

civilización sólo se cuenta el ario, que está en el origen de los «fundamentos y las defensas de las creaciones humanas». Los pueblos asiáticos, como por ejemplo los japoneses y los chinos, no habrían hecho otra cosa que recibir las civilizaciones arias, dándoles después una forma propia. Por el contrario, los judíos serían la raza destructora de las civilizaciones. La presencia de «hombres inferiores» ha sido la primera condición indispensable para la formación de una civilización superior. La primera civilización humana habría estado fundada sobre la utilización de las razas humanas inferiores. En principio el vencido y sólo mucho después el caballo, habrían tirado del arado. El ario, como conquistador habría sometido a sus órdenes a las masas inferiores, después habría reglamentado su actividad según su voluntad y para sus propios fines. Pero desde que los sometidos comenzaron a apropiarse de la lengua y de las particularidades del «amo» y desde que las estrictas barreras entre amo y esclavo cayeron, el ario renunció a la pureza de su sangre y perdió como consecuencia su «estancia en el paraíso». De este modo perdió su genio civilizador.

> «La mezcla de la sangre y el descenso sufrido por el nivel de la raza son la única causa de la muerte de las civilizaciones antiguas; pues los hombres no perecen en las guerras, sino al perder esa fuerza de resistencia que es propia de la sangre pura.»
>
> *(Mein Kampf)*

No podemos refutar aquí punto por punto, desde un prisma de experto, esta concepción fundamental. Concepción que toma un argumento de la hipótesis darwiniana de la selección natural que en más de uno de sus elementos es reaccionaria, al igual que la prueba darwiniana de la descendencia de las especies de los seres vivos inferiores, ha sido revolucionaria. Constituye el encubri-

miento teórico de la función imperialista de la ideología fascista: ya que si los arios son el único pueblo creador de la civilización, pueden pretender, como misión divina, la dominación del mundo. Y una de las reivindicaciones fundamentales de Hitler es la ampliación de las fronteras del Reich alemán, en particular «hacia el Este», es decir en dirección a los territorios soviéticos. La glorificación de la guerra imperialista está desde entonces, completamente, en el marco de esta ideología:

> «El objetivo por el que se ha combatido en el transcurso de la guerra era el más elevado y el más violento que se pueda pensar para el hombre; era la libertad y la independencia de nuestro pueblo, la seguridad alimenticia para el futuro y el honor de la nación.»
>
> *(Mein Kampf)*

> «Vamos a combatir por la preservación de la existencia y del desarrollo *de nuestra raza y de nuestro pueblo, el alimento de sus niños y el mantenimiento de la pureza de sangre*, la libertad y la independencia de la patria, a fin de que nuestro pueblo pueda hacerse apto para cumplir la misión que le ha sido asignada por el Creador del universo.»
>
> *(Idem)*

Sólo nos interesan el origen subjetivo y la formación de estas ideologías que están adaptadas objetivamente a los intereses del capital financiero, y más particularmente la omisión afectiva de las contradicciones y de los absurdos de la teoría racial. De este modo los teóricos racistas que se refieren a una ley biológica silencian el hecho de que la selección racial entre los animales es un producto artificial. La cuestión no reside en saber si el

perro y el gato, sino si el perro de pastor y el galgo experimentan una «aversión instintiva» contra el cruce.

Los teóricos del racismo, que son tan viejos como el imperialismo, quieren realizar la pureza de la raza en los pueblos donde, a consecuencia de la extensión de la economía mundial, la mezcolanza de razas está de tal modo avanzada que la pureza de la raza sólo toma importancia en los cerebros esclerotizados. No abordaremos aquí el otro absurdo según el cual existiría en la naturaleza una delimitación de las razas y no por el contrario un acoplamiento sin elección de ningún tipo. No es el contenido racional lo que importa para el examen presente de la teoría racial, que en lugar de partir de los hechos para llegar a los juicios, parte de éstos para llegar a aquéllos. Los argumentos para nada sirven cuando nos enfrentamos a un fascista que tiene una convicción narcisista de la superioridad de su raza germánica, por que él no opera con argumentos, sino con juicios de valores afectivos. Para la práctica política es vano por lo tanto quererle probar que los negros y los italianos no son menos «de raza» que los germanos. Se siente «superior» y eso es todo.

Sólo es posible combatir la teoría racial descubriendo, más allá de la refutación de los hechos, sus funciones ocultas. Hay esencialmente dos: la función *objetiva* que consiste en recubrir con un manto biológico las tendencias imperialistas y la función *subjetiva* que es la de expresar ciertas corrientes *afectivas, inconscientes* en los sentimientos del hombre nacionalista y de velar determinadas actitudes psíquicas. Tan sólo nos ocuparemos de la segunda función. Lo que nos interesa sobre todo es que Hitler habla de «crimen contra la sangre», cuando un ario tiene relaciones sexuales con un no-ario, mientras que tradicionalmente se designan bajo el calificativo de «crimen contra la sangre» las relaciones sexuales entre parientes consanguíneos. ¿De dónde provienen estas necedades en una «teoría» que tiene la pretensión de con-

vertirse en la base de un mundo nuevo, de un «tercer» Reich? Si nos hacemos a la idea de que los fundamentos irracionales, afectivos de una hipótesis tal deben su existencia a fin de cuentas a condiciones de existencia reales y determinadas; si nos desembarazamos de la idea de que el descubrimiento de tales fuentes irracionales de la concepción del mundo, nacidas sobre una base racional, significa el desplazamiento de la cuestión a un plano metafísico, abriremos el camino que conduce a la fuente misma de la metafísica e interpretaremos no sólo las condiciones históricas de su nacimiento, sino también su sustancia material. Los resultados pueden hablar por sí mismos.

2. Función objetiva y subjetiva de la ideología

El motivo más frecuente de los malentendidos referentes a las relaciones de una ideología con su función histórica proviene de la no diferenciación entre su función objetiva y su función subjetiva. Las concepciones de la clase dominante no pueden en principio ser comprendidas más que a partir de la base económica, de la que han surgido. Así es cómo la teoría racial fascista y la ideología nacionalista de cualquier tipo tienen una relación concreta con los objetivos imperialistas de una capa dirigente, que busca resolver las necesidades de naturaleza económica. Los nacionalismos alemán y francés de la guerra mundial hicieron cada uno por su parte llamadas a la «grandeza de la nación» detrás de las que se encontraban las tendencias expansionistas del gran capital alemán y francés. Pero estos factores económicos no constituyen la sustancia de la ideología en cuestión, sino únicamente el terreno histórico y económico sobre el cual pueden formarse estas ideologías, las condiciones

indispensables para su nacimiento. A veces, el nacionalismo no está incluso representado objetivamente sobre el plano social (por su contenido), y todavía menos hace una ideología racista. En el antiguo imperio austrohúngaro, el nacionalismo no coincidía con la raza, sino con la «patria». Cuando Bethmann-Hollweg, en 1914, apeló al «germanismo frente al eslavismo», hubiera debido lógicamente marchar contra Austria, estado con predominio eslavo. De este modo las condiciones económicas de una ideología explican ciertamente su base material y su papel histórico objetivo, pero no nos dicen nada directamente sobre el núcleo subjetivo material de éstas. Este núcleo nos viene dado directamente en tanto que *aparato psíquico* de los hombres que están sometidos a las condiciones económicas en cuestión y que de este modo reproducen en la ideología el terreno histórico-económico. Desarrollando las ideologías, estos hombres llegan a transformarse ellos mismos; en su proceso de formación es donde puede encontrarse el núcleo material de las ideologías. De este modo la ideología aparece como poseyendo un doble fundamento material: *indirectamente* en la estructura económica de la sociedad, *directamente* en la estructura típica de los hombres que la reproducen, que, a su vez, está determinada por la estructura económica de la sociedad.

La estructura del fascista está caracterizada por su modo de pensar metafísico, su religiosidad, su creencia absoluta en los ideales abstractos, éticos y en la misión divina del «Führer». Estos rasgos fundamentales se relacionan con un estrato más profundo que está caracterizado por un fuerte vínculo autoritario a un ideal del «Führer» o a la nación. La creencia en una «raza de señores» se convierte en el resorte más poderoso tanto de la vinculación de las masas nacional-socialistas al «Führer» como de la base psicológica del enrolamiento libremente consentido. Además, lo que desempeña un papel decisivo, es la identificación intensa con el «Führer».

En su dependencia psíquica, cada nazi se considera un «pequeño Hitler». Pero lo que nos interesa actualmente es la base material de estas actitudes fundamentales. Hace falta descubrir las funciones energéticas que, condicionadas ella mismas por la educación y toda la atmósfera social, transforman hasta tal punto las estructuras humanas que pueden desarrollar tendencias reaccionarias tales que, gritando hasta enronquecer su ansia de libertad, no hagan más que reforzar las cadenas que les han sido puestas, que no sientan, en su total identificación con el «Führer», la afrenta que se les hace al designarlos como «sub-hombres».

Si dejamos a un lado la ceguera que proviene de la fraseología ideológica, si determinamos su contenido afectivo y sabemos relacionarlo convenientemente con los puntos de confluencia ideológico-sexuales del proceso de formación de las ideologías, lo que nos asombra en primer lugar es la asimilación estereotipada de la expresión «envenenamiento de la raza» con «envenenamiento de la sangre». ¿Qué significación podemos dar a esto?

3. Unidad de la raza, envenenamiento de la sangre y misticismo

«Paralelamente a la contaminación política y moral de nuestro pueblo, se propagaba ya desde muchos años antes un envenenamiento no menos horroroso del cuerpo del pueblo por la sífilis», escribe Hitler (pág. 269). La causa primordial sería la «prostitución del amor. Aun si no tenía por resultado esta terrible epidemia, representaría una degradación muy grave para el pueblo, ya que los estragos morales debidos a la degeneración bastan para hacer perecer a un pueblo lenta pero inexorablemente. Esta judeización de nuestra vida espiritual y la introducción del mercantilismo en nuestros apetitos sexuales corrompen tarde o temprano a nuestra descen-

dencia...» (pág. 270). «El pecado contra la sangre y la raza es el pecado original de este mundo y el fin de una humanidad resignada» (pág. 272). La mezcla de razas conduce por tanto, según esta opinión, a la mezcla de la sangre y de este modo al «emponzoñamiento de la sangre del cuerpo del pueblo». «Podemos encontrar los resultados más visibles de esta contaminación de las masas por la sífilis en nuestros niños. Son ellos sobre todo el producto lastimoso de la infección que no deja de extenderse, de nuestra vida sexual; los vicios de los padres se manifiestan en las enfermedades de los hijos» (pág. 272).

Por «vicios de los padres» no podemos entender otra cosa que el que éstos se hayan mezclado con sangre de otra raza, y sobre todo con sangre judía, lo que ha permitido a la «peste judía mundial» el penetrar en la sangre aria «pura». Es preciso resaltar que esta teoría del envenenamiento está íntimamente ligada a la tesis política del envenenamiento de lo germánico por el «judío internacional Karl Marx». Una de las fuentes más poderosas de la ideología política y del antisemitismo del nacional-socialista se encuentra en la esfera, fuertemente marcada afectivamente, del miedo a la sífilis. Por consiguiente *la pureza* de la raza, es decir, la *pureza de la sangre* es un objetivo digno de esfuerzo y que es necesario alcanzar por todos los medios *.

Hitler subraya en varias ocasiones que debemos diri-

* El *Times* escribía el 23 de agosto de 1933: el hijo y la hija del enviado americano en Berlín se encontraban entre los extranjeros que el domingo, día 13, estaban en Nuremberg y pudieron ver cómo se paseaba a una joven por las calles; tenía rapada la cabeza y un cartel en el que se leía «Me he entregado a un judío», iba sujeto con sus trenzas cortadas. Muchos otros extranjeros fueron igualmente testigos de este espectáculo. Constantemente hay turistas en Nuremberg y este desfile con la joven se desarrolló de tal modo que poca gente que estuviera en el centro de la ciudad pudo dejar de verlo. La joven, que según la descripción de algunos testigos era esbelta, frágil y, pese a su estado y a su cabeza rapada, particularmente bella, fue conducida a lo largo de la serie de hoteles internacionales cerca de la estación, por las calles princi-

girnos a las masas no con argumentos, pruebas y conocimientos, sino sólo con sentimientos y profesiones de fe. Pero en el lenguaje del nacional-socialismo, como por ejemplo en Kayserling, Driesch, Rosenberg, Stapel, etc., el aspecto nebuloso y místico es tan asombroso que merece la pena hacer un análisis.

¿Qué es lo que se oculta detrás del misticismo de los fascistas que fascina a las masas hasta tal punto?

El análisis de las «pruebas» aportadas por Rosenberg en *El mito del siglo XX*, sobre la validez de la teoría racial fascista nos proporciona la respuesta a esta cuestión. Rosenberg escribe muy al principio:

> «Los valores del alma racial que en tanto que fuerzas motrices se encuentran detrás de la nueva imagen del mundo, no se han transformado aún en conciencia viviente. Sin embargo, el alma significa la raza vista desde el interior. Y a la inversa, la raza es el mundo exterior del alma.»
>
> (*El mito...*, pág. 22)

pales, cuya circulación había quedado bloqueada por la multitud, y de restaurante en restaurante. Iba escoltada por dos S. A. y seguida de una muchedumbre que fue estimada por un observador en 2.000 personas, aproximadamente. La joven tropezó varias veces y fue puesta en pie por los vigorosos S. A. que le acompañaban; a veces éstos la levantaban a fin de que los espectadores alejados pudieran verla; el populacho aprovechaba estas ocasiones para insultarla y burlarse de ella, invitándola a que pronunciara un discurso.

En New-Ruppin, en los alrededor de Berlín, una joven fue conducida a través de la ciudad bajo la vigilancia de dos S. A. por no haberse levantado mientras se interpretaba el canto de Horst-Wessel. Llevaba un cartel en el pecho y otro en la espalda en los que se leía: «Yo, desvergonzada, me he atrevido a permanecer sentada mientras que se cantaba el canto de Horst-Wessel, mostrando así mi desprecio hacia los mártires de la revolución nacional.» Después, la joven fue paseada por las calles de nuevo. La hora a la que iba a celebrarse el espectáculo había sido previamente anunciada en el diario local, de manera que pudo reunirse una importante muchedumbre.

He aquí una de las innumerables frases típicamente nazis, que a la primera ojeada no nos ofrecen ningún significado, que parecen esconderlo a propósito, incluso a los ojos del que lo ha escrito. Es preciso, sin embargo, conocer el alcance psicológico que tienen sobre las masas precisamente estas frases recubiertas de un velo místico y evaluarlas convenientemente para comprender su alcance político. Leemos más adelante:

> «Por consiguiente, la historia de las razas es al mismo tiempo la historia de la naturaleza y la mística del alma, mientras que la historia de la religión de la sangre es a la inversa el gran relato universal de la grandeza y decadencia de los pueblos, de sus héroes y sus pensadores, de sus inventores y sus artistas.»

Pero si se reconoce este hecho, debe admitirse inmediatamente que el combate de la sangre y la mística presentido en los acontecimientos de la vida no son dos cosas distintas, sino que representan una sola y misma cosa de forma diferente. «Combate de sangre», «mística presentida de los acontecimientos de la vida»... «grandeza y decadencia de los pueblos»... «envenenamiento de la sangre»... «la peste judía mundial»... todo esto se encuentra en la misma línea, desde «la lucha de sangre» hasta el terror sangriento contra el «materialismo judío» de Marx y el boicot a los judíos.

No rendimos ningún servicio a la causa del materialismo histórico cuando nos contentamos con reírnos de esta mística, en vez de desenmascararla y reducirla al contenido material sobre la que se funda. Anticipemos que lo que hay de esencial aquí, de más importante en el plano práctico, es el proceso energético de la economía sexual. *La ideología del «alma» y de su «pureza» es la ideología de la asexualidad*, de la «pureza sexual», y por

tanto en el fondo un fenómeno de represión sexual y de miedo a la sexualidad debido a la sociedad patriarcal que está basada sobre la economía privada.

«La controversia entre la sangre y el medio ambiente, entre la sangre y la sangre, es el último fenómeno que podemos alcanzar, detrás del cual no nos está permitido explorar e investigar», dice Rosenberg. Se equivoca: somos lo bastante exigentes para estudiar y desentrañar el proceso viviente entre «la sangre y la sangre» y no sólo de una manera nada sentimental, sino incluso para destruir así una piedra angular de la ideología nacional-socialista.

Queremos dejar a Rosenberg que nos proporcione él mismo la prueba de nuestra tesis según la cual el núcleo de la teoría racista del fascismo es el temor y el miedo a la sexualidad *sensual*, física. Rosenberg trata de probar la validez de su tesis de que hay que atribuir la grandeza y decadencia de los pueblos al cruce entre razas, es decir, al envenenamiento de la sangre, tomando para ello como ejemplo a los antiguos griegos. En los orígenes de los griegos habrían estado los representantes de la pura raza nórdica. Los dioses Zeus, Apolo y Minerva serían los «indicios» de una gran y muy pura piedad, «los guardianes y los protectores de lo que es noble y lleno de júbilo», los «defensores del orden, los dueños de la armonía, de la fuerza del alma, de la medida artística». Homero no habría mostrado el más mínimo interés hacia lo que es «extático». Minerva representaría: «el símbolo del relámpago devorador de la vida surgido de la cabeza de Zeus», la virgen sabia y sagaz, guardiana del pueblo de los Helenos y fiel protectora de sus combates,

> «Estas piadosas creaciones del alma griega evidencian el rigor de la evolución de su vida interior, todavía en aquel entonces *pura*, del hombre nórdico, son, en el sentido más elevado de la palabra,

profesiones de fe y la expresión de una confianza en su propia especie.»

(*El mito...*, págs. 41 y siguientes)

Los dioses del Oriente cercano son lo opuesto a estos dioses que representan todo lo que es puro, elevado y religioso:

«Mientras que los dioses griegos eran héroes de la luz y del cielo, los dioses de los no-arios del próximo oriente tenían todos sus rasgos terrestres.»

Démeter y Hermes serían los productos típicos de este «alma racial»; *Dionisios, en tanto que dios del éxtasis, de la voluptuosidad, de las ménades desencadenadas significaría la «irrupción de la raza extranjera de los etruscos y el comienzo de la decadencia del helenismo».*

Aquí Rosenberg elige de forma arbitraria, únicamente para apoyar su tesis del alma de la raza, a los dioses que simbolizan uno de los procesos contradictorios del establecimiento de la civilización griega, les coloca una etiqueta griega y presenta a los otros, que han surgido igualmente de la cultura griega, como dioses *extranjeros.* Según Rosenberg, la investigación histórica es la responsable de la mala comprensión de la historia griega, ya que «ha falseado la existencia de las razas» y dado una falsa interpretación del helenismo.

«El gran romanticismo alemán acusa con el estremecimiento de la veneración, cómo velos cada vez más sombríos, se corren ante los dioses luminosos del cielo y se sume en lo instintivo, lo informe, lo demoníaco, lo sexual, lo extático, *la veneración a la madre* (subrayado por W. Reich) sin dejar de calificar como helénico a todo esto.»

(*El mito...*, pág. 43)

La filosofía idealista de todos los matices no analiza las condiciones de esta emergencia de lo «extático» y de lo «instintivo» en determinadas épocas culturales; tiene más bien una tendencia a embrollarse en apreciaciones abstractas sobre el valor del fenómeno, dictadas por esta misma concepción de la cultura que, a fuerza de elevarse por encima de lo «terrestre», ha acabado por venirse abajo hoy día. También nosotros desembocamos en juicios de valor, pero los hacemos derivar de las condiciones del proceso social que se manifiesta bajo la forma de «decadencia» de una cultura, a fin de desentrañar las fuerzas progresivas y aquellas otras que sirven de obstáculo, de comprender el fenómeno de la decadencia como un acontecimiento histórico y —punto esencial— de localizar el germen de las nuevas formas de cultura de las que nos favorecemos nada más producirse el nuevo nacimiento. Cuando, ante la decadencia de la cultura capitalista del siglo XX, Rosenberg nos trae a la memoria el destino de los griegos, se pone al lado de las tendencias conservadoras de la historia, a despecho de todas sus aserciones sobre la «renovación» de lo germánico *(Deutschtum)*. Afirmaremos nuestra postura sobre la revolución cultural y su núcleo económicosexual, si logramos comprender el punto de vista de la reacción política y cómo está ligado a los intereses de la clase dominante ocupada en analizar su decadencia. Para el filósofo burgués de la cultura que no puede o no quiere cambiar su punto de vista de clase, no se plantea más que una sola alternativa: o bien, a pesar de las magníficas proezas de la revolución científica, resignarse y convertirse en un escéptico, o bien querer dar marcha atrás por medios «revolucionarios» a la rueda de la historia. Pero si se cambia de perspectiva en su concepción de la cultura, si en el derrumbamiento de la antigua cultura no se ve el fin de la civilización en general, sino más bien el fin de una *determinada* civilización que «está preñada» de la nueva forma de civilización, resulta entonces una trans-

formación automática de los juicios de valor —positivos o negativos— que se tenían anteriormente sobre tal o tal otro elemento de la cultura. El único problema está en comprender la relación que la revolución económica y el movimiento obrero mantienen con los fenómenos que, desde el punto de vista burgués, están considerados como síntomas de la decadencia. Por ejemplo, es mucho más que una simple cuestión de forma económica la que está en juego cuando la reacción se pronuncia en etnología por la teoría patriarcal, y el marxismo por el contrario, por la teoría matriarcal. Además de los datos objetivos sacados de la investigación histórica, esta postura pone en juego intereses afectivos inherentes a las dos corrientes sociológicas enfrentadas, que corresponden a procesos objetivos de la economía sexual de los que no se había tomado conciencia hasta el presente. El matriarcado, de cuya existencia se poseen pruebas históricas, no es solamente la organización del comunismo económico primitivo, sino también la de la sociedad organizada en el plano de la economía sexual *. A la inversa, el patriarcado no responde sólo a la organización de la economía privada; tiene también una organización de moral sexual negativa.

Mientras que, mucho tiempo después de haber perdido el patrimonio de la investigación científica, la Iglesia mantenía aún sólidamente arraigada la tesis de la naturaleza moral del hombre, de su esencia monogámica, etc., los descubrimientos de Bachofen amenazaban con descomponerlo todo. Si estábamos estupefactos ante la organización sexual matriarcal, no era tanto por el hecho de la organización consanguínea del parentesco, tan diferente de la nuestra, como por el hecho de la libertad

* Cf. en este sentido: Morgan: *La sociedad primitiva*, versión al castellano en Editorial Ayuso, y Engels: *El origen de la familia*, versión castellana en Editorial Fundamentos: por otra parte, Malinowski: *La vida sexual de los salvajes*, versión al castellano en Ediciones Morata, 1971 y Reich: *La irrupción de la moral sexual.*

que entrañaba en la vida sexual, cuyo verdadero fundamento, esto es, la ausencia de propiedad privada de los medios de producción, fue actualizado primero por Morgan y seguidamente por Engels. Para ser lógico consigo mismo, Rosenberg estaba obligado, en tanto que ideólogo del fascismo, a negar la formación de la antigua cultura griega a partir de fases previas de matriarcado —históricamente demostradas— y a recurrir, en vez de esto a la hipótesis según la cual «los griegos adoptaron con él (esto es, con lo dionisíaco) en su cuerpo y en su espíritu, una esencia extranjera».

La ideología fascista (a diferencia, como veremos más tarde de la ideología cristiana) separa las necesidades sensuales eróticas de los sentimientos morales de defensa inherentes a las estructuras humanas producidas por el patriarcado, y atribuyen ambos respectivamente a diferentes razas: *nórdico se convierte en sinónimo de luminoso, augusto, celeste, puro;* a la inversa, *ser del Asia menor equivale a ser instintivo (triebhaft), demoníaco, sexual, extático.* Así se explica la recusación de la investigación «romántico intuitiva» de un Bachofen por ejemplo, como teoría de la «supuesta» vida de los antiguos griegos. La ideología y la teoría racial fascistas colocan en lugar central un aspecto del «individuo real» patriarcal: la reacción condicionada por el patriarcado ante la «idea matriarcal», infraestructura subterránea de la ideología; de forma absoluta, eterna, es enfrentado como línea «pura» al otro aspecto. De este modo, el carácter griego racial se convierte en una emanación de lo puro, de lo asexual; por el contrario, la raza extranjera, lo «etrusco», constituye lo «bestial» y, por tanto, lo inferior. Por esta razón el patriarcado debe situarse en el origen de la historia del hombre ario:

> «Fue en tierras de Grecia donde, en una fase decisiva de la historia mundial, se libró el primer gran combate entre los valores *de la raza*, que se

> selló con la victoria de la esencia nórdica. En lo sucesivo, el hombre iba a entrar en la vida por el lado del *día* y de la *vida;* son las leyes de la luz y del cielo, es el espíritu y la esencia del padre quienes presidieron el nacimiento de lo que entendemos por cultura griega, como la más prestigiosa herencia que nos haya legado la antigüedad» (Rosenberg).

El orden sexual patriarcal, surgido de los trastornos del matriarcado tardío (autonomización económica de la familia del jefe con relación a la gens materna, crecientes intercambios entre las tribus, desarrollo de los medios de producción, etc.) se convierte en el fundamento original de la ideología patriarcal, arrebatando a las mujeres, a los niños y a los adolescentes la libertad sexual, transformando la sexualidad en mercancía o, más exactamente, colocando los intereses sexuales al servicio de los intereses económicos. La sexualidad está a partir de entonces desfigurada en el sentido de lo diabólico, de lo demoníaco, de lo que es preciso dominar. A la luz de estas exigencias patriarcales, la casta sensualidad del matriarcado aparece como el desencadenamiento voluptuoso de oscuras potencias, lo dionisíaco se convierte en un deseo culpable que la cultura patriarcal no puede concebir de otra forma que como caótico y sucio. Sometido desde el interior y desde el exterior al marchamo de estructuras de la sexualidad humana desfiguradas y hechas lúbricas, el hombre del patriarcado se encuentra por vez primera encadenado a una ideología para la cual, sexual e impuro, sexual y bajo, o demoníaco, son representaciones indisociables.

Pero este juicio de valor encuentra además una justificación racional a un nivel secundario.

Con la instauración de la castidad, las mujeres pierden su castidad bajo la presión de sus reivindicaciones sexuales; en los hombres, la sexualidad natural y tierna cede su lugar a la brutalidad sexual, lo que entraña entre las

mujeres la concepción según la cual el acto sexual tendría para ellas una significación deshonrosa. Las relaciones sexuales extraconyugales no han sido suprimidas en ningún sitio; pero a causa de la transformación de la escala de valores y de la abolición de las instituciones que aseguraban su reglamentación en la época del matriarcado, entran en contradicción con la moral oficial y, por tanto, se practican a escondidas. Pero la transformación de la posición social de la sexualidad tiene también como corolario la transformación de la vivencia sexual. La contradicción que se establece desde entonces, perturba la aptitud de los individuos para la satisfacción; el sentimiento de culpabilidad sexual quiebra el desarrollo natural de los actos sexuales y provoca éxtasis de la sexualidad que se liberan por diversos derivados. Neurosis, aberraciones sexuales y comportamiento sexual asocial hacen desde ese momento su aparición y se convierten en fenómenos sociales endémicos. La sexualidad del niño y del adolescente, a la que el matriarcado atribuía un valor positivo, está sometida a una represión sistemática, variable únicamente en las formas que siguen la fase del patriarcado en la cual se encuentra. Esta sexualidad así desfigurada, perturbada, brutalizada y reprimida mantiene a su vez esta misma ideología que le ha dado nacimiento. Las apreciaciones negativas de la sexualidad pueden ahora argüir con motivos que la sexualidad es algo inhumano y bestial; lo que se olvida sencillamente es que esta sexualidad inhumana y bestial no es la sexualidad «en sí», sino precisamente la sexualidad del patriarcado. Y la ciencia sexual del patriarcado tardío en la era del capitalismo no es menos sumisa a estos juicios de valor que las concepciones vulgares, lo que la condena a una esterilidad total.

Veremos más adelante por qué cauce la religión se convierte en la concentración organizada de estos juicios de valor y de estas ideologías. Retengamos por el momento un solo punto: si la religión niega el principio de la eco-

nomía sexual en general, si condena lo sexual como un fenómeno *internacional de la humanidad*, del que sólo puede salvarnos el más allá, el fascismo nacionalista relega la sexualidad a una «raza extranjera» a la que denigra simultáneamente. La desvalorización de esta raza extranjera, surgida de las leyes *generales* de toda organización patriarcal, forma desde ese momento un conjunto orgánico con las tendencias imperialistas de la clase dominante en la época del patriarcado tardío, tendencias que son el producto de contradicciones económicas *específicas* y cuyo efecto se ejerce *inmediatamente*.

Del mismo modo que en la mitología cristiana Dios no aparece nunca sin su adversario, el diablo, como «dios de los infiernos», y que la victoria del dios celestial sobre el dios subterráneo se convierte en el símbolo de la elevación humana, los mitos divinos helénicos reflejan el combate entre las tendencias sensuales y aquellas otras que exigen la castidad. A los ojos del moralista abstracto y del filósofo mistificador, este combate se presenta como una lucha entre dos «entidades» o «ideas humanas», de las que una está juzgada de entrada como básica y la otra «propiamente humana» o «sobrehumana». Pero si se reduce tanto este «combate entre entidades», como la escala de los valores invocados a su origen material, si se les coloca en el lugar que les corresponde en la estructura sociológica, atribuyendo a la sexualidad el papel que le corresponde en tanto que factor histórico, se llega a las constataciones siguientes. Cada tribu que evoluciona de la organización matriarcal a la patriarcal, debe necesariamente modificar la estructura sexual de sus miembros para encontrar en la esfera sexual las formas de vida que corresponden a las leyes fundamentales de la propiedad privada. Esto es indispensable porque los cambios económicos, la transferencia de poder y de la riqueza de la gens a la familia del jefe y la constitución de las clases se realizan esencialmente gracias a la represión de las tendencias sexuales de los hombres de esta época.

El matrimonio y la dote que le acompaña, se convierten en el soporte de la transformación de una organización en otra *. Paralelamente al reforzamiento de las posiciones de los hombres y en particular del jefe, gracias a la dote ofrecida por la gens de la mujer a la familia del marido, el interés material de los hombres de las «gens» y de las familias de un rango superior empuja a la consolidación de los nexos matrimoniales; ya que en este estado de desarrollo, el hombre es el único en tener interés hacia el matrimonio y no la mujer. Pero de este modo, el simple matrimonio sindiásmico que puede romperse en cualquier momento se transforma en matrimonio monogámico del patriarcado. El matrimonio monogámico llega a ser la institución básica del patriarcado, lo que sigue siendo hoy día. Pero para afirmar los lazos matrimoniales, es necesario restringir y devaluar cada vez más las tendencias sensuales genitales naturales. Y esto no se aplica sólo a la clase «inferior» constantemente sometida a la explotación; las capas sociales que hasta entonces no conocían ninguna contradicción entre moral y sexualidad se sienten también ganadas por una contradicción tal, de un modo cada vez más conflictivo. En efecto, la moral no actúa solamente desde el exterior; no desarrolla su eficacia plena hasta que ha sido interiorizada, hasta que se ha convertido en una inhibición sexual personal. En las diversas fases de este proceso será uno u otro aspecto de la contradicción el que domine. En la etapa inicial será la necesidad sexual la que prevalezca sobre la inhibición moral. Pero sin duda es cuando los trastornos políticos ponen en entredicho el conjunto de la organización social cuando el conflicto entre sexualidad y moral aparece en un primer plano y se exacerba, lo que para unos significará una catástrofe moral y para los otros una liberación o «revolución sexual», sin que sin embargo lo sea en

* Hemos aportado las pruebas en *La irrupción de la moral sexual* (Verlag für Sexualpolitik, 1932).

realidad. En todo caso, el contenido ideológico de la representación de la «decadencia de la cultura» es la representación de la penetración de las tendencias sexuales naturales; si se le considera como «decadencia» es tan sólo porque la propia actitud moral se halla amenazada. El único fenómeno objetivo es en realidad la decadencia del sistema de organización social que mantenía y alimentaba las instancias morales individuales en interés de la institución matrimonial y familiar. Entre los antiguos griegos, cuya historia escrita comienza por otra parte tan sólo con la plena extensión del patriarcado, encontramos la siguiente organización sexual: dominación de los hombres, hetairas para los estratos superiores, prostitución para los medios e inferiores, y junto a ello, mujeres casadas esclavizadas, que arrastran una existencia miserable y hacen simplemente el papel de máquinas de reproducción. La dominación de los hombres en la época de Platón es completamente homosexual *.

Las contradicciones de la economía sexual de la Grecia tardía aparecen cuando la institución estatal entra en su decadencia política y económica. Para el fascista Rosenberg, lo «ctónico» se mezcla con lo «apolíneo» en la época dionisíaca como factor de decadencia. El falo, escribe Rosenberg, pasa a ser el símbolo de la visión del mundo de la Grecia tardía. Por tanto, para el fascista lo sexual resurge como fenómeno decadente, como lubricidad, lascivia y suciedad sexual de la época de decadencia. Pero esto corresponde no sólo al fantasma del pensador fascista, sino también a la situación real de la candente contradicción que domina las vivencias de los hombres de esta era. Las fiestas dionisíacas corresponden a las orgías y mascaradas de todos los sectores de nuestra burguesía. Basta con saber exactamente lo que sucede en estas fiestas para no cometer el error muy

* Este es el mismo principio que domina, inconscientemente, la ideología fascista del medio dirigente masculino.

extendido de ver en estos comportamientos «dionisíacos» la cumbre de toda experiencia sexual. Por otra parte, en ningún otro lugar se ven revelarse con tanta radicalidad las contradicciones-insolubles en el marco de esta sociedad— entre el deseo sexual desbocado y la aptitud para el goce arruinada por la moral. «La ley dionisíaca de la satisfacción sexual sin fin, significa la mezcla de las razas sin limitaciones entre los helenos y los indígenas del Asia menor, de todas las tribus y de toda índole» *(El mito...*, pág. 52). Imaginaos a un historiador del siglo cuarenta que presentara las festividades sexuales de la burguesía del siglo XX como una mezcolanza sin límites entre alemanes, judíos y negros de todas las tribus y de toda índole.

Advertimos aquí claramente la función ideológica de la representación de la mezcla de razas. Es el reflejo de la defensa que se opone a lo dionisíaco, la cual se enraiza a su vez en el interés económico que encuentra la sociedad patriarcal en la institución matrimonial. Por idéntico motivo, en la historia de Jason, el matrimonio aparece como un escudo contra el hetairismo.

Las hetairas son mujeres que no quieren someterse al yugo del matrimonio y reivindican la autodeterminación de su vida sexual. Pero semejante reivindicación choca con la educación para el matrimonio que han recibido en su infancia y que ha hecho al aparato psíquico no apto para el goce sexual.

Por ello, la hetaira se lanza a aventuras con el fin de escapar a su homosexualidad, a la que se ve impelida, o bien vive a la vez ambas experiencias entre perturbaciones y aflicciones. El hetairismo halla su complemento en la homosexualidad de los hombres que, a consecuencia de la vida conyugal que les ha sido impuesta, recurren a la hetaira o el efebo, en quienes buscan restaurar su aptitud para el goce sexual. La estructura sexual de los fascistas que preconizan el más estricto patriarcado y que reactivan efectivamente en su ideología y su vida familiar

la vida sexual de la era platónica, o sea la «pureza» en la ideología, la aflicción y la morbosidad en la vida sexual real, debe reproducir necesariamente —es comprensible— las condiciones sexuales de la era de Platón. Rosenberg y Blüher sólo reconocen al Estado como institución viril de base homosexual. Es curioso ver cómo la concepción del no-valor de la democracia procede de esta ideología. Se rechaza a Pitágoras porque se presentó como el profeta de la igualdad de todos, como el «anunciador del telurismo democrático, de la comunidad de bienes y mujeres». La asociación íntima entre estas dos representaciones: comunidad de bienes y comunidad de mujeres desempeña un papel central en la lucha antibolchevique. Se simplifica la explicación de la democratización del régimen de patriciado en Roma, que hasta el siglo v tenía trescientos senadores extraídos de trescientas familias nobles, al hecho de que a partir de dicho siglo fueron autorizados los matrimonios entre patricios y plebeyos, lo que significó una «decadencia racial». De este modo, la democratización de un sistema político, establecida mediante matrimonios mixtos, es interpretada también como un fenómeno de la decadencia de la raza. En este aspecto concreto se revela hasta el límite el carácter políticamente reaccionario de la teoría racial. Pues en lo sucesivo las relaciones sexuales entre griegos o romanos de *clases* diferentes toman el sentido de una perniciosa mezcolanza de razas. *Los miembros de la clase oprimida son colocados en el mismo plano que los hombres de raza extranjera.* En otro lugar, Rosenberg habla del proletariado y de su movimiento como del «ascenso de esta humanidad surgida del asfalto de las grandes metrópolis con todos los subproductos de la ralea asiática» *(El mito...*, pág. 66). *Tras la idea de la mezcla con razas extranjeras se esconde por tanto la idea de las relaciones sexuales con miembros de la clase oprimida,* lo que oculta a su vez la tendencia de la burguesía a la segregación de clases, segregación ciertamente

muy clara en un plano puramente económico, pero totalmente obliterada en el plano de la moral sexual debido a las restricciones sexuales a que están sometidas las mujeres burguesas. Pero la promiscuidad sexual de la clase dominante con la dominada significa simultáneamente el desmantelamiento de las bases ideológicas principales de la dominación de clases en lo tocante a la posibilidad de una «democratización», es decir, de la proletarización sexual e ideológica de la juventud burguesa y pequeño-burguesa. Ya que el proletariado en toda organización social produce por su situación de clase representaciones y comportamientos sexuales que representan para los intereses de clase de la burguesía un peligro completamente mortal.

Si la idea de la mezcla de razas oculta, a fin de cuentas, la idea de la mezcla de los miembros de la clase dominante con los de la clase dominada, tenemos así de modo manifiesto la clave que nos permite comprender el papel de la represión sexual en la sociedad de clases. Sobre este punto podemos distinguir diferentes funciones, y en ningún caso debemos admitir una correlación mecánica entre la represión sexual y la clase oprimida, por analogía con la explotación material. Las relaciones entre represión sexual y sociedad de clases son mucho más complejas. Nos conformaremos con delimitar aquí dos de estas funciones.

1) Dado que la represión sexual se deriva en su origen de los intereses económicos ligados a los derechos hereditarios y al matrimonio, comienza en el seno mismo de la clase dominante. La moral de la castidad y de la fidelidad pesa al principio con mayor rigor sobre los miembros femeninos de la clase dominante. Por ella debe asegurarse la conservación de la propiedad que se ha adquirido mediante la explotación de las clases inferiores.

2) En la época del capitalismo naciente y en las grandes culturas asiáticas de carácter feudal, la clase

dominante no está interesada *todavía* en la represión moral de los estratos socialees dominados. La constitución de un movimiento obrero organizado, la conquista de mejoras sociales y el ascenso del nivel cultural de los trabajadores que esto entraña, va unido al aburguesamiento de éstos en el plano de la moral sexual. No es hasta este instante cuando la clase dominante comienza a interesarse por la «moralidad» de los oprimidos. Simultáneamente al ascenso de un movimiento obrero organizado se desencadena por tanto un proceso opuesto que consiste en la asimilación ideológica del proletariado por la burguesía.

Pero las formas de vida sexual correspondientes a la situación de la propia clase no se pierden sin embargo; se perpetúan al lado de las ideologías de la clase dominante que se implantan desde entonces cada vez más y desarrollan la contradicción que hemos descrito ya, específica del proletariado, entre estructura burguesa y estructura proletaria. Históricamente el desarrollo de esta contradicción de psicología de masas coincide con el relevo del absolutismo feudal por la democracia burguesa. Cierto que la explotación no ha hecho sino cambiar de forma, pero este cambio entraña igualmente un cambio en la ideología del proletariado. Tal es el estado de hechos del que Rosenberg da cuenta en términos místicos cuando escribe que el antiguo dios de la tierra, Poseidón, rechazado por Atenea, la diosa de la sexualidad, reina bajo tierra, bajo el templo de Atenea, en la forma de una serpiente lo mismo que el «dragón pelásgico Python» se encuentra en Delfos, bajo el templo de Apolo. «Pero el Teseo nórdico no ha matado todos los monstruos del Asia menor; al menor relajamiento de la sangre aria, los monstruos extranjeros renacerán, es decir, la ralea mestiza del Asia menor y la robustez psíquica de los hombres del Oeste *(Ostische Menschen)*».

Lo precedente nos basta para hacernos comprender claramente lo que se entiende por «robustez psíquica»:

esta parte de sencillez natural en la vida sexual que distingue al miembro de la clase explotada del de la clase dominante, y que es corroído poco a poco en el curso de los procesos de «democratización» sin perderse jamás completamente. Desde el punto de vista psicológico, la serpiente Poseidón y el dragón Python representan la sensualidad genital simbolizada como falo. Está vencida y se ha convertido en subterránea en la estructura social de la sociedad y de los hombres que la constituyen, pero no ha sido destruida. La capa superior de la sociedad feudal, que tiene un interés económico directo en la negación de la sexualidad fálica, se siente tanto más amenazada por las formas de vida sexual, más próximas a la naturaleza, de la clase oprimida, que ella misma no ha sobrepasado esta sexualidad, sino que, por el contrario, la ve aparecer en su propio medio bajo formas desfiguradas y perversas. Las costumbres sexuales del proletariado representan por tanto un peligro no sólo psicológico, sino también social para la clase dominante, que se siente ante todo amenazada en su institución familiar. Mientras que la burguesía es económicamente fuerte, mientras que se halla en su fase ascendente, como, por ejemplo, la burguesía inglesa de mediados del siglo XX, logra mantener intacta la demarcación que la separa del proletariado en el plano de la moral sexual. Pero en las épocas en que su dominación está quebrantada, particularmente en los períodos de crisis abierta como, por ejemplo, en Europa Central e Inglaterra desde el comienzo del siglo XX, las trabas morales a la sexualidad se relajan en el seno de la propia burguesía. El deterioro de la moral sexual comienza por la liquidación de los nexos familiares en la gran burguesía, mientras que al comienzo la pequeña y media burguesía se identifican completamente con el gran burgués y su moral y se convierten en los verdaderos representantes de la moral sexual que aún es proclamada oficialmente por la gran burguesía. Al comenzar la proletarización

económica de la pequeña burguesía es cuando la gran burguesía debe advertir necesariamente en la vida sexual del proletariado una amenaza especialmente peligrosa para el mantenimiento de sus instituciones sexuales. Dado que en lo esencial se apoya sobre la pequeña burguesía, tiende a conservar la moralidad de ésta y a su inmunización contra las «influencias de la humanidad inferior». En efecto, si la pequeña burguesía llegara a perder su actitud ideológica en materia de moral sexual, en la misma medida que pierde su posición económica entre el proletariado y la gran burguesía, constituiría una amenaza muy seria para el capital. Pues el dragón «Python» duerme también en el interior de cada pequeño-burgués, presto en todo momento a romper las trabas que le retienen y del mismo golpe el caparazón ideológico de la reacción. Por esto en los períodos de crisis el capital refuerza toda su propaganda hacia la moralidad y la consolidación del matrimonio y de la familia. La familia es, en efecto, el puente por el que la pequeña burguesía pasa de su situación económica miserable a la ideología reaccionaria. Si la familia va a ser sacudida por las crisis económicas y por la proletarización de las clases medias, es al mismo tiempo el enraizamiento ideológico del sistema dominante el que se encuentra gravemente puesto en peligro. Tendremos aún que profundizar posteriormente en esta cuestión. Debemos dar fe a las declaraciones del biólogo y «razólogo» nacional-socialista muniqués Leng, cuando afirmaba en 1932 en un congreso de la sociedad nazi «Deutscher Staat», que la familia era el punto crucial de la política cultural. Añadiríamos que eso vale tanto para la política cultural de la revolución como para la de la reacción, ya que estas constataciones tienen implicaciones políticas de un gran alcance.

Capítulo IV

El simbolismo de la cruz gamada

Hemos explicado ya por qué el fascismo debe ser considerado como un problema de masas, y no solamente como el problema de la personalidad de Hitler o del papel objetivo del partido nacional-socialista. Hemos explicado cómo puede ocurrir que la masa proletaria se incorpore con un entusiasmo tal a un partido intrínsecamente reaccionario. Ahora bien, para delimitar paso a paso, sin riesgo de errar, las consecuencias prácticas que resultan para la acción política sexual es necesario primeramente examinar los medios simbólicos mediante los cuales los nazis encadenan las estructuras revolucionarias de las masas a la reacción, y cuyo mecanismo se les escapa.

El nacional-socialismo agrupó muy rápidamente en las S. A. a trabajadores que tenían en su mayor parte opiniones confusamente revolucionarias, pero que mantenían al mismo tiempo posturas autoritarias; eran principalmente parados y adolescentes sin experiencia política. Por este motivo la propaganda es contradictoria, diferente según el estrato de población a que está dirigida. Ya lo hemos demostrado anteriormente. Tan sólo en la manipulación mística de las masas es coherente y unívoca.

Si se conversa con los partidarios del nacional-socialismo y sobre todo con los S. A. se advierte claramente

que la presentación del nazismo en términos revolucionarios ha sido el factor decisivo en el enrolamiento de estas masas. Podíamos oír a los nazis negar que Hitler representara el capital. Podíamos oír a los S. A. proferir las mayores amenazas contra Hitler si se atrevía a traicionar la causa de la «revolución». Podía oírse a los S. A. decir que Hitler era el Lenin alemán. Los que se habían pasado de la socialdemocracia y de los partidos liberales centristas al nacional-socialismo eran masas en general revolucionadas que anteriormente eran apolíticas o que no tenían más que una conciencia política confusa. Aquellos que habían desertado del partido comunista eran frecuentemente elementos con tendencia revolucionaria proletaria que no llegaban a comprender muchas de las medidas políticas contradictorias del K. P. D., también una gran parte estaba formada por gentes que se dejaban fascinar por el aspecto externo del partido de Hitler, por el carácter militar, las demostraciones de fuerza, etc.

Entre los medios simbólicos de la propaganda, aquel que asombra a primera vista es el símbolo de la bandera.

> «Somos el Ejército de la cruz gamada;
> enarbolad las banderas rojas,
> para los trabajadores alemanes queremos
> allanar el camino de la libertad».

Este texto, si nos limitamos a su contenido afectivo, es revolucionario sin ningún género de dudas. Los nacional-socialistas utilizan también a propósito himnos comunistas a los que han adaptado otra letra. En el mismo sentido están las formulaciones políticas que encontramos por centenas en los discursos de Hitler, como, por ejemplo:

> «La burguesía política está a punto de abandonar la escena donde se hace la historia. Es reemplazada por la clase *(Stand)* hasta hoy oprimida

> del pueblo trabajador de la mano y de la frente, de los obreros *(Arbeitertum)*, que debe cumplir su misión histórica.»

En la bandera hábilmente compuesta, el carácter subjetivo y afectivo de la ideología de las masas nacional-socialistas está bien puesto de relieve. Hitler escribe a propósito de la bandera:

> «En tanto que socialistas nacionales, queremos nuestro programa en nuestra bandera. En el rojo vemos la idea social de nuestro movimiento; en el blanco, la idea nacionalista; en la cruz gamada, la misión de combatir por la victoria del hombre ario, que será también la victoria de la idea del trabajo creador, trabajo que ha sido antisemita toda la eternidad y que seguirá siéndolo» *(Mein Kampf)*.

Que el rojo y el blanco deben necesariamente resonar con la estructura contradictoria del pequeño-burgués, es lo que se evidencia de lo precedente. Lo que no ha sido esclarecido hasta la fecha es el papel que desempeña la cruz gamada en la vida afectiva. ¿Por qué este símbolo es tan apropiado para suscitar elementos oscuros? Hitler dice que es un símbolo del antisemitismo. Ahora bien, la cruz gamada no ha llegado a serlo sino muy tardíamente. Y, por otra parte, la cuestión del contenido afectivo del antisemitismo no está resuelta.

A partir del contenido irracional de la teoría de la raza, hemos podido explicar una parte como una valoración afectiva de rechazo de lo que es sensual, sexual y sucio. Desde este punto de vista, el judío y el negro son colocados en el mismo plano en la representación del nacionalista, sea alemán o americano. Según testimonios dignos de crédito, la lucha racial que se desarrolla

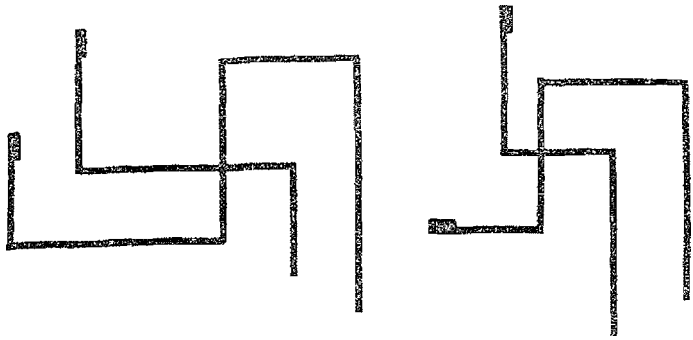
en Norteamérica contra el negro está concebida como la lucha contra el cerdo sexual que viola a las mujeres blancas. Y Hitler escribe acerca de la ocupación por gente de color de Renania:

> «En Francia reina hoy día más que nunca una estrecha alianza entre las intenciones de la Banca, los judíos que la sostienen y los deseos de una política nacional con tendencia chovinista. Y es precisamente este hecho el que representa un inmenso peligro para Alemania. Por esta razón, Francia es y sigue siéndolo el enemigo externo más terrible de todos. Ese pueblo que se deja conducir cada vez más hacia la "negrización" *(Vernegerung)* representa, por su vasallaje a los objetivos de la hegemonía mundial judía, un peligro siempre amenazador para la perpetuación de la raza blanca en Europa. Ya que la pestilencia de la sangre negra junto a la orilla del Rhin en el corazón de Europa, sirve tanto la sed de venganza sádica y perversa de este enemigo chovinista hereditario de nuestro pueblo como la fría artimaña del judío que piensa, por ese medio, emprender la bastardización del continente europeo a partir de su centro e, infectando a la raza blanca con una humanidad inferior, minar las bases de una existencia soberana» *(Mein Kampf)*.

Debemos ejercitarnos enérgicamente en escuchar con atención lo que dice el adversario, en lugar de descalificarlo como estúpido o como palabrería. Comprendemos mejor ahora el contenido afectivo de esta teoría que toma el aspecto de un delirio persecutorio, si la cotejamos con la teoría de la infección del cuerpo del pueblo. La cruz gamada también tiene un contenido afectivo propio para suscitar las emociones más profundas, pero, de

forma tragicómica, de un modo muy distinto que no imagina Hitler.

La cruz gamada se encuentra entre los semitas, concretamente en el patio de los mirtos de la Alhambra de Granada. Herta Heinrich la ha encontrado en las ruinas de la sinagoga de Edd-Dikke, al este del río Jordán, sobre las orillas del lago de Genesareth. Tenía la forma siguiente *:

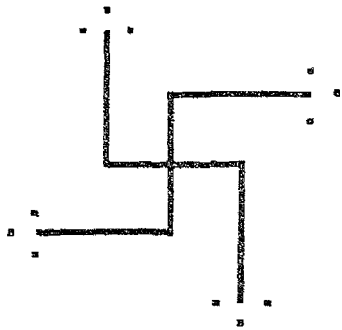


Con frecuencia se encuentra la cruz gamada asociada a un losange o rombo, la primera como símbolo del principio masculino y la segunda del principio femenino. Percy Gardner la encontró entre los griegos que la llamaban *Hemera*, como símbolo solar, lo que designa de nuevo el principio masculino. Löwenthal ** describe una cruz gamada del siglo XIV sobre la sabanilla de la iglesia Maria Zur Wiese, en Soest; acompañada de una voluta y de una cruz de doble brazo. La cruz gamada aparece como símbolo del cielo tormentoso, el losange

* Herta Heinrich: *Hakemkreuz, Vierklee und Granatapfel* (cruz gamada, trébol de cuatro hojas y granada) (Zeitschrift für Sexualwissenschaft, 1930, pág. 43).

** Todos estos datos tomados de Löwenthal, John: *Zur Hakenkreuzsymbolik* (Sobre el simbolismo de la cruz gamada).

como símbolo de la tierra fecunda; Smigorski ha encontrado la cruz gamada bajo la forma de la *Svastika* india, como relámpago cuatripartita con tres puntos en cada rama. Podemos esquematizarlo así:



Lichtenberg ha encontrado cruces gamadas con una cabeza en lugar de los tres puntos. La cruz gamada es, por tanto, en su origen, un símbolo sexual que ha tomado a lo largo del tiempo diversas significaciones, más tarde, entre otras, la de una rueda de molino, y por tanto de un símbolo de trabajo. Dado que al principio, trabajo y sexualidad eran afectivamente la misma cosa, puede darse una explicación al descubrimiento que hicieron Bilmans y Pengerots sobre la mitra de Santo Tomás Beckett, surgida de la protohistoria indoeuropea: una cruz gamada con la siguiente inscripción:

> «Salud, Tierra, madre de los hombres, que crezcas en el abrazo de Dios, colmada de fruto para el provecho de los hombres.»

La fecundidad está representada aquí sexualmente, como el acto sexual de la Tierra-Madre con Dios Padre. Según Tsélénine, los lexicógrafos sánscritos llaman al

gallo así como al individuo que goza *svastika*, es decir, cruz gamada, con referencia al impulso sexual.

Si miramos detenidamente las cruces gamadas de la página 132, nos aparecen como la representación de *dos figuras humanas enlazadas*, ciertamente esquematizadas, pero fáciles de reconocer como tales en su forma original. La cruz gamada de la izquierda representa un *acto sexual* en posición horizontal, la otra, un acto sexual en posición vertical.

Esta incidencia de la cruz gamada sobre la vida afectiva inconsciente no es evidentemente la causa, sino sencillamente una poderosa ayuda para el éxito de la propaganda de masas fascistas. Sondeos realizados entre personas de diferente edad, sexo y posición social revelaron que muy poca de esa gente no reconocía la significación de la cruz gamada; la mayor parte terminaban por adivinarla antes o después tras mirarla detenidamente durante un tiempo. Podemos, pues, aventurar la hipótesis de que este símbolo que representa dos figuras enlazadas tiene un gran poder de excitación sobre las capas profundas e inconscientes del psiquismo, poder que tiene tanto más efecto cuando el sujeto está más insatisfecho, cuando tiene una nostalgia sexual, consciente o inconsciente, mayor. Si este signo nos es presentado además como un símbolo de honorabilidad y de fidelidad, tiene en cuenta igualmente las tendencias defensivas del yo moral y puede por tanto ser mucho más fácilmente aceptado. Sería completamente falso hacer derivar de estos hechos una praxis consistente, por ejemplo, en devaluar la eficiencia del símbolo desvelando a bombo y platillo ante las masas su significación sexual; ya que, en primer lugar, no queremos devaluar por supuesto el acto sexual; pero, en segundo lugar, nos encontraríamos sin duda en lo esencial con reacciones de rechazo, dado que el disfraz moral funcionaría como resistencia a la aceptación de nuestras hipótesis. El trabajo de la política sexual recorre caminos distintos.

Capítulo V

Los presupuestos de la economía sexual de la familia burguesa

Puesto que la sociedad de clases fundada sobre la economía privada se reproduce con la ayuda decisiva de la familia, bajo la especie de estructuras individuales de masas determinadas, la familia debe ser abordada y defendida como la base del «Estado, de la cultura y de la civilización». Esta propaganda puede apoyarse sobre factores afectivos profundos, entre las masas. El político reaccionario no puede ni reconocer, ni utilizar para sus fines propios el hecho de que la base última de toda sociedad está constituida por la forma de producción que está en su fundamento, siendo la de la sociedad burguesa la propiedad privada de los medios de producción. Pues, en esta propaganda política donde se trata de efectos de psicología de masas, no se tiene relación directamente con las bases y procesos económicos, sino con su representación psíquica en la «cabeza de los hombres», es decir, con las estructuras humanas determinadas por las relaciones productivas. Este punto de vista impone conductas determinadas en la propaganda política, y su olvido puede conducir a errores en la psicología de masas. La política sexual revolucionaria no puede desde ese momento contentarse con la evidenciación de las bases objetivas de la familia burguesa, debe, por el contrario, si quiere tener una acción correcta

en el plano de la psicología de masas, situarse sobre la base de un conocimiento preciso de los procesos psíquicos con la ayuda de los cuales se realiza el proceso de producción del capital, se reproduce ideológicamente y se mantiene.

Desde el punto de vista del materialismo histórico, la familia no puede ser considerada como la base del Estado burgués, sino tan sólo como una de sus instituciones de apoyo más importantes. Pero ciertamente debemos abordarla como la *célula ideológica* central, o sea, como el lugar de producción del hombre burgués más importante. Dándose ella misma nacimiento y transformándose sobre la base de relaciones de producción determinadas, se convierte en la institución más fundamental para la conservación del sistema que la condiciona. Hoy como antes, las concepciones de Morgan y de Engels son plenamente válidas. Sin embargo, en este contexto no es la historia de la familia lo que nos interesa, sino la cuestión actual e importante desde el punto de vista de la política sexual, de saber qué concepción debe apropiarse la política sexual proletaria para enfrentarse de forma fecunda a la política sexual y cultural reaccionaria, en el centro de la cual se plantea con tanto éxito la cuestión de la familia. Una discusión rigurosa sobre los efectos y las bases subjetivas de la familia burguesa es tanto más necesaria cuanto que sobre este problema reina, incluso en los círculos revolucionarios, una gran confusión.

La familia burguesa encierra una contradicción, cuyo conocimiento preciso es de una importancia decisiva para una política sexual eficaz.

Para la conservación de la institución familiar no existe otra posibilidad que la dependencia económica de la mujer y los hijos respecto al marido y al padre. Esta dependencia no es soportable para los oprimidos más que con la condición de que la conciencia de ser, para las mujeres y los hijos, un ser sexual sea sofocada

lo más profundamente posible. *La mujer no debe hacer el papel de ser sexual, sino únicamente de engendradora.* La idealización de la maternidad, su culto, que están en tan grosera contradicción con la brutalidad con que son en realidad tratadas las madres en el pueblo trabajador, sirven esencialmente como medio de no dejar emerger entre las mujeres la conciencia sexual, surgir la represión sexual impuesta, perecer la angustia y el sentimiento de culpabilidad sexuales. El reconocimiento y la afirmación de la mujer en tanto que ser sexual significaría el hundimiento de toda la ideología de la familia. La política sexual proletaria ha cometido hasta el presente el error de no concretar suficientemente la consigna del «derecho de la mujer sobre su propio cuerpo» que no caracteriza ni ayuda clara y categóricamente a la mujer como ser sexual al menos tanto como a la madre. Además, ha basado principalmente la política sexual sobre la función de reproducción en vez de romper con la identidad burguesa entre sexualidad y reproducción. Así, no podía hacer frente con la fuerza necesaria a la reacción sexual.

La ideología de la «felicidad de la familia numerosa» constituye un soporte en la familia, no sólo para los fines objetivos del imperialismo bélico, sino también fundamentalmente para responder a la necesidad de eclipsar la función sexual de la mujer respecto a la función de reproducción. La oposición burguesa entre «madre» e «hija», como por ejemplo en el filósofo burgués Weininger, corresponde a la oposición efectiva para el hombre *burgués* entre placer sexual y reproducción. Según esta concepción, el acto sexual efectuado por el deseo envilece a la mujer y a la madre, siendo otro tipo de mujer la que afirma esta concepción y vive en consecuencia. La concepción bilógica de la vida sexual, en el sentido de que la sexualidad y la reproducción serían idénticas, afirmaría que no hay nada aparte de la reproducción y este es el rasgo fundamental de la política

sexual burguesa. Concepción que no deja de ser burguesa cuando es mantenida por comunistas como Salkind y Stoliarow.

A fin de que los fines objetivos del imperialismo bélico del capital monopolista sean cumplidos con exactitud, es indispensable que intervenga una transformación de las mujeres en el sentido de que ninguna revuelta de ningún tipo pueda manifestarse en ellas contra la función que les es impuesta de no ser más que una máquina de crear hijos. Es decir, que la función de satisfacción sexual no debe estorbar la de la reproducción y, por otra parte, una mujer sexualmente consciente no seguiría nunca de buen grado las consignas reaccionarias que buscan su servidumbre. Esta oposición entre la satisfacción sexual y la reproducción vale únicamente para el sistema económico capitalista y no para el socialista: todo depende de las condiciones sociales en que las mujeres puedan dar a luz en condiciones favorables por las que vele la sociedad o en las condiciones del capitalismo, que no conoce ninguna protección maternal o infantil suficiente. Así, cuando las mujeres deben dar a luz sin ninguna asistencia de la sociedad, sin poder incluso tomar parte en la decisión, sin garantías de seguridad para educar a sus hijos, sin tener siquiera el derecho de poner el nombre de los hijos que traen al mundo, es preciso que la maternidad esté idealizada, en oposición a la función sexual de la mujer.

De este modo, cuando queremos comprender el hecho de que el partido de Hitler se apoyara mayoritariamente en los sufragios femeninos, al igual que el Centro, debemos comprender además de la función objetiva de la servidumbre de las mujeres, su mecanismo psicológico. Y este mecanismo es la oposición entre mujer como engendradora y mujer como ser sexual. Obtenemos entonces una comprensión más profunda de las posturas del fascismo, como, por ejemplo, la siguiente:

> «La conservación de la familia numerosa ya existente, es una cuestión de sentimiento social, la conservación de la forma de la familia numerosa es una cuestión de concepción biológica y de convicción nacional. La familia numerosa debe ser ayudada no porque no coma lo suficiente, sino que debe ser ayudada en tanto que elemento de calidad superior e indispensable del pueblo alemán. De calidad superior e indispensable no sólo porque garantiza por sí sola la conservación de la cifra de población en el futuro (función objetiva del imperialismo; N. d. A.), sino porque la moralidad y la cultura populares encuentran en ella su más fuerte apoyo... La conservación de las familias numerosas existentes se confunde con la conservación del mismo tipo de la familia numerosa, porque estos dos problemas no son separables, de hecho, uno del otro... La conservación de la forma de la familia numerosa es una necesidad imperiosa de la política estatal y cultural... Esta convicción contradice también, estrictamente, la abolición del párrafo 218 y considera como tabú el camino que concibe. Pues la autorización de la interrupción del embarazo contraría la significación de la familia cuyo deber es precisamente educar a los jóvenes; esta autorización sería en suma la destrucción definitiva de la familia numerosa.»

Esto escribía el *Völkischer Beobachter* el 14 de octubre de 1931. Por tanto, incluso sobre la cuestión del párrafo sobre el aborto, la política familiar burguesa es el punto clave, mucho más importante que los factores de interés para un ejército de reserva industrial y de carne de cañón para la guerra imperialista, factores que hasta el presente han sido puestos en el primer plano por la política sexual proletaria. El argumento del ejército de reserva

ha perdido casi por completo su significado en los años de la crisis económica con los ejércitos de varios millones de parados en Alemania y de aproximadamente cuarenta millones en el conjunto del mundo capitalista. Cuando la reacción política nos repite sin cesar que el mantenimiento del párrafo sobre el aborto es necesario en interés de la familia y del orden social, cuando el socialdemócrata Grothjan, especialista en higiene social, sigue en este punto la misma dirección que los nazis, entonces debemos creer en el hecho de que la familia y la moralidad constituyen fuerzas de una importancia decisiva.

No tenemos el derecho de descartarlas porque sean «ideales». Se trata del nexo de las mujeres con la familia por el medio de la represión de sus necesidades sexuales, se trata de la influencia que estas mujeres ejercen sobre su marido en un sentido reaccionario, se trata de garantizar el efecto que ejerce la propaganda sexual antibolchevique sobre los millones de reprimidos sexuales y que ejerce esta represión de las mujeres resignadas. Hemos errado, desde el punto de vista revolucionario, en no seguir a la reacción por *cualquier parte* donde desarrolle su acción contrarrevolucionaria. Debemos combatirla allí donde defiende su sistema. El interés por la familia en tanto que institución de soporte del Estado se encuentra, pues, en el primer plano en todas las cuestiones de la política sexual reaccionaria. Y este interés coincide con el interés convergente de todos los estratos de la pequeña burguesía para quien la familia constituye la unidad económica,o, mejor, que la constituía *antes* de la crisis. Desde este punto de vista considera la ideología fascista Estado y sociedad, economía y política. La sexología reaccionaria está dominada igualmente por este punto de vista, determinado por el antiguo modo de producción de la pequeña burguesía, cuando aborda el Estado con la idea de que se trata de un «todo orgánico». El proletariado, para quien

familia y modo de vida social no coinciden, para quien la familia por tanto no está arraigada de forma orgánica en la economía, el proletariado está, pues, en condiciones de aprehender la naturaleza del Estado como una división de clases; el punto de vista «biológico» según el cual el Estado formaría un todo orgánico, no puede servirle para *su* sexología y *su* política sexual. Por ello, el que el proletariado se revele accesible a esta concepción reaccionaria tiene por fundamento la penetración del modo de vida familiar de la pequeña burguesía en las capas sociales de los obreros de la industria. Y el pequeño campesinado y la pequeña burguesía serían mucho más accesibles a la conciencia de pertenecer a la clase de los explotados si sus situaciones familiares no estuvieran, hasta un estadio determinado de la organización económica capitalista, imbricados de una manera orgánica con sus situaciones económicas.

Decimos hasta un período determinado, pues en la crisis mundial, con la ruina económica de la pequeña explotación se relajó esta dependencia entre la familia y la economía. Pero la propia naturaleza de la tradición frecuentemente citada de la pequeña burguesía, o sea, la intensidad de estos nexos familiares, ha continuado ulteriormente produciendo sus efectos. La pequeña burguesía debía por tanto ser mucho más receptiva a la ideología fascista de la «familia numerosa» que a la ideología comunista de la regulación de la natalidad, principalmente por la razón de que la propaganda comunista no aclaraba estas cuestiones y no las planteaba en primera línea.

Tan clara como sea esta situación de hecho, erraríamos el camino si no la apreciáramos en relación con otras situaciones de hecho que están en contradicción con ella. Y no llegaríamos a ninguna perspectiva de política sexual o llegaríamos a una errónea si desconociéramos las contradicciones que existen en la vida del pequeño-burgués (y del proletariado en la medida en que es pe-

queño-burgués). La primera contradicción determinante se presenta en el pequeño-burgués entre el modo de pensar y de sentir en el plano de la moral sexual y su modo de existencia concreto en el ámbito sexual. Un ejemplo: en el Oeste de Alemania había gran número de organizaciones proletarias favorables a la regulación de la natalidad que eran, para la mayoría, de espíritu «socialista». Cuando la campaña Wolf-Kienle, en 1931, hubo votos sobre el párrafo referente al aborto con ocasión de que las mismas mujeres que votaron por el Centro o por el partido nacional-socialista se pronunciaron por la abrogación del párrafo, mientras que sus partidos se oponían violentamente. Estas mujeres votaron a favor de la consigna socialista porque querían garantizar sus relaciones sexuales, pero simultáneamente votaban por sus partidos, no porque desconocieran sus proyectos en materia de política demográfica, sino al contrario, porque estaban a la vez, sin que se diesen cuenta de la contradicción, repletas de la ideología reaccionaria de la «maternidad pura», de la oposición entre maternidad y sexualidad, vanguardia de la ideología de la familia. Estas mujeres no sabían sin duda nada del papel sociológico de la familia en el capitalismo, pero estaban bajo la influencia de la política antibolchevique de la reacción; aceptaban la regulación de la natalidad pero no querían el sistema que puede realizar, en la práctica, para las masas, este control de los nacimientos y crear igualmente los preámbulos económicos de esta regulación.

La reacción sexual se ha servido igualmente de todos los medios posibles para utilizar de acuerdo con sus fines el nexo familiar, particularmente entre las mujeres. Si una mujer pequeño-burguesa o una mujer de obrero, cristiana o nacionalista típica, no comprende la política proletaria de la familia, esta incomprensión deberá ser tanto más grande si, a una propaganda típica que veremos más adelante, no se enfrenta, por parte de los

revolucionarios, una contrapropaganda en materia de política sexual.

Ya en 1918, un cartel que publicó la «Unión para la lucha contra el bolchevismo», decía así:

> «¡Mujeres alemanas!
> ¿Os dais cuenta con qué os amenaza el bolchevismo?
> 1) El derecho a la propiedad sobre las mujeres comprendidas entre los diecisiete y los treinta y dos años queda suprimido.
> 2) Todas las mujeres son propiedad del pueblo.
> 3) Aquellos que fueran propietarios hasta el presente, conservan, fuera de su turno, el derecho sobre su mujer.
> 4) Cada hombre que quiera utilizar un ejemplar de los bienes del pueblo tiene necesidad de una documentación del comité de trabajo.
> 5) El hombre no tiene derecho a acaparar para sí a una mujer con más frecuencia de tres veces por semana y nunca más de tres horas.
> 6) Cada ciudadano tiene derecho a denunciar a las mujeres que le rechacen.
> 7) Cada hombre que no pertenezca a la clase obrera debe pagar cien rublos mensuales para tener derecho a utilizar este bien del pueblo.»

El primer sentimiento de la mujer media apolítica es, sin duda, una repulsa temerosa, pero el sentimiento de las simpatizantes es aproximadamente éste:

> (Carta de una corresponsal obrera)
>
> «Admito que sólo hay una salida para abandonar la miseria en que nos desenvolvemos hoy día los trabajadores: el socialismo. Pero debe

permanecerse en determinados límites razonables y no rechazar, como perverso e inútil, todo lo que existía. De otro modo, volveremos a las costumbres del estado salvaje, lo que sería aún más terrible que la miserable situación material de hoy. Y desgraciadamente un alto ideal es atacado por el socialismo: el matrimonio. Se quiere provocar la libertad total, el desorden integral, en cierto modo el bolchevismo sexual. Cada hombre debe vivir su propia vida libremente, sin imposiciones. La pertenencia mutua de un hombre y una mujer debe dejar de existir; hoy se va con uno, mañana con otro, según el capricho del momento. Esto es lo que se llama la libertad, el amor libre, la nueva moral sexual. Pero estas bonitas palabras no pueden engañarnos sobre los graves peligros que nos acechan. Los sentimientos más nobles y elevados de los hombres son mancillados de este modo: el amor, la fidelidad, el sacrificio. Es absolutamente imposible, antinatural, que un hombre o una mujer puedan amar a varias personas a la vez. La consecuencia sería una degradación imprevisible que aniquilaría la cultura. No sé a ciencia cierta cómo ocurren estas cosas en la Unión Soviética, pero, o bien los rusos son hombres diferentes, o bien no han permitido esta libertad absoluta y existen también allí ciertas medidas de control... Pues pese a lo atrayentes que son las teorías socialistas, y aunque estoy de acuerdo con vosotros sobre todas las cuestiones económicas, me siento rebasada en lo que concierne a la cuestión sexual y, de un golpe, mis dudas se extienden al conjunto del problema.»

El movimiento revolucionario no ha tenido éxito hasta el presente, con su política sexual, en relación a las posibilidades de una política sexual consecuente, porque

no respondía con las mismas armas a las tentativas de la reacción, emprendidas con éxito, de apoyarse sobre las fuerzas de la represión sexual en la burguesía. Si la reacción sexual, como el movimiento proletario por la reforma sexual, hubiera propagado pura y simplemente sus tesis de política demográfica, no hubiera atraído a nadie. Ahora bien, ha funcionado con éxito gracias a la angustia sexual, particularmente de las mujeres y de la juventud femenina, ha ligado con habilidad el cumplimiento de los fines objetivos de la política demográfica del capital a las inhibiciones afectivas propias de la familia y a otras inhibiciones morales de la población, y esto no sólo en los círculos puramente pequeño-burgueses. Los cientos de miles de trabajadores afiliados a organizaciones cristianas lo testimonian.

He aquí un nuevo ejemplo del método de propaganda de la reacción *:

> «En su campaña destructiva contra el mundo burgués en su conjunto, los bolcheviques habían dirigido, desde el principio, sus ataques particularmente contra la familia, 'ese vestigio tenaz del antiguo régimen maldito'. La asamblea plenaria del Komintern del 10 de junio de 1924 proclamaba ya: 'La revolución es impotente mientras subsista la noción de familia y de relación familiar'. Después de esta toma de posición, se desencadenó un violento combate contra la familia. La bigamia y la poligamia están autorizadas. La actitud de los bolcheviques ante el matrimonio está caracterizada por la siguiente definición de la unión conyugal, que propuso el profesor Goichberg: 'El matrimonio es una institución formada para

* («El universo ante el precipicio», «La influencia del bolchevismo cultural ruso sobre los demás pueblos», Deutscher Volkskalender, pág. 47).

lograr una satisfacción más cómoda y menos peligrosa de las necesidades sexuales'. La estadística del censo general de 1927 muestra hasta dónde llega la decadencia de la familia y del matrimonio en las condiciones de entonces. *Izvestia* escribía: 'En Moscú, el censo de la población ha comprobado numerosos casos de poligamia y poliandria. En estos casos, dos o incluso tres mujeres señalaban al mismo hombre como su cónyuge, estos casos pueden considerarse como un fenómeno corriente'. No debemos asombrarnos cuando el profesor alemán Sellheim describe del modo siguiente las relaciones familiares en Rusia: 'Es un retorno absoluto a la organización sexual de los tiempos más sombríos, más atrasados, a partir de la que se desarrolló el matrimonio y una organización utilizable durante milenios'.

»La vida conyugal y familiar se ve igualmente atacada por la proclamación de la libertad absoluta de las relaciones sexuales. El comunista Smidowicht estableció un esquema de moral sexual * que es seguido particularmente por la juventud de ambos sexos. El esquema contiene aproximadamente lo que sigue:

1) Cada estudiante de la Facultad obrera, incluso si es menor, está autorizado y apoyado para satisfacer sus necesidades sexuales.

2) Cuando un hombre desea a una joven, sea ésta estudiante, obrera o incluso una chica en edad escolar, está obligada a plegarse a este deseo en caso contrario será considerada como hija de burgués que no puede pasar por una auténtica comunista.

* Las anotaciones de Smidowitch estaban, en realidad, concebidas irónicamente y pretendían criticar la vida sexual de los jóvenes.

»*Pravda* escribía abiertamente: 'No hay entre nosotros nada más que relaciones sexuales entre hombre y mujer; nosotros no conocemos el amor, el amor es despreciable como lo es cualquier cosa psicológica; no hay razón para que exista entre nosotros la psicología'. A consecuencia de esta postura comunista, cada mujer o joven está obligada a satisfacer el impulso sexual del hombre. Dado que esto no ocurre de forma espontánea, la violación de mujeres en la Rusia Soviética se ha convertido en una plaga.»

No podemos suprimir el papel que desempeñan estos embustes de la reacción simplemente desenmascarándolos, pero tampoco defendiéndonos de ellos con afirmaciones como: somos tan «morales» como la burguesía, el comunismo no destruye la familia y la moral, etc. El hecho es que la vida sexual se modifica en el comunismo, que el antiguo orden sexual se descompone. No debemos negar este hecho, no podemos incluso encontrar la línea política justa cuando toleramos y dejamos desarrollarse en nuestro propio terreno posiciones ascéticas sobre estas cuestiones. Volveremos más detalladamente sobre ello en otra ocasión.

La política sexual proletaria ha olvidado explicar y dar fundamento de una *manera duradera*, a la organización *real* de la vida sexual en la Unión Soviética, de comprender y dominar la angustia sexual de las mujeres ante la libertad sexual, pero ante todo de aclararla en sus propias filas, para una demarcación consecuente y perdurable entre las concepciones morales de la burguesía y las del proletariado. La práctica nos enseña que cada pequeño-burgués medio se adhiere a la organización proletaria de la vida sexual cuando se le explica de una manera lo suficientemente profunda.

El movimiento antibolchevique tiene su fuente en las concepciones familiares de la reacción política, que en-

cuentra su fundamento económico en el modo de existencia económica de la pequeña burguesía, y su fundamento ideológico en la ideología religiosa y otras ideologías metafísicas. El núcleo de la política cultural de la reacción política es la cuestión sexual. Por consiguiente, el núcleo de la política cultural revolucionaria debe pasar a ser igualmente la cuestión sexual.

Indice

Prólogo a la primera edición 7

Capítulo I

La ideología como poder material 13

1. El conflicto, 13.—2. Estructura económica e ideológica de la sociedad, 21.—3. La problemática de la psicología de masas, 31.—4. La función social de la represión sexual, 38.

Capítulo II

La ideología de la familia en la psicología de masas del fascismo 50

1. Führer y estructura de masas, 50.—2. Los orígenes de Hitler, 53.—3. Psicología de masas de la pequeña burguesía, 57.—4. Nexo familiar y sentimiento nacional, 68. 5. El amor propio nacionalista, 86.—6. Aburguesamiento ideológico del proletariado, 91.

Capítulo III

La teoría racial 101

1. Su contenido, 101.—2. Función objetiva y subjetiva de la ideología, 106.—3. Unidad de la raza, envenenamiento de la sangre y misticismo, 108.

Capítulo IV

El simbolismo de la cruz gamada 128

Capítulo V

Los presupuestos de la economía sexual de la familia burguesa 135